

LA REVOLTOSA DEL COLEGIO



Enid Blyton

se

Elizabeth es una niña mimada y traviesa a la que sus padres deciden internarla en un colegio. Enfadada, promete portarse muy mal para que la devuelvan a casa. Al principio cumple su promesa, pero poco a poco verá que no todo es tan horrible como pensaba.



Enid Blyton

La revoltosa del colegio

La traviesa Elizabeth - 1

ePub r1.1

Enhiure 20.07.14

Título original: *The naughtiest girl in the school*

Enid Blyton, 1940

Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez

Editor digital: Enhiure

Primer editor: Gand (adición de ilustraciones)

ePub base r1.2



La niña consentida

—¡Te enviaré a un pensionado, Elizabeth! —amenazó la señora Allen—. Tu institutriz tiene razón. Estás muy consentida y te portas muy mal. Papá y yo pensábamos dejarte aquí con la señorita Scott durante nuestra ausencia, pero será mejor que ingreses en un colegio.

Elizabeth miró anonadada a su madre. ¿La amenazaba con enviarla fuera de su hogar? ¿Y qué sería de su poni y de su perro? ¿Tendría que vivir entre niñas insoportables? ¡Oh, no, eso sí que no!

—Seré buena con la señorita Scott —respondió sumisa.

—Ya lo has prometido otras veces. La señorita Scott se niega a quedarse sola contigo. Elizabeth, ¿es cierto que anoche pusiste en su cama varios ciempiés?

Elizabeth dejó ir una risita.

—Sí. A la señorita Scott le dan pánico. ¿No crees que es absurdo temer a los ciempiés?

—Me parece más absurdo ponerlos en la cama de una persona, querida. Te hemos dado demasiada libertad y ahora te crees con derecho a hacer lo que te da la gana. Ése es el defecto de las hijas únicas: mimadas, caprichosas y sin otra ley que su voluntad.

—Mamá, si me internas en un colegio seré tan mala que me volverán a mandar a casa —amenazó Elizabeth, sacudiendo sus rizos.

Aquella linda chiquilla de risueños ojos azules y bucles castaño oscuro no sabía qué eran las contrariedades. Seis institutrices habían intentado inculcarle obediencia y buenos modales, pero desistieron al cabo de un tiempo y optaron por marcharse.

«Podrías ser una niña muy simpática —le decían todas— y te empeñas en ser traviesa y maleducada».

La amenaza de comportarse mal en el pensionado, con el único propósito de ser devuelta a su casa, desalentó a su madre. Ella adoraba a Elizabeth y deseaba su felicidad, pero ¿cómo iba a ser feliz si no aprendía a ser como los otros niños?

—Vives muy sola, Elizabeth. Te conviene el trato de otras niñas; jugar y trabajar con ellas.

—¡No me gustan las otras niñas! —respondió malhumorada.

En eso no mentía. La disgustaban las niñas de su edad, a las que desconcertaba su comportamiento. Siempre que se negaban a participar en sus travesuras, ella se burlaba tratándolas de bebés. Pero la réplica de las ofendidas solía desagradar a Elizabeth.

De ahí que la sola idea de ir al colegio y convivir con otras niñas le causara temor.



—Por favor, no me envíes allí —suplicó—. Seré buena en casa.

—No insistas, Elizabeth. Papá y yo estaremos ausentes durante un año. La señorita Scott no quiere quedarse y no es posible encontrar rápidamente a otra institutriz. Prefiero que vayas a un colegio. Eres inteligente y, si te lo propones, serás la primera. Eso hará que nos sintamos orgullosos de ti.

—¡No estudiaré! —replicó enojada la niña—. ¡No estudiaré nada y me comportaré tan mal que no me querrán allí!

—Bien, querida. Si prefieres crearte dificultades, allá tú —terminó su madre, poniéndose en pie—. Hemos escrito a la señorita Belle y a la señorita Best, directoras del colegio Whyteleafe. Están dispuestas a aceptarte la próxima semana, cuando empiece el curso. La señorita Scott arreglará todas tus cosas. Ayúdala.

Enojada y abatida, Elizabeth odió más que nunca la idea de ir al colegio. También odiaba a las chiquillas bobas. La señorita Scott se le antojó detestable por no quedarse con ella. De repente se preguntó si ésta no aceptaría seguir a su lado si se lo pedía muy amablemente.

La halló ocupada en marcar un montón de medias color pardo.

—¿Son para mí estas medias? —preguntó la niña—. Yo no uso medias. Llevo calcetines.

—Tendrás que ponerte medias en el colegio Whyteleafe —explicó la señorita Scott.

Elizabeth miró el montón e impulsivamente enlazó con sus brazos el cuello de la institutriz.

—Señorita Scott —suplicó—, ¡quédese conmigo! A veces soy desobediente, pero no quiero que se vaya.

—Así que no quieres ir al colegio —respondió la señorita Scott—. ¿Te lo dijo tu madre?

—Sí —afirmó Elizabeth—. Es verdad, no quiero ir al colegio.

—Lo comprendo. Tienes miedo de no saber hacer lo que otros sí saben.



La señorita Scott reanudó su trabajo.

Elizabeth se puso en pie y dio una patada en el suelo.

—¿Miedo yo? —gritó—. ¡No tengo miedo! ¿Tuve miedo cuando me caí de mi poni? ¿Tuve miedo cuando nuestro automóvil se estrelló contra la cuneta? ¿Tuve miedo cuando... cuando... cuando...?

—No grites, Elizabeth —respondió la institutriz—. Tienes miedo al colegio y a las niñas obedientes, de buenos modales, trabajadoras y mucho menos mimadas que tú. Allí tendrás que arreglártelas sola, compartirlo todo, ser puntual, cortés y obediente. ¡Y tienes miedo de eso!

—¡No, yo no! —chilló Elizabeth—. ¡Iré! Pero seré tan tremenda y perezosa que no querrán soportarme y me devolverán a casa. Usted se verá obligada a cuidarme otra vez. ¡Ya lo verá!

—Mi querida Elizabeth ya no estaré aquí. Me voy con otra familia, donde cuidaré de dos niños pequeños. Lo haré el día que tú te vayas al colegio. Así que no podrás regresar, pues ni tus padres ni yo estaremos aquí. ¡La casa estará cerrada!

Elizabeth prorrumpió en llanto. Sollozó tan fuerte que la señorita Scott la rodeó con sus brazos y la consoló.

—Vaya, no seas tontina. A los niños suele gustarles el colegio. Allí se divierten mucho. Practican deporte, van de paseo, las lecciones son muy interesantes y hacen muchos amigos. Tú no tienes ni uno solo y eso es terrible. Tienes mucha suerte de poder ir.

—No la tengo —dijo llorando Elizabeth—. Nadie me quiere. Soy muy desgraciada.

—Lo malo es que te han mimado demasiado. Eres bonita, alegre y rica y te han estropeado. Gustas a la gente por tu sonrisa y ricos vestidos. Todos te alaban, te miman y te consienten. No saben tratarte como a una niña corriente. Pero no basta con tener un lindo rostro y una alegre sonrisa. También se necesita un buen corazón.

Nunca habían hablado así a Elizabeth, quien respondió perpleja:

—Tengo buen corazón.

—Tal vez, pero no lo demuestras. Bien, ahora vete, por favor. Aún tengo que marcar toda tu ropa interior.

Elizabeth miró las medias. ¡Las odiaba! ¡Qué desagradables eran! ¡No se las pondría! Se llevaría los calcetines al colegio y los usaría cuando le viniese en gana.

La señorita Scott se encaminó hacia una cómoda y empezó a sacar unas camisetas. Elizabeth cogió un par de medias y las anudó. Luego, de puntillas, se acercó a la señorita Scott y las prendió de su falda con un alfiler.

Cuando salió de la estancia, se reía. La institutriz dejó las camisetas y se puso a contar las medias.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Vaya!, ¿dónde está el otro par?

Lo buscó por el suelo y sobre la silla. Perpleja, volvió a contarlas. Se asomó a la puerta. Elizabeth sacaba algo del aparador del rellano.

—¡Elizabeth! —gritó severa la institutriz—. ¿Te has llevado un par de medias?

—No, señorita Scott —Elizabeth agrandó sus ojos para simular sorpresa—. ¿Por qué?

—Porque falta un par. ¿Te lo llevaste tú?

—No, señorita Scott. —Se esforzó en no reír al ver cómo las medias se balanceaban detrás de la institutriz—. Estoy segura de que están en la habitación, señorita Scott.

—Puede ser que las tenga tu mamá. Iré a preguntárselo.

Se alejó por la escalera, con las medias prendidas a su falda, como una cola. Elizabeth metió la cabeza en el aparador y se desternilló de risa. La señorita Scott entró en la habitación de la dueña de la casa.

—Discúlpeme, señora Allen. ¿Cogió usted un par de medias de Elizabeth?

—No, se las di todas —contestó la señora Allen—. Tienen que estar juntas. ¿No se le habrán caído en alguna parte?

Cuando la institutriz se giró para irse, la señora Allen descubrió las medias.

—Un momento, señorita Scott. ¿Qué es eso?

Se acercó a la institutriz y le desprendió las medias.

—Sin duda, la última travesura de Elizabeth, señora.

—¡Esta Elizabeth! —se quejó la señora Allen—. No hay modo de corregirla. De veras, nunca vi niña semejante. Es obvio que necesita ir al colegio, ¿verdad, señorita Scott?

—Por supuesto, señora Allen. Cuando regrese, encontrará usted una niña diferente y mucho más simpática.

Elizabeth escuchó lo que decían su madre y la institutriz. Golpeó la puerta con el libro que llevaba y gritó enfurecida:

—¡No volveré diferente, mamá! ¡No seré diferente! ¡Seré peor!

—Imposible, querida —respondió su madre—. Imposible que seas peor.



Elizabeth va al colegio

Elizabeth decidió cambiar de táctica.

«Intentaré ser muy buena, obediente, cortés y dulce; quizás así logre que mamá cambie de opinión», pensó. Y ante la sorpresa de todos, se volvió juiciosa, habló dulcemente, mostró excelentes modales y fue obediente. Pero obtuvo un resultado contrario, pues en vez de retenerla en casa, su madre dijo:

—Estupendo, querida. Ahora sé lo simpática que eres si te lo propones. Ya no temo enviarte al colegio. Me preocupaba que hallases dificultades y fueras infeliz. Pero sabiendo que puedes comportarte tan estupendamente, no dudo de que serás dichosa en el pensionado. Estoy complacidísima de tu cordura.

Tras oír la opinión de su madre, el comportamiento de Elizabeth fue incluso peor que antes.

«Si al ser buena consigo que mamá piense así, veré qué sucede siendo mala».

Vació un tintero sobre los almohadones del salón; hizo un agujero en una de las cortinas más bellas; puso tres escarabajos negros en la bolsa del cepillo de dientes de la pobre señorita Scott y le vació un tubo de pegamento en el interior de los zapatos para que se le pegaran los dedos de los pies.

—¡Esto confirma que Elizabeth necesita ir al colegio! —afirmó enojadísima la señorita Scott, mientras intentaba despegar sus dedos del pringoso zapato—. ¡Celebro alejarme de ella! ¡Qué traviesa es! ¡Y pensar que puede ser tan dulce y simpática cuando se lo propone!

Finalmente, el equipaje de Elizabeth estuvo listo: un baúl nuevo, color castaño, con la inscripción: «E. Allen», pintada en negro. También le prepararon una caja con un gran pastel de pasas de Corinto, bombones, caramelos, un bocadillo de jamón y una lata de galletas.

—Debes compartir estas cosas con los demás —aconsejó la señorita Scott.

—No lo haré —replicó ella.

—No lo hagas, así demostrarás a todo el mundo lo egoísta que eres.

La niña se puso el uniforme del colegio Whyteleaf. Era muy bonito y le sentaba muy bien, pero a Elizabeth le sentaba bien cualquier cosa.

Aquel uniforme de paseo constaba de un abrigo azul marino con broches amarillos en cuello y puños; sombrero azul marino con cinta amarilla alrededor y la banda del colegio delante y medias largas de color castaño.

Elizabeth no se rió. Permaneció malhumorada, con el semblante ceñudo.

—No estaré mucho en el colegio. Pronto me devolverán.

—No seas tonta, querida —su madre la besó y abrazó en señal de despedida—. Iré a verte a

mitad de trimestre.

—Lo dudo, mamá. No vendrás. Para entonces hará mucho tiempo que ya estaré en casa.

—No me entristezcas, Elizabeth.

La niña se acomodó en el coche que debía llevarla a la estación, enojada y erguida. Se había despedido de su poni, de su perro Timmy y de su canario. A todos les susurró lo mismo:

—¡Pronto regresaré! Ya verás cómo no aguantan por mucho tiempo a la peor de las niñas.

La señorita Scott la acompañó hasta Londres. Allí se dirigieron a una gran estación donde los trenes silbaban y gemían y la gente se apresuraba.

—Debemos encontrar el andén —dijo la señorita Scott—, en el que aguarda la profesora encargada de las niñas.

Localizaron un andén donde un grupo de niñas rodeaba a una profesora. Todas vestían abrigos y sombreros azul marino con cintas amarillas. Había niñas de todas las edades. Casi todas parloteaban animadamente.

Dos o tres permanecían apartadas, con aspecto avergonzado. Eran las nuevas. La profesora les hablaba de cuando en cuando y ellas le sonreían agradecidas.

La señorita Scott se acercó a la profesora.

—Buenos días. ¿Es usted la señorita Thomas? Esta niña es Elizabeth Allen.

—Buenos días —contestó sonriente la señorita Thomas, tendiendo una mano a Elizabeth—.

Querida, sé bienvenida a la feliz multitud de nuestro colegio de Whyteleafe.

Elizabeth escondió las manos tras la espalda, negándose a estrechar la de la señorita Thomas. Ésta se mostró sorprendida. Las otras niñas miraban incrédulas.

La señorita Scott se sonrojó y ordenó a Elizabeth:

—¡Dale la mano!

Elizabeth se volvió de espaldas y miró hacia un tren que llegaba.

—Lamento que Elizabeth se comporte tan mal —se excusó la señorita Scott abatida—. Es hija única, muy consentida, rica y bonita y sin ganas de ir al internado. No le preste atención de momento y seguro que todo irá bien.

La señorita Thomas, joven alegre, querida por todas las niñas, asintió. Iba a decir algo cuando llegó un hombre seguido de cuatro muchachos.

—Buenos días, señorita Thomas. Aquí está mi lote. Lamento no detenerme, pero debo coger el tren. Adiós, muchachos.

—Adiós, señor —respondieron los chicos.

—¿Cuántos niños habrá en Whyteleafe durante este curso? —preguntó la señorita Scott—. ¿Son tantos como niñas?

—No —respondió la señorita Thomas—. Algunos están allí, con el señor Johns —señaló hacia ellos.

El aspecto de los jovencitos, con sus abrigos y gorras azul marino, gustó a la institutriz.

—Es una buena idea educar chicos y chicas juntos —comentó—. Para Elizabeth, que no tiene hermanos, ir a Whyteleafe será como unirse a una gran familia.

—Pronto se desvanecerán sus recelos —dijo sonriendo la señorita Thomas—. Bien, allí llega

nuestro tren. Tenemos vagones reservados, dos para los chicos y tres para las niñas. ¡Vamos, pequeñas, aquí está nuestro tren!

Elizabeth se vio rodeada por las otras y empujada hasta un vagón en el que se leía un gran letrero: «Reservado para el Colegio Whyteleafe».

—Adiós, Elizabeth: Adiós, querida —gritó la señorita Scott—. ¡Pórtate bien!

—Adiós —replicó ella, sintiéndose pequeña y perdida—. Pronto volveré.

—¿Sueñas? —preguntó una niña a su lado—. Un curso es largo, ¿o no lo sabes? Me sorprende oírte decir que volverás muy pronto.

—¡Lo haré! —afirmó Elizabeth.



Sentirse apretujada entre dos niñas bastante huesudas, no le gustó. Pensó que nunca lograría saber quiénes eran todas aquellas colegialas y sintió temor de las mayores. Pero lo que más la horrorizó fue la presencia de niños en el colegio. Los consideraba seres desagradables y brutos. Bueno, ella sabría demostrarles que una niña también puede ser bruta.

Sentada y en silencio, escuchó el ronco avance del tren. Las otras charlaban y se repartían dulces. Ella negó con la cabeza cuando le ofrecieron.

—Vamos, toma uno —insistió la propietaria de las golosinas—. Un dulce te hará bien. Al menos, conseguirá que tú misma seas más dulce.

Todas se rieron. Elizabeth se sonrojó y odió a la niña.

—¡Ruth! No digas tonterías —amonestó una tercera compañera sentada enfrente—. No la fastidies. Es nueva.

—También lo es Belinda y responde cuando se le habla.

—¡Ya basta, Ruth! —ordenó la señorita Thomas, observando a la sonrojada Elizabeth.

Ruth obedeció y, cuando volvió a pasar su caja de dulces, se abstuvo de ofrecer a Elizabeth.

Fue un largo viaje. Elizabeth se sentía cansada cuando por fin el tren se detuvo en una estación rural y las niñas descendieron de los vagones. Los chicos se unieron a ellas y juntos hablaron de lo que habían hecho durante las vacaciones.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —ordenó el señor Johns, empujándoles fuera de la estación—. El coche aguarda.

Vieron un enorme autocar con el rótulo de «Colegio Whyteleaf». Los niños ocuparon sus sitios. Elizabeth se acomodó lo más lejos posible de Ruth. No le gustaba en absoluto. Tampoco le gustaba Belinda. ¡No le gustaba ninguna! Todas la miraban demasiado.

El autocar arrancó con un ruido sordo. Dobló una esquina, siguió por un camino y ascendió una empinada ladera. En lo alto se hallaba el Colegio Whyteleaf. El bello edificio parecía ser una antigua casa de campo. Y, ciertamente, siempre lo había sido. Sus paredes rojo oscuro cubiertas de enredaderas brillaban al sol de abril. Un amplio tramo de escaleras conducía desde los verdes prados hasta la terraza.

—¡Querido y viejo Whyteleaf! —exclamó Ruth, complacida de verlo.

El autocar rodeó el edificio, pasó por debajo de un arco y se detuvo frente a la puerta principal. Los niños saltaron a tierra, corriendo entre risas.

La señorita Thomas cogió una mano a Elizabeth.

—Bienvenida a Whyteleaf, pequeña —la profesora sonrió al ver el ceñudo rostro de la niña—. Sé que te gustará esto y que serás feliz entre nosotros.

—¡No lo seré! —respondió ella, retirando su mano.

Ciertamente, no era un buen principio.

Elizabeth empieza mal

Llegaron sobre la una y media, muy hambrientos. Los niños recibieron la orden de lavarse las manos y, una vez aseados, bajar al comedor.

—Eileen, por favor, cuídate de las tres niñas nuevas —rogó la señorita Thomas.

Eileen, algo mayor, de semblante amable y mata de rizos rubios, se acercó a Belinda, Elizabeth y a la tercera niña nueva llamada Helen. Las empujó suavemente hacia los lavabos.

—Daos prisa —dijo.

Elizabeth se encontró en una enorme sala de aseo, repleta de brillantes azulejos blancos. Los lavabos se alineaban a lo largo de un solo lado y aquí y allá colgaban espejos. Se lavó deprisa, sintiéndose perdida entre tantas niñas parlanchinas. Helen y Belinda parecían ser ya buenas amigas. Elizabeth deseó que le dirigieran la palabra. Pero hablaban entre ellas, olvidándola por completo, pues la consideraban impertinente y rara.

Al fin las niñas se trasladaron al comedor y se acomodaron. Los chicos entraron poco después.

—Hoy podéis sentaros donde os plazca —invitó una profesora de elevada estatura, cuyo nombre era Belle.

No tardaron en comer con apetito voraz. Primero sirvieron sopa caliente, luego buey, zanahorias, cebollas y patatas y finalmente, pudin de arroz y jarabe dorado.

El apetito de Elizabeth no era menor al de los otros y engulló cuanto le pusieron por delante, sin acordarse de que en casa hubiera rechazado el pudin de arroz.

Por ser el primer día, les consintieron hablar a su antojo y alborotaron lo indecible contando sus experiencias de vacaciones.

—Por Pascua me regalaron un cachorro —explicó una niña de rostro sonriente—. Mi papá compró un enorme huevo de Pascua, puso en su interior al perrito y lo ató con un cinta roja. ¡Cielos, cómo me reí cuando desaté el huevo!

Todas las niñas se rieron.

—A mí me regalaron una bicicleta —informó un chico de rostro redondo—. Pero no debieron encontrar un huevo a su medida.

—¿Qué te regalaron a ti? —preguntó Eileen a Elizabeth.

Eileen, sentada frente a ella, se compadecía de la niña, que permanecía silenciosa. En cambio, Belinda y Helen, una junto a otra, hablaban de las respectivas escuelas en que habían estado hasta entonces. Elizabeth parecía no tener con quién hablar.



—Un conejillo de Indias —contestó la niña—. Tenía la cara igual que la señorita Thomas.

Hubo un silencio expectante. Alguien dejó escapar una risita. La señorita Thomas pareció sorprenderse pero no hizo ningún comentario.

—Si no fuera porque eres nueva, recibirías tu merecido —exclamó una alumna—. ¡Eres muy, muy grosera!

Elizabeth notó cómo se sonrojaba. Se había propuesto mostrarse traviesa y ruda y comportarse lo peor que supiera, pero halló desagradable que le hablasen tan duramente en presencia de todos. Continuó con su pudin de arroz, mientras todos los demás volvían a conversar entre sí, prescindiendo de ella.

Después de comer, se retiraron a deshacer sus equipajes a los respectivos dormitorios.

—¿Cuál es la habitación de las niñas nuevas, señorita Thomas? —preguntó Eileen.

Ella consultó su lista.

—Veamos..., ¡ah, sí, aquí está! Elizabeth Allen, Belinda Creen, Helen Marsden, dormitorio número 6. Lo compartirán con Ruth James, Joan Townsend y Nora O'Sullivan. Di a Nora que lleve a las nuevas y les muestre lo que deben hacer. Ella es la encargada del dormitorio.

—¡Nora! ¡Eh, Nora! —gritó Eileen a una niña alta de pelo oscuro y ojos azules—. Conduce a estas pequeñas a la habitación 6. ¡Son tuyas! Eres la encargada de ese dormitorio.

—Lo sé —dijo Nora mientras miraba a las tres nuevas—. Hola, ¿es ésta la que se mostró grosera con la señorita Thomas? Cuidado con lo que dices. No soportaré ninguna tontería tuya.

—Haré lo que me plazca —afirmó Elizabeth—. ¡No podrás evitarlo!

—¿Ah, no? —exclamó Nora, con sus azules ojos irlandeses irritados—. Espera a comprobarlo. Vamos al dormitorio ahora, os enseñaré lo que hay que hacer.

Subieron la serpenteante escalera de roble hasta un amplio rellano, donde todo eran puertas marcadas con números. Nora abrió la número 6 y entró.

El dormitorio, alargado, alto y aireado, tenía amplias ventanas abiertas al jardín. El sol penetraba a raudales.

Seis cortinas azules dividían la habitación. En ese momento se hallaban recogidas y dejaban ver seis camas individuales con sus respectivos edredones de color azul. Junto a cada lecho se alzaba una cómoda con un pequeño espejo encima. Eran blancas con tiradores de madera azul, muy decorativos.

Las niñas vieron tres lavabos con grifos de agua fría y caliente.

También había un alto armario blanco para cada una, para colgar sus vestidos y abrigos.

Junto a cada lecho había una alfombra azul sobre el pulimentado suelo de castaño. Una sensación de agrado invadió a Elizabeth. Hasta entonces había compartido su habitación con las institutrices de turno y ahora lo haría con cinco niñas.

—Vuestros baúles y cajas están junto a las camas —explicó Nora—. Deshaced el equipaje y guardad bien las cosas. Y, cuando digo bien, quiero decir bien. Revisaré vuestros cajones una vez por semana. Encima de la cómoda se os permite tener seis cosas. Más, no. Escoged lo que os plazca: cepillos, fotografías, adornos..., vosotras mismas.

«Vaya tontería —pensó Elizabeth—. Pondré tantas cosas como me plazca».

Todas empezaron a disponer sus pertenencias. Elizabeth jamás había hecho o deshecho un equipaje en su vida y lo encontró bastante divertido. Colocó pulcramente sus ropas en la cómoda: medias, camisetas, enaguas, blusas; todo lo que llevaba. Colgó su abrigo y los vestidos.

Otras dos niñas irrumpieron en la habitación.

—¡Hola, Nora! —gritó una pelirroja con la cara llena de pecas—. Me toca tu cuarto. ¡Qué bueno!

—Hola, Joan —respondió Nora—. Vamos, coloca tus cosas. Hola, Ruth, ¿otra vez te tengo aquí? Bien, espero que seas más cuidadosa que el curso pasado.

Ruth se rió. Era la niña que había ofrecido sus dulces en el tren. Corrió hacia su baúl y procedió a vaciarlo.

Nora explicó a las nuevas las costumbres y normas del colegio. Todas ellas escucharon atentas mientras guardaban sus cosas en los cajones.

—Whyteleaf no es un colegio muy grande —concluyó Nora—, pero resulta muy agradable. Los chicos asisten a las mismas clases que nosotras y jugamos al tenis y al criquet con ellos. Sólo hay dos equipos de chicas. El año pasado vencimos en tenis. Y venceremos también este año si conseguimos nuevas jugadoras. ¿Alguna de vosotras juega al tenis?

Resultó que Belinda sabía jugar, pero no las otras. Nora continuó, mientras colgaba sus vestidos.

—Todas disponemos de la misma cantidad de dinero para nuestros gastos ordinarios: dos chelines a la semana.

—Yo tendré mucho más que eso —dijo Belinda.

—Oh, no; no lo tendrás —respondió Nora, Todo el dinero se deposita en una caja grande y cada una retira dos chelines a la semana, a menos que sea multada por algo especial.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Helen—. ¿Quién pone las multas? ¿La señorita



Belle y la señorita Best?

—Oh, no. Celebramos una gran reunión por semana, más a menudo si es necesario y si alguien se ha comportado mal, le sancionamos. La señorita Belle y la señorita Best asisten a las reuniones, pero ellas no intervienen. Dejan que seamos nosotros mismos quienes decidamos.

Elizabeth se extrañó de semejante costumbre. Siempre había creído que los profesores castigaban a sus alumnos. Sin embargo, en Whyteleafe eran los propios internos los encargados de la disciplina.

Escuchó asombrada a Nora.

—Con el dinero sobrante se ayuda a quien lo necesita, a juicio de la asamblea. Por ejemplo, imagina que se te rompe la raqueta de tenis, Belinda. Pues bien, entonces te autorizarán a comprarte otra, si eres buena jugadora.

—Comprendo —contestó Belinda—. ¿Qué hago con el sobrante de mi caja de dulces? Me gustaría compartirlo con las demás.

—Gracias, Belinda. Todas llevaremos nuestros pasteles y caramelos a la habitación de juegos. Hay un gran aparador en el que se guardan las conservas y dulces. Te lo enseñaré. Elizabeth, ¿tienes a mano tu caja de pasteles? Tráela y la pondremos en el aparador para compartirla.

—¡Ni lo sueñes! —respondió Elizabeth, recordando su propósito de mostrarse insociable—. Es para mí sola.

Las cinco niñas la miraron como si no pudieran creer lo que oían. ¿Se negaba a compartir sus dulces y caramelos? ¿Qué clase de niña era aquélla?

—Bien —dijo Nora, mostrando su alegre semblante repentinamente grave—. Puedes hacer lo que prefieras con tus cosas. Si son tan horribles como tú, nadie querrá probarlas.

Elizabeth en apuros

Nora, que se disponía a conducir las a la sala de juegos, miró las cómodas para comprobar que estaban bien ordenadas. Sorprendida, advirtió que Elizabeth había colocado casi una docena de cosas, dos cepillos, un espejo, un peine, tres fotografías, un frasco de perfume, dos jarros y un cepillo de la ropa.



—Mirad —exclamó Nora—. La pobrecita no sabe contar hasta seis. Tiene once cosas encima de la cómoda. ¡Pobre Elizabeth! Ni siquiera sabe contar hasta seis.

—¡Claro que sí! —gritó ella—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Todas las demás se desternillaron de risa.

—¡Sabe contar! —gritó Nora—. Bien, Elizabeth, cuenta tus cosas y quita cinco. ¿Sabes restar? Así quedarán seis, son las que puedes dejar.

—No pienso quitar ninguna —afirmó Elizabeth.

—¿Ah, no? —respondió Nora—. Bueno, si tú no lo haces, lo haré yo.

Encolerizada, la irlandesa cogió el cepillo, las tres fotografías y el espejo, se dirigió a un arcón situado debajo de una ventana y lo abrió, dejó las cosas y cerró con llave.

—Ya sabes lo que sucede cuando la gente se empeña en no contar.

Elizabeth, furiosa, la miró.

—¡Devuélveme mis cosas! ¡Quiero esas fotos enseguida! ¡Son de mis papás y de mi poni!

—Lo siento —replicó Nora, guardándose la llave en el bolsillo—. Las recuperarás cuando te disculpes y me digas que sabes contar.

—¡No lo haré!

—Tú misma. Ahora, seguidme. Llevaremos todo lo comestible a la sala de juegos.

—No llevaré lo mío. Lo guardaré aquí.

—De acuerdo, pero lo guardaremos en el arcón junto a las fotografías —repuso Nora—. Según nuestras reglas, todo lo comestible tiene que estar abajo.

Elizabeth miró su pastel, el bocadillo de jamón, las chokolatinas y las galletas. Cogió la caja y siguió a las otras. Le desagradaba que ellas pusieran las manos dentro de su caja. Y ya conocía lo bastante a Nora para saber que nada la detendría.

Bajaron la escalera de roble. A un lado del vestíbulo había la puerta abierta de una amplia sala repleta de prácticos aparadores y librerías. Chicos y chicas la llenaban.

Hablaban, jugaban o guardaban manjares. Parecían muy alborotados y felices. Saludaron a Nora.

Elizabeth se detuvo a escuchar la música de un tocadiscos instalado en un rincón. Le gustaba la música. Su madre solía interpretar aquella sonata en casa. De repente añoró a su madre.

«¡No importa! —pensó—. No estaré mucho tiempo aquí. No creo que me soporten más de una semana si me muestro desobediente».

—Aquí hay varias latas vacías —dijo Nora, bajando algunas del estante.

—Toma, Helen. Y tú, Elizabeth. Aquí hay una grande para un enorme pastel, Belinda.

Cuando hubieron guardado sus golosinas, Nora cogió unas tiras de papel de un montón y escribió sus nombres.

—Pegadlos a vuestras latas —aconsejó mientras ella misma lo hacía en la suya.

—Me gustaría ver las aulas —sugirió Belinda.

Ruth se ofreció a enseñarles todo el colegio y se fue con Belinda y Helen. Elizabeth las siguió algo retrasada, impelida por la curiosidad. Nunca había visto un colegio. El comedor ya lo conocía. Era una gran sala de techo y amplios ventanales. Las mesas estaban en el centro.

En las aulas, grandes y soleadas, vio pulcros pupitres y sillas y un escritorio mayor para la profesora. Había encerados por todas partes, como el que utilizaba la señorita Scott.

—Ésta es nuestra aula —dijo Ruth—. Seguramente nos tocará la clase de la señorita Ranger. Es muy severa, os lo aseguro. Nora asiste a otra superior. Ya es mayor. Estupenda compañera, ¿verdad?

—Sí —asintieron Helen y Belinda.

Elizabeth no estuvo de acuerdo. Sacó el labio inferior y guardó silencio.

—Este es el gimnasio —explicó Ruth y las tres miraron asombradas la enorme sala, con sus cuerdas y pasarelas, barras y palos. De repente, Elizabeth se sintió excitada. Le entusiasmaba trepar, nadar y saltar. Quizá hiciese gimnasia antes de irse.

Había muchos más dormitorios, además de las dependencias destinadas a la señorita Belle y la señorita Best y las otras profesoras.

—Tendréis que visitar a las delegadas después del té —informó Ruth—. Son buenas.

Habían visitado ya los magníficos terrenos y campos de críquet, las pistas de tenis y los jardines repletos de flores cuando sonó el timbre que anunciaba la hora del té. Las niñas se alegraron.

—¡Estupendo! —gritó Ruth—. Vamos, antes hay que lavarse y peinarse. Tu pelo está horrible,

Elizabeth.

A Elizabeth no le gustó el adjetivo horrible aplicado a sus rizos. Corrió a su dormitorio y se peinó con esmero y se lavó las manos. Tenía mucho apetito y pensó con fruición en su pastel de pasas de Corinto y en el bocadillo de jamón.

—Tengo el pastel de chocolate más fantástico que jamás hayáis visto —exclamó Belinda—. Sencillamente se derrite en la boca. Espero que me aceptéis un trozo.

—Y yo tengo una tarta demasiado deliciosa para traducirlo en palabras —anunció Ruth—. ¡Esperad a probarla!

El pastel de chocolate y la tarta le parecieron a Elizabeth más deliciosos que su pastel de pasas y el bocadillo de jamón, que se le antojaron muy ordinarios. Bajó las escaleras preguntándose si conseguiría dos porciones del fantástico pastel de chocolate de Belinda.

El té se servía en el comedor. Las largas mesas estaban cubiertas de manteles blancos y en los platos había grandes rebanadas de pan moreno y mantequilla. También había grandes pasteles y botes de mermelada de ciruela.

Los niños pusieron sus cajas en una mesa auxiliar y colocaron en varios platos vacíos el pastel o bocadillo que pensaban compartir con los demás y se los llevaron a sus propias mesas.

Una vez más les permitieron sentarse donde quisieron. Elizabeth cogió su bocadillo y su pastel y se acomodó.

Después de rezar una oración de gracias, los niños empezaron a charlar.

Nora, a la cabecera, dio un golpe sobre la mesa. Todas dejaron de hablar.



—Me olvidaba de decir algo. Elizabeth Allen no desea compartir sus cosas, así que no le pidáis, ¿entendido? Lo quiere todo para ella.

—De acuerdo —respondieron los demás, sorprendidos por la actitud de Elizabeth.

Esta siguió comiendo pan y mantequilla. A su lado, Ruth abrió un gran bote de pasta de anchoas que olía deliciosamente y ofreció a todos los de su mesa, excepto a Elizabeth.

Nadie le ofreció nada. Belinda contó cuántos había a la mesa, eran once y cortó su pastel en diez pedazos. Con diez bastaba. Elizabeth contempló cómo los demás comían pastel de chocolate,

cuyo aspecto y olor resultaban incitantes y ansió un pedazo.

Ella cortó también su trozo de pastel de pasas de Corinto. Parecía bueno. De repente, comprendió que sola no podría comérselo y que debía ofrecer a los demás. No le importaba ser mala, pero sí que la consideraran mezquina.

—¿Quieres un trozo de mi pastel? —le preguntó a Ruth.

Ésta la miró sorprendida.

—¿Cambiaste de idea? No, gracias, tengo suficiente.

Entonces le ofreció a Belinda, que denegó con la cabeza.

—No, gracias.

Tendió su plato a Helen, que se limitó a negar con la cabeza y se giró.

Nadie quiso de su pastel ni de su bocadillo. Poco después, las otras se habían comido sus respectivos trozos y acabado los botes de mermelada. Sólo el pastel y el bocadillo de Elizabeth permanecían casi enteros.

Sonó una campana y la señorita Thomas se puso en pie.

—Podéis salir a jugar —dijo—, pero los nuevos deben quedarse en la sala para conocer a sus profesores.

Helen, Belinda y Elizabeth se fueron a la sala de juegos acompañadas de dos chicos llamados Kenneth y Roland. Pusieron en marcha el tocadiscos. Belinda bailó una extraña danza que les hizo reír.

Una niña asomó la cabeza por el vano de la puerta y dijo:

—La señorita Belle y la señorita Best os esperan. Id a guardar turno frente a la puerta de la salita. Prometed que haréis cuanto podáis para hacer grata la vida en la escuela Whyteleafe y que trabajaréis y jugaréis mucho.

La niña desapareció y ellos se fueron a guardar turno junto a la puerta indicada. Cuando ésta se abrió, apareció la señorita Best.

—Entra —invitó a Belinda.

La puerta se cerró tras la niña.

«Yo no prometeré trabajar ni jugar mucho —pensó Elizabeth—. Sencillamente les advertiré que no quiero estar aquí y que seré tan desobediente que tendrán que echarme. No quiero quedarme en este horrible colegio».

Belinda salió sonriendo.

—Ahora te toca a ti, Elizabeth. Y por lo que más quieras, ¡pórtate bien!

Elizabeth se porta mal

Elizabeth empujó la puerta y entró en la salita. Era una dependencia muy acogedora con bellos cuadros en las paredes y brillantes almohadones en los sillones y sofás. Las dos señoritas estaban sentadas en sendas butacas cerca de la ventana. Miraron a la niña.

—Bien, Elizabeth. Celebramos verte en Whyteleafe —le dijo la señorita Belle.

Ésta era joven y bonita, pero la señorita Best era mayor y excepto al sonreír, su rostro parecía severo.

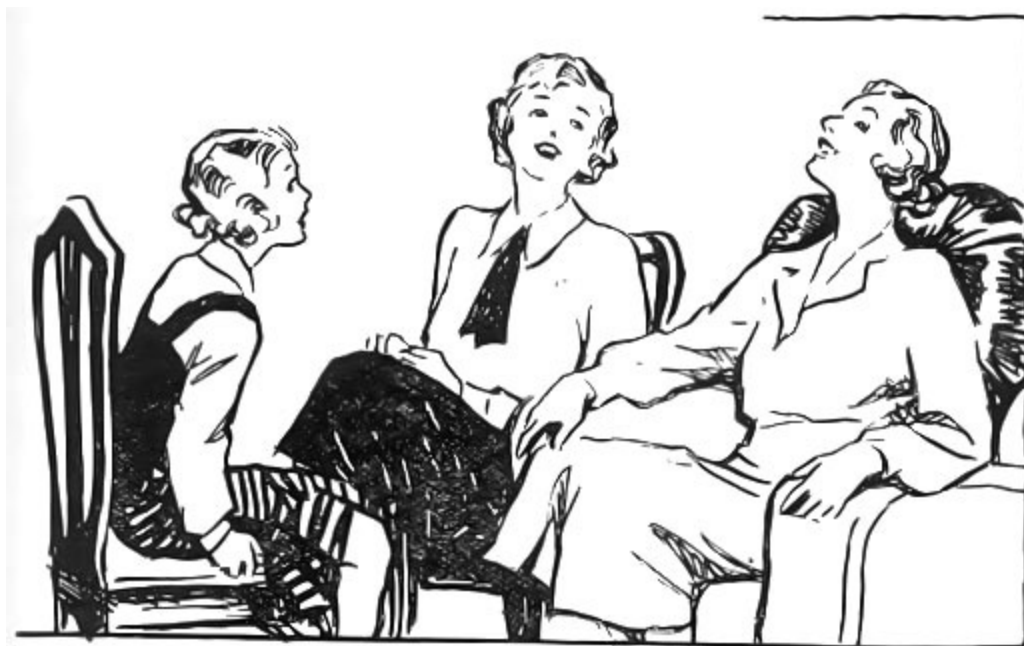
—Siéntate —invitó la señorita Best sonriéndole—. Espero que ya tengas amigas.

—No, no las tengo.

Se sentó en una silla. La señorita Best la miró sorprendida.

—Bueno, espero que pronto tengas muchas y que seas muy feliz aquí.

—No lo seré.



—¡Qué niña más extraña! —comentó la señorita Belle, riéndose—. Alégrate, querida, pronto descubrirás que aquí la vida es grata. Sin duda, harás lo posible para trabajar mucho y que nos sintamos orgullosos de ti.

—No pienso hacerlo —afirmó Elizabeth, enrojeciendo—. Seré todo lo mala, desobediente y horrible que pueda. ¡Ya están advertidas! No me gusta el colegio. ¡Odio Whyteleafe! Me portaré tan mal que me mandarán a casa.

La pequeña miró desafiante a las dos profesoras, esperando que saltasen de enojo. Pero sólo

echaron hacia atrás sus cabezas y rieron.

—¡Qué niña más extraordinaria eres! —dijo la señorita Belle mientras se secaba las lágrimas que la risa había puesto en sus ojos—. Se te ve tan linda y buena, que nadie te creería capaz de ser mala, desobediente y desagradable.

—No me importarán los castigos —siguió Elizabeth, con lágrimas en sus ojos, pero de furia, no de risa—. Pueden hacerme lo que quieran. ¡No me importará!

—Aquí no se castiga a nadie, Elizabeth —dijo la señorita Best, mostrando repentinamente severa—. ¿No sabías eso?

—No, no lo sabía. ¿Qué hacen cuando alguien se porta mal, pues?

—Oh, dejamos que decidan los demás niños —dijo la señorita Best—. Cada semana celebramos una reunión y los propios niños deciden qué se debe hacer con los revoltosos. A nosotras no nos preocupará que seas mala, pero quizá descubras que enojas a los otros niños.

—No lo comprendo —exclamó Elizabeth—. Siempre creí que los profesores imponían los castigos.

—No en el colegio Whyteleaf —respondió la señorita Belle—. Bien, querida, será mejor que salgas y le digas a la otra niña que entre. Quizás algún día Whyteleaf se sienta orgulloso de ti, aun cuando ahora estés completamente segura de lo contrario.

Elizabeth salió sin decir una palabra más. No podía evitar que le gustaran las dos profesoras, aun cuando se resistía a admitirlo. Deseó haberse mostrado más ruda.

Junto a la puerta abierta, le dijo a Helen:

—Ahora te toca a ti. ¡La Bella y la Bestia te aguardan!

—¡Oh, qué ocurrencia! —exclamó Helen, riéndose—. La señorita Belle y la señorita Best. ¡La Bella y la Bestia! Sin duda eres muy ingeniosa.

Pero su intención había sido mostrarse grosera. Ignoraba que a los otros niños les gustara inventar apodos para sus maestros. La sorprendió que Helen la considerara muy ingeniosa y, en secreto, quedó complacida.

Elizabeth alzó la cabeza y se alejó altiva. ¡No se dejaría halagar por nada ni por nadie del colegio Whyteleaf!

Vagó sola hasta que a las siete sonó el timbre que avisaba para ir a cenar. Tenía apetito y entró en el comedor. Los niños abrían de nuevo las cajas donde guardaban sus pasteles y parloteaban animados. Todos estaban muy alegres.

Vio grandes tazones y enormes jarros de humeante cacao sobre la mesa. También había montones de pan, mantequilla, queso y platos de fruta confitada. Los niños se sentaron y se sirvieron.

Nadie se fijó en Elizabeth, hasta que Helen recordó cómo había llamado a la señorita Belle y a la señorita Best. Lo repitió a su vecina y pronto hubo risas en la mesa.

«La Bella y la Bestia» corrió entre susurros y risitas.

Elizabeth, al oírlo, se puso roja. Nora O'Sullivan se rió a carcajadas.

—Es un buen mote —exclamó—. Belle, bella y Best, se parece a bestia. Y, ciertamente, la señorita Belle resulta adorable, pero no la señorita Best. ¡Esto es muy ingenioso, Elizabeth!

La niña sonrió, no pudo evitarlo. Ella se había propuesto ser lo más desagradable posible, pero se sintió halagada al ver que todo el mundo reía de su broma.

«No lo comprendo —pensó Elizabeth—. Quise mostrarme grosera y ruda y lo encuentran ingenioso. Espero que la señorita Belle y la señorita Best piensen de otro modo».

Nadie le ofreció golosinas y ella prefirió abstenerse, convencida de que no se las aceptarían. La comida se terminó a las siete y media y después de dar las gracias, se fueron al salón de juegos.

—¿A qué hora te vas a la cama? —le preguntó Nora—. Debes acostarte a las ocho. Será mejor que lo compruebes. Los horarios están en el tablón de avisos. Yo debo hacerlo a las ocho y media. Para entonces vosotras deberéis estar acostadas.

—¡No quiero irme a la cama a las ocho! —protestó Elizabeth, indignada—. En casa me acuesto mucho más tarde.

—Eso debe de ser verdad —respondió Nora—. Ahora comprendo que seas tan mala. Mi madre dice que horas tardías hacen niños estúpidos y perezosos.

Elizabeth fue a comprobar sus horarios. En efecto, le correspondía acostarse a las ocho. ¡Pero no lo haría!

En vez de eso, se marchó al jardín, donde había visto dos o tres grandes columpios. Se subió a uno y comenzó a balancearse. Era agradable a la luz del crepúsculo. Se olvidó por completo de que estaba en un colegio y canturreó una cancioncilla.

Un niño se aproximó a los columpios y gritó:

—¿Qué haces aquí? ¡Apuesto que es tu hora de ir a la cama!

—¡Métete en tus asuntos! —respondió Elizabeth.

—Será mejor que te vayas a dormir. Soy monitor y me corresponde velar para que los demás cumplan con su deber.

—Ignoro qué es un monitor y no me preocupa saberlo.

—Pues te lo diré yo —insistió el muchacho, que era aproximadamente de la estatura de Elizabeth—. Un monitor es alguien a quien se ha puesto a cargo de otros niños tontos de Whyteleafe para vigilar que no sean demasiado bobos. Si no obedeces, informaré a la Junta y serás castigada.

—¡Puah! —exclamó Elizabeth, que, balanceándose con más ímpetu, estiró un pie, empujó al muchacho y le derribó.

La niña se rió, si bien su risa no duró mucho. El chico se alzó de un salto, corrió al columpio y lo sacudió hasta que ella salió despedida. Entonces la cogió de sus rizos oscuros y tiró tan fuerte que la hizo gritar de dolor.

Ahora fue el niño quien se rió.

—¡Que te sirva de escarmiento! —advirtió—. La próxima vez tiraré de tu nariz además del pelo.

Elizabeth corrió hacia el edificio. Miró el reloj y vio que eran las ocho y cuarto. Quizá pudiese acostarse antes de que la horrible Nora subiera a las ocho y media.

Voló escaleras arriba hasta el dormitorio número 6. Ruth, Joan, Belinda y Helen ya estaban allí medio desvestidas. Sus cortinas aparecían corridas alrededor de sus

recintos. Hablaban en voz alta. Elizabeth se deslizó en el suyo.

—Te has retrasado, Elizabeth —gritó Ruth—. Lo sentirás si te sorprende algún monitor.

—Ya me ha sorprendido —respondió ella—. Pero no me importa. Le empujé con un pie desde el columpio.

—Hiciste una gran tontería, Elizabeth. Pasarás muchos apuros en la Junta si no tienes cuidado. Y de veras que no resulta agradable.

—¡Me trae sin cuidado la Junta! —gritó Elizabeth, saltando a la cama.

Entonces recordó que Nora había colocado sus fotografías en el arcón cerrado y volvió a saltar fuera del lecho. Se acercó al arcón e intentó abrirlo. Nora entró en aquel momento.

—Hola, pequeña. ¿Quieres recuperar tus cosas? Discúlpate y lo conseguirás.

Elizabeth le hizo una mueca y corrió a su cama.

—¡Oh, qué mona eres! —se burló Nora—. Espero que mañana saltes de la cama con el pie derecho.

Nora se sentó en el borde de su cama para quitarse las medias. Un reloj dio las ocho y media.

—Basta de charla —ordenó Nora—. ¡A dormir!



Elizabeth se incorpora a clase

Cuando la despertaron a la mañana siguiente, Elizabeth se preguntó dónde estaba, pero no tardó en recordarlo. ¡Se hallaba en aquel horrible colegio!

Sonó un timbre. Nora se sentó en la cama y dijo a las otras:

—La señal para levantarnos. Disponéis de media hora.

Elizabeth decidió no moverse y permanecer caliente en su cama mirando el blanco techo. La voz de Nora se oyó sobre las otras:

—¡Elizabeth Allen! ¿Te vistes o no? —¡No!

—Me corresponde cuidar de vosotras cinco y es tarea mía que bajéis a desayunar a tiempo — aclaró Nora asomando la cabeza entre las cortinas de separación—. ¡Levántate, perezosa!



—¿Eres monitora? —preguntó Elizabeth, recordando al chico de la noche anterior.

—Por supuesto. Levántate y no seas pesada.

Elizabeth no se movió. Nora hizo una seña a la corpulenta Ruth y ambas se acercaron a la cama de Elizabeth. Tiraron de los cobertores y alzaron el colchón por un lado. La perezosa chilló al deslizarse al suelo.

Cuando se abalanzó contra Nora, ésta, alta y fuerte, la sujetó por los brazos.

—No seas mentecata. Apresúrate a vestirte o te frotaré la cara con el cepillo del pelo. Las monitoras hacen eso, ¿no lo sabías?

A Elizabeth no le gustó la posibilidad de semejante caricia y se aseó malhumorada. Se disponía a marcharse cuando Nora inspeccionaba los recintos para ver si estaban en orden.

—¡Elizabeth! Ven aquí y arregla tu cómoda. ¿O deseas que ponga el resto de tus cosas en el arcón?

Elizabeth ordenó sus pertenencias. Resultaba más rápido hacerlo que discutir con Nora. Se preguntó si ésta habría observado que llevaba puestos calcetines en vez de largas medias color castaño.

Pero Nora no se había fijado. Tenía demasiada prisa para llegar a tiempo al desayuno y ni soñó siquiera que alguien en Whyteleaf se atreviese a prescindir de las medias de uniforme.

Sin embargo, otros sí se fijaron en las piernas desnudas de Elizabeth y se rieron. La señorita Thomas lo advirtió también y llamó a la niña.

—Te has equivocado al vestirte, Elizabeth. Deberás cambiarte luego los calcetines por las medias.

Cuando subió a hacerse la cama, no se cambió y Nora, al advertirlo, se enfadó.

—¡Caramba, ponte las medias! ¡Nunca hubiese imaginado a alguien tan tonta como pareces ser tú!

—¡No soy tonta! Prefiero los calcetines. Las medias me dan calor. Y seguiré con los calcetines puestos.

Ruth le dijo a Nora:

—Sin duda, Elizabeth es un bebé. Y tú sabes que a los bebés en Whyteleaf se les permite llevar calcetines. ¿No les has visto en el jardín de infancia, con sus lindas piernas desnudas? ¿Por qué no dejas que lleve calcetines y demuestre que en realidad es sólo un bebé, aun cuando vaya a cumplir los once? Eso se lo podrás explicar fácilmente a la señorita Thomas.

—¡Buena idea! —exclamó Nora, riéndose—. Bien, Elizabeth, sigue con tus calcetines. Diremos a todos que los usas porque en realidad no eres otra cosa que un bebé.

Las niñas salieron de la habitación riéndose. Elizabeth, pensativa, colocó la colcha. Empezaba a no gustarle la idea de llevar calcetines. Si éste era un privilegio de los niños más pequeños, ella no los usaría. Los bebés se mofarían igual que los demás.

Elizabeth, con el ceño fruncido, se quitó los zapatos y los calcetines y se puso las medias. ¡Qué fastidio!

Se precipitó escaleras abajo hacia el gimnasio, donde Nora le dijo que fuese después de arreglar la cama. Creyó que todas estarían haciendo comentarios sobre su caso, pero advirtió que nadie le prestaba la más mínima atención.

Después de cantar himnos y rezar las oraciones, la señorita Best leyó parte de un capítulo de la Biblia. Al término de la lectura, nombró a los niños y a las niñas para comprobar si estaban todos.



Elizabeth observó cuanto la rodeaba. Los alumnos formaban en hileras separadas. Había muchos maestros y maestras. El ama del colegio, que cuidaba de los niños cuando enfermaban, estaba en la plataforma con otras profesoras. Era gruesa y de aspecto alegre y lucía bata y toca como las enfermeras. El profesor de música había acompañado al piano los cánticos.

Al fin los niños salieron. Sonaba una linda marcha que gustó mucho a Elizabeth. ¿Enseñarían música en Whyteleafe?

La señorita Scott le había dado lecciones en su hogar, si bien no era profesora de música y eso hizo que a ella no le agradasen las lecciones.

Los niños se dirigieron a sus respectivas aulas.

—Te corresponde ir a la clase de la señorita Ranger —le dijo Ruth, golpeándole suavemente la espalda—. Sígueme.

Ruth penetró en una soleada clase, con seis chicos y nueve niñas, todos aproximadamente de la edad de Elizabeth.

—Ése es mi pupitre —señaló Ruth—. Me gusta sentarme junto a la ventana.

Dejó sus cosas en el pupitre. Los otros eligieron pupitre, pero no los nuevos, que hubieron de esperar la llegada de la señorita Ranger. Ruth corrió a mantener abierta la puerta cuando oyó la sonora y agradable voz de la profesora.

La señorita Ranger entró en el aula.

—Buenos días, niños.

—Buenos días, señorita Ranger —respondieron todos, menos Elizabeth.

—Los alumnos de cursos anteriores pueden sentarse. Los nuevos esperarán a que les designe su puesto —dijo la señorita Ranger.

A Elizabeth le correspondió una mesa al fondo de la clase. Le gustó, pues allí podría portarse mal. Tenía intención de ser revoltosa aquella misma mañana. Cuanto antes se enterasen todos de lo mala que pensaba ser, antes la devolverían a su casa.

Luego repartieron los libros.

—Primero haremos un ejercicio de lectura —informó la señorita Ranger, que se proponía saber si los niños nuevos leían bien—. Luego haremos dictado y después aritmética.

Elizabeth sabía leer muy bien y le gustaba la aritmética. No pudo reprimir una sensación de agrado ante la idea de dar lecciones en compañía de tanta gente en vez de hacerlo sola. Llegó su turno y leyó con soltura.

—Muy bien, Elizabeth —felicitó la señorita Ranger—. El siguiente, por favor.

El dictado le pareció muy fácil. La señorita Ranger sacó un lápiz rojo y escribió «Muy bien» en su página. Ella lo miró con orgullo y, repentinamente, recordó que su intención era portarse mal.

«Esto no sirve —se dijo—. No debo obtener buenas calificaciones. Así nunca me mandarán a casa».

Miró a Ruth junto a la ventana y calculó si podría alcanzarla con la goma. Cogió la regla, ajustó la goma a su extremo, tiró hacia abajo y soltó. ¡Ssssssssssss! La goma voló por el aula y dio a Ruth en la oreja izquierda.



—¡Ooooooh! —exclamó Ruth sorprendida.

Miró a su alrededor y vio el rostro burlón de Elizabeth. Pronto empezaron a oírse risitas causadas por el enojo de Ruth.

Elizabeth se envalentonó. Plegó un trocito de papel y lo lanzó a Helen. Ésta lo esquivó y el trozo de papel fue a parar sobre el escritorio de la señorita Ranger, que alzó la vista.

—Para estas cosas está la hora de recreo —dijo—. Pero están prohibidas en clase. ¿Quién ha sido?

Elizabeth no respondió. La señorita Ranger observó las filas.

—¿Quién ha sido? —repitió.

El chico que se sentaba junto a Elizabeth le dio un golpe con su regla.

—¡Dilo! —susurró—. Si no lo haces, nos retendrán a todos.

Elizabeth obedeció.

—Yo.

—Bien, Elizabeth, te conviene saber que no me gusta esa clase de conducta. No vuelvas a repetirlo.

—¡Lo haré!

Todos se miraron atónitos. La señorita Ranger se mostró sorprendida.

—No deben de interesarte mucho las lecciones cuando pierdes el tiempo con esas tonterías. Sal del aula y quédate fuera hasta que decidas si prefieres entrar y comportarte bien. No me importa el rato que estés ausente, pero sí me importa que me interrumpan en la clase. Ahora, niños, sacad las cajas de pintura.

Se oyó un repiqueteo de pupitres al abrirse y sacar las cajas de pintura. A Elizabeth le entusiasmaba pintar. Quiso quedarse y no se movió de su pupitre.

—¡Elizabeth! ¡Sal, por favor! —ordenó la señorita Ranger.

Le resultaba muy aburrido estar al otro lado de la puerta. Tal vez en el columpio... ¡Oh, no! Allí podría encontrarse a la señorita «Bella» y a la señorita «Bestia». La consoló saber que se había portado mal.

Al principio no se le hizo insoportable quedarse tanto rato detrás de la puerta, oyendo charlar

alegres a los niños que pintaban altramuces azules y rosados, traídos por la señorita Ranger. Al fin, no pudo soportarlo más. Abrió la puerta y entró.



—Ya puedo comportarme bien —le dijo en voz baja a la señorita Ranger.

Ésta asintió sin sonreír.

—Ve a tu sitio. No queda tiempo para que pintes. Haz sumas.

«¡Otra vez sumas! —pensó, enojada—. Bueno, seré mala en cuanto se me ocurra algo verdaderamente fastidioso».

La primera junta escolar

Aquella tarde, después del té, se celebró la primera Junta. Toda la escuela asistió. La señorita Belle, la señorita Best y el señor Johns entraron también. Sentados en la última fila, parecían no prestar mucha atención a lo que sucedía.

—Nunca se pierden nada —informó Ruth a Belinda, algo asustada de esta primera reunión.

Los dos jefes de la escuela, una niña de semblante grave llamada Rita y un chico alegre llamado William, ocupaban la mesa grande del gimnasio, donde se celebraba la reunión. Eran los jueces. Doce niños más, seis chicos y seis chicas, que constituían el jurado, lo harían alrededor de una mesa delante de ellos.

Al principio, Elizabeth pensó en no asistir a la Junta. Pero le venció la curiosidad y decidió ir. Antes había leído un aviso en el tablón de anuncios que decía: «Traed todo el dinero que tengáis». Acudió con su monedero, si bien decidida a no entregar ni un céntimo.

Los asistentes se pusieron en pie en cuanto los jueces entraron en la sala, ¡menos Elizabeth! No obstante, se alzó a toda prisa al sentir los duros dedos de Ruth que se clavaron en su espalda. Furiosa, miró a Ruth. Iba a decir algo, pero entonces se oyó un martillazo sobre la mesa.

—Siéntense, por favor —invitó uno de los jueces.

Todos obedecieron. Elizabeth vio una maza de madera sobre la mesa delante de los jueces, un gran bloc de notas, algunas hojas de papel y una caja grande, parecida a una hucha.

—Los doce niños reunidos en la mesa más pequeña son los monitores —le susurró Helen a Elizabeth—. Son elegidos por nosotros cada mes.

Nora estaba en la mesa del jurado, así como el muchacho del columpio. No conocía a nadie más, excepto a Eileen, la niña que había sido amable con ella.

La niña juez se alzó de su asiento y habló claramente:

—Es nuestra primera reunión —dijo—. Tenemos muy poco que hacer hoy, pues la escuela empezó ayer, pero debemos explicar nuestras reglas a los niños nuevos y también hacernos cargo del dinero. No precisamos elegir otros monitores, pues los actuales lo fueron en la última Junta celebrada antes de las vacaciones. Ya les ven alrededor de la mesa del jurado. Serán monitores durante un mes, a menos que la Junta decida sustituirlos por otros. Los monitores son elegidos por su sentido común, lealtad al colegio, ideas y buen carácter. Deben ser obedecidos, porque nosotros mismos les hemos elegido.

La niña juez miró un papel que tenía delante, con notas sobre lo que tenía que decir. Luego observó a los reunidos.

—Tenemos muy pocas reglas —siguió—. Una exige que guardemos todo nuestro dinero en

esta caja, pudiendo cada uno retirar dos chelines a la semana. El resto se usa para comprar lo que alguno de vosotros necesite en especial, pero hay que solicitarlo en la reunión semanal y el jurado decide entonces si lo autoriza.

Algunos hicieron sonar sus monedas como si ya quisieran introducirlas en la caja. Los jueces sonrieron.

—Entregaréis vuestro dinero enseguida —continuó la niña juez—. Antes sigamos con nuestras reglas. La segunda se refiere a las quejas. Éstas deberán ser expuestas en la reunión, donde todos las oirán y se decidirá lo qué se debe hacer. Cualquier avasallamiento, grosería o desobediencia, debe denunciarse ante la reunión, para su correspondiente castigo. Aprended a diferenciar una queja real del mero chismorreo, pues éste se castiga también. Si no estáis seguros, preguntad a vuestro monitor antes de exponerlo aquí.

La niña juez se sentó. El chico juez se alzó y sonrió al atento auditorio.

—Ahora entregaréis el dinero. Después os daré a cada uno dos chelines y luego estudiaremos si alguien necesita algún extra esta semana. Thomas, por favor, pasa la caja.

Elizabeth, convencida de que nadie podría obligarla a entregar su dinero, se sentó encima del monedero en un gesto de firme resolución.

Thomas llegó hasta ella. El dinero, chelines y monedas de seis centavos, medias coronas, resonaban en la gran caja, en la que incluso había uno o dos billetes de diez chelines.



Elizabeth no puso ninguna moneda. Thomas, el monitor, lo advirtió enseguida.

—¿Es que no tienes nada de dinero?

Ella fingió no oírle y Thomas sin decir más continuó su recorrido.

La niña se sintió complacida de sí misma.

«¡Me he salido con la mía y no han podido impedírmelo!», pensó.

Thomas entregó la caja al niño juez. Pesaba mucho. Una vez la depositó sobre la mesa, el monitor habló en voz baja.

William, el chico juez, golpeó la mesa con su martilló. Todos guardaron silencio.

—Elizabeth Allen no depositó su dinero en la caja. Elizabeth, ¿no tienes dinero?

—Sí, tengo —contestó desafiante—. Pero me lo quedo.

—Ponte en pie cuando me hables —ordenó el juez.

Elizabeth sintió los gruesos dedos de Ruth que volvían a pellizcarla por detrás y se alzó. Ruth vio el monedero sobre el banquillo y, rápidamente, lo cogió.

—¿Por qué deseas guardarte el dinero? —preguntó William—.

¿Tan egoísta eres?

—No. Sólo que me parece una idea tonta.

—Oye —respondió William, paciente—. En este colegio nos desagrada pensar que hay quien dispone de mucho dinero cuando otros carecen de él. Todos tenemos lo mismo y, si necesitas algo extra, lo tendrás si la Junta lo aprueba.

—Bueno, no estaré mucho tiempo en este colegio —replicó brusca y desafiante la niña—. Necesitaré el dinero para el tren. Así que no quiero entregarlo.

Se alzó un murmullo de sorpresa y estupor. Los jueces y el jurado miraron a Elizabeth como si se tratase de un bicho rarísimo.

Las dos profesoras levantaron sus cabezas con sumo interés, preguntándose qué decidirían los jueces. William y Rita hablaron en voz baja. Luego golpearon la mesa con la maza. Todo volvió a quedar en silencio.

William habló con voz grave.

—Creemos que Elizabeth está equivocada y es necia. Sus padres pagaron mucho dinero para tenerla en este magnífico colegio y aun cuando regrese a su casa dentro de poco, tendrán que abonar todas las tarifas del curso. También opinamos que es muy débil al no tratar de comprobar si le agrada o no Whyteleafe.

—Si no me mandan a casa, ¡huiré! —gritó Elizabeth, enojada de que le hablasen en aquel tono.

—No sueñes en imposibles —dijo William—. Preocuparías a tus padres y a todos en el colegio. Sólo eres una niña tonta y egoísta. Ruth, ¿es el dinero de Elizabeth lo que me muestras? ¡Tráelo!

Elizabeth estiró el brazo para coger su dinero, pero no lo alcanzó. Ruth llevó el monedero y vació seis chelines, dos medias coronas y cinco monedas de seis peniques en la caja. Elizabeth parpadeó. Casi lloró, pero se esforzó en no hacerlo.

—No consentimos que lo retengas, por si acaso eres tan boba como para emplearlo en la huida —comentó Rita, amable, pero severa.





Un miembro del jurado se puso en pie. Era un chico alto llamado Maurice.

—Este jurado considera que Elizabeth Allen no debe tener ningún dinero para sus gastos durante esta semana, debido a su conducta.

Todos los miembros del jurado alzaron la mano en señal de acuerdo.

—Muy bien —dijo el juez—. Elizabeth, no te diremos nada más. Eres nueva y queremos darte una oportunidad. Procura hacer méritos durante esta semana. Nos complacerás mucho si lo haces.

—Entonces no lo haré —gritó, furiosa—. ¡Esperad y veréis lo que haré!

—¡Siéntate! —gritó William, perdiendo su paciencia ante la terca chiquilla—. Ya tenemos bastante de ti para una reunión. Nora, reparte el dinero a todos, por favor.

Nora entregó dos chelines a cada uno, excepto a Elizabeth, que permaneció malhumorada en su puesto, odiando a todos. ¿Cómo se habían atrevido a coger su dinero? ¡Ya se vengaría de Ruth por haberle quitado el monedero!

Cuando todos hubieron recibido su parte, los jueces golpearon la mesa en demanda de silencio.

—¿Alguien precisa de algún extra para esta semana? —preguntó William.

Un niño de corta edad se puso en pie.

—Necesito seis peniques más.

—¿Para qué?

—Me han dicho que debo dar algún dinero al club de la escuela para la compra de un tocadiscos nuevo.

—Entrégalo de tus dos chelines —respondió William—. Denegada la petición.

Entonces se alzó una niña.

—¿Puedo retirar un chelín y nueve peniques para el pago de una bombilla que rompí por accidente en la sala de juegos?

—¿Quién es tu monitor? —preguntó Rita.

Un miembro del jurado se puso en pie, era Winnie.

—¿Fue un accidente fortuito, Winnie, o hacía el tonto? —preguntó Rita.

—Sucedió lo siguiente —explicó Winnie—: Un colgador que cogió del perchero se le escapó de la mano y rompió la bombilla.

—Dale un chelín y nueve peniques de la caja —ordenó Rita.

Winnie cogió el dinero y lo dio a la niña, que se mostró muy contenta.

—¿Más peticiones? —preguntó William. Nadie se levantó.

—¿Quejas o discrepancias? —preguntó Rita. Elizabeth se sintió incómoda. ¿Se quejaría Nora de ella? El monitor, ¿se quejaría también? ¡Cielos, aquella Junta duraba demasiado!

La primera semana en el pensionado

Elizabeth no pudo evitar sentirse contenta.

«De todos modos, habrá quejas de sobra la semana que viene —pensó—. Les demostraré que hablaba en serio».

En la segunda reunión un niño llamado Winifred, de aspecto vergonzoso, se puso en pie.

—Quiero hacer un ruego.

—Adelante —invitó William, el juez.

—Por favor. Aprendo música y una de mis lecciones coincide con la hora de criquet, el martes. ¿No podrían trasladarme esta lección a otro momento? Me fastidiaría perderme el criquet.

—Lo preguntaremos —contestó William—. Señor Johns, ¿le parece a usted que puede cambiarse?

—Veré qué puede hacerse —respondió el profesor, desde la parte de atrás de la habitación—. Hablaré con el profesor de música.

—Muchas gracias —dijeron a la vez William y Winifred.

A falta de otras peticiones, William martilleó en la mesa.

—La Junta ha terminado. La próxima se celebrará a la misma hora del mismo día la próxima semana. Es obligada la asistencia.

Los niños se pusieron en pie y, hablando animadamente, se encaminaron a sus respectivas tareas. Algunos tenían lecciones que preparar para el día siguiente, otros, cachorros que alimentar, o practicar el criquet o el tenis.

Elizabeth carecía de amigas con quienes charlar. Se sintió disgustada, pese a ser suya la culpa. Vagó sola y llegó a una pequeña habitación donde alguien tocaba suavemente el piano.

A ella le gustaba la música. Entró en la pequeña salita y se sentó a escuchar. El señor Lewis, el profesor de música, tocaba para su propio deleite. Cuando acabó, se volvió y, al ver a la niña, exclamó:

—¡Hola! ¿Te gustó?

—Sí, me gustó. Me hizo recordar el mar.

—Se titula *El mar* en un día de verano —explicó el señor Lewis, anciano de suaves ojos y pequeña barba gris—. Fue compuesta por un hombre al que agradaba introducir el mar en su música.

—Me encantaría aprender esa pieza —dijo Elizabeth—. Quisiera estudiar música. ¿Sabe usted si me enseñarán música en este colegio?

—¿Cómo te llamas? —el anciano abrió un librito de notas—. Yo soy el señor Lewis.

—Y yo Elizabeth Allen.

—Sí, aquí está tu nombre. Darás clase de música conmigo. Estupendo. Nos llevaremos bien y quizás a final de curso sepas tocar esta pieza del mar que tanto te gusta.

—Me ilusiona —contestó ella—. Pero no estaré aquí mucho tiempo. Odio la escuela.

—¡Oh, qué lástima! —exclamó el señor Lewis—. A los niños suele gustarles la escuela, especialmente Whyteleafe. Bien, si no has de quedarte aquí mucho tiempo, será mejor que tache tu nombre de mi lista. Será un despilfarro de tiempo darte lecciones de música si dices en serio que te vas.

—Una o dos lecciones, sí —aventuró Elizabeth—. Supongo que no puede darme ninguna ahora, ¿verdad?

El señor Lewis miró su reloj.

—Dispongo de veinte minutos. Busca tu cuaderno y veamos qué se puede hacer.



Elizabeth fue dichosa por primera vez en el colegio cuando se sentó al piano junto a su profesor. Tocó una de sus piezas favoritas. El señor Lewis marcó el compás de la música con su pie e inclinó la cabeza cuando hubo terminado.

—Sí, Elizabeth. Serás una de mis mejores alumnas. Espero que cambies de idea en cuanto a abandonarnos pronto. Será un placer para mí enseñarte.

Elizabeth, aunque complacida y satisfecha, sacudió la cabeza.

—Me temo que no podré quedarme. Ellos me quitaron el dinero para evitar que me vaya, pero me comportaré muy mal para conseguir que me echen.

—¡Qué lástima! —exclamó el señor Lewis, mirando su reloj—. Toca un poco más. Aún nos queda algo de tiempo.

Al final de la lección, el señor Lewis le repitió a Elizabeth el nombre de la pieza del mar que había tocado y añadió:

—Venden el disco con una bella interpretación. ¿Por qué no pides unos chelines en la próxima

reunión? Todos querrán oírla en la sala de música.

—Me gustaría —dijo Elizabeth—. Así lo escucharía siempre que lo desease. Lo malo es que la Junta no querrá darme dinero. Ni siquiera me han dado los dos chelines que entregan a los demás.

—¡Oh, querida! —exclamó el señor Lewis, sonriendo—. Debes de ser un auténtico demonio de muchachita y, en cambio, tocas el piano como un ángel.

—¿De veras? —preguntó Elizabeth, regocijada.

El maestro ya se había marchado.

Elizabeth pronto averiguó que había muchas cosas agradables permitidas a los niños de Whyteleafe. En días alternos bajaban al pueblo en parejas, a comprar caramelos, juguetes, libros y demás cosas de su agrado.

También les permitían ir al cine una vez por semana, siempre que lo pagaran de su propio bolsillo.

Cabalgaban todos los días. Elizabeth adoraba la equitación. Allí había colinas y prados donde resultaba fantástico galopar. Ella sabía montar, pues tenía su propio poni en su casa.

Dos tardes a la semana, el maestro daba su pequeño concierto a los niños amantes de la música, de siete y media a ocho, después de cenar. El señor Lewis reunía a su alrededor doce chicos enamorados de la buena música que salía de su piano. A veces tocaba el violín. Elizabeth anheló aprenderlo por el mero hecho de ver y oír al señor Lewis.

Otro de los anocheceres semanales estaba reservado a un pequeño baile que duraba una hora. Elizabeth también amaba la danza y, cuando vio la noticia en el tablón de anuncios, se entusiasmó.

No era de extrañar que Whyteleafe gustase a los niños. Siempre había algo agradable que esperar, algo excitante que hacer. Helen y Belinda no tardaron en amoldarse a la vida del colegio. Se hicieron grandes amigas y fueron muy felices. Los dos muchachos nuevos también se hicieron amigos. Una vez Joan intentó ganarse la amistad de Elizabeth, pero ella le hizo una mueca y le volvió la espalda.

A medida que pasaban los días, Elizabeth desarrollaba su premeditado plan. Aprovechaba todas las oportunidades para mostrarse como una salvaje sin sentimientos, con la esperanza de que todos se cansaran de ella. Pasaba la mayor parte de la mañana al otro lado de la puerta del aula, porque alteraba toda la clase.

Una mañana puso al gato de la escuela en el interior del pupitre de la señorita Ranger, antes de que entrasen los demás. Cuando la profesora abrió la tapa, el gato saltó al exterior. La señorita Ranger chilló de pánico. Todo el mundo rió. No tardó en saberse que había sido Elizabeth.

Otra vez adelantó diez minutos el reloj y la señorita dio por terminada la clase antes de tiempo, lo que enojó mucho a la profesora cuando lo supo.

—Puesto que habéis perdido diez minutos de la clase de aritmética, os pondré dos sumas más esta tarde.

Todos se enfadaron con Elizabeth.

—Espera a la próxima Junta —amenazó Ruth—. Habrá muchas quejas de ti.

—No me importa —dijo Elizabeth.

Y era cierto.

Una tarde, después del té, quiso ir al pueblo de Whyteleaf. Solicitó permiso.

Nora, su monitora, respondió:

—Puedes ir. Pero que alguien te acompañe.

Se lo pidió a Ruth.

—¿Quieres venir conmigo al pueblo? Deseo ver tiendas.

—No, gracias. No iré con nadie que se parezca a ti. Ignoro cómo te comportas en la calle y tal vez hagas que me avergüence.

—Sé comportarme en la calle.

—Pero no sabes hacerlo en el colegio.

Ruth le dio la espalda.

Entonces se lo pidió a Belinda, que se negó.

—No quiero ir.

Ni Helen ni Joan aceptaron. No se atrevió a pedirselo a los chicos, que se reían de ella cuando la veían.

—¡Aquí está la «Valiente Salvaje»! —se decían unos a otros.

Y pronto empezó a ser conocida como la «Valiente Salvaje».

Elizabeth volvió a dirigirse a Nora:

—Nadie quiere acompañarme.

—Te lo mereces. No puedes ir si nadie quiere acompañarte. Está prohibido ir solo.

«¡Pues iré sola!», pensó Elizabeth.

Se deslizó al exterior del edificio, bajó los peldaños, giró a la derecha, pasó a través del arco y corrió colina abajo hacia el pueblo.

Se divirtió mucho mirando escaparates. Contempló ansiosa el de la confitería y deseó disponer de algún dinero. Ante el escaparate de una tienda de música se preguntó si tendrían el disco sobre el mar que le gustaba. Se hallaba ante una juguetería cuando, ¡oh, fastidio!, salió de allí Rita, la monitora jefa del colegio Whyteleaf.

¿Qué haría?



Rita tiene un trabajo para Elizabeth

Elizabeth no tuvo tiempo de escapar. Rita salió de la tienda y casi tropezó con ella. Sonrió a la niña, pero al advertir que iba sola, su sonrisa se fundió y su semblante adquirió severidad.

—¿Nadie te acompaña?

—No.

—Sabes que no se le permite a nadie salir solo del colegio. Debes venir siempre con alguien. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque nadie quiso venir conmigo. Pregunté a muchas niñas.

—Está bien. Será mejor que me acompañes. Las niñas de las clases superiores tenemos permiso para salir solas. Ven conmigo.

Elizabeth iba a resistirse cuando advirtió la amable mirada de los encantadores ojos de Rita. No pudo por menos que aceptar aquella mirada como la más cariñosa que jamás viera, incluso más que la de Eileen. Caminó silenciosa junto a Rita.

—Resulta extraño que no quisieran acompañarte. ¿Es que no gustas a nadie?

—No. ¿Has olvidado mi promesa de ser lo más desagradable posible para que me devuelvan a mi casa? Pues ahora todo el mundo piensa que soy desagradable y no quieren hablar ni pasear conmigo.

—¿Eres de verdad desagradable?

Elizabeth alzó la cabeza. Le sorprendía que Rita se mostrase amable, después de haberla sorprendido desobedeciendo. Pero Rita no parecía enojada, sólo muy comprensiva e inteligente.

La niña pensó durante un momento. ¿Era ella realmente desagradable? Recordó todas las institutrices que había tenido. La señorita Scott no quiso quedarse con ella. Tal vez sí fuera una niña desagradable.

—No sé. Quizá sí soy desagradable, Rita. Aunque procuro parecerlo más de lo que lo soy en realidad. Me da lo mismo. De todos modos, nunca seré simpática.

—¡Pobre Elizabeth! —exclamó Rita—. Me gustaría saber qué es lo que te ha convertido en antipática. Pareces una niña agradable y, cuando sonríes, eres muy distinta. Lo siento por ti.

Un nudo apretó la garganta de Elizabeth y aparecieron lágrimas en sus ojos. Parpadeó enojada. ¡Rita la consideraría un bebé!

—No lo sientas por mí. Quiero ser antipática, así podré volver a casa.

—¿Por qué no intentas ser simpática, aunque sólo sea para concederte a ti misma una oportunidad?

—No. Entonces nunca me mandarán a casa. Seré tan mala como pueda.

—Pero serás muy desagradable y harás desgraciadas a otras personas.

—¿Sí? —preguntó Elizabeth, sorprendida—. No me importa hacerme desgraciada a mí misma, pero me disgusta que otros lo sean por mi culpa. Quizá sí soy intratable, Rita. Bueno, puedes creerme cuando digo que no me gusta hacer desgraciados a los demás.

—Escucha, Elizabeth —dijo Rita, cuando iban camino del internado—, hay alguien en tu habitación que no es muy feliz. ¿No lo has advertido? Podrías esforzarte en hacer las cosas más agradables para ella.

—¿Quién es?

—Joan. En su hogar no hay felicidad y siempre regresa al internado muy triste, preocupada por sus padres. Parece que no la quieren. Nunca vienen a verla a mitad de curso.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth, recordando que Joan generalmente se mostraba triste—. No lo sabía.

—Nadie lo sabe, excepto yo. Vivo cerca de su casa y por eso lo sé. Te lo cuento porque, si realmente eres sincera al decir que no te agrada que los demás sean infelices, podrías intentar mejorar las cosas para Joan. No tiene amigas, como tú, aunque por motivos distintos. Teme que las amigas la inviten a pasar con ellas las vacaciones cuando su madre no se molestaría en invitarlas a ellas. Y Joan es muy orgullosa, no soporta atenciones que no pueda devolver. Bien, ¡ya tienes un trabajo que realizar! ¿Puedes hacerlo?

—¡Oh, sí, Rita!

Pese a ser una caprichosa malcriada, poseía un corazón bueno y tierno. Siempre intentaba ayudar a las personas con problemas.



—Gracias por decírmelo, Rita. No se lo diré a nadie.

—Sé que no lo harás. ¡Lástima que te hayas propuesto ser mala! Serías estupenda si quisieras. Elizabeth frunció el ceño.

—¡No me conviene! Seguiré como hasta ahora y me enviarán a casa. Si soy buena no lo harán.

—Ven a hablar conmigo cada vez que te plazca —dijo Rita mientras cruzaban la verja del internado—. Y no vuelvas a ir al pueblo sola, ¿oyes? ¿Puedes prometerme eso?

Elizabeth quiso negarse, pero recordó lo amable y cariñosa que Rita había sido con ella y sintió la necesidad de prometérselo.

—De acuerdo, Rita. Gracias por tu amabilidad. Me pones un poco difícil ser todo lo desagradable que deseo.

—Eso es bueno —dijo Rita, riéndose, mientras se dirigía a su dormitorio.

Nora encontró a Elizabeth, que iba a la sala de juegos.

—¿Fuiste al pueblo?

—Sí.

—¿Quién te acompañó?

—Nadie.

—Entonces te denunciaré en la próxima Junta.

—¡Haz lo que quieras! ¡No me importa!

—Te importará cuando te llegue la hora, Valiente Salvaje.

La niña entró en la sala de juegos y puso en marcha el tocadiscos. Luego buscó el disco sobre el mar que tanto le entusiasmaba, pero no lo halló. Se preguntó cuánto valdría. ¿De qué le serviría saberlo? Nunca tendría suficiente dinero para comprarlo.

Joan Townsend entró en la sala. Todos estaban acostumbrados a sus modales tranquilos y nadie sabía mucho de ella.

La llamaban la Ratita. A menudo le preguntaban dónde guardaba el trozo de queso.

Elizabeth miró a la chica. Ciertamente, Joan parecía muy triste.

—¿Ha llegado el correo de la tarde? —preguntó Joan.

—Sí —respondió Helen—. No hay nada para ti.

«Quizás espera noticias de sus padres —pensó Elizabeth—. Yo las recibo con frecuencia de mamá y hasta la señorita Scott me ha escrito dos veces. En cambio, no recuerdo a Joan con una sola carta en sus manos».

Se disponía a decirle algo a Joan cuando el timbre anunció la cena. Todas se apresuraron hacia el comedor. Ella intentó sentarse junto a Joan. Falló el intento, pero comprobó que Joan apenas comía.

Después de la cena había concierto en la sala de música. Elizabeth corrió hacia Joan.

—¿No te gustaría escuchar al señor Lewis esta noche? Tocaré algo bonito que mi mamá suele interpretar en casa y que yo conozco muy bien.

—No, gracias. Tengo que escribir una carta.

Elizabeth siguió a Joan con la mirada hasta que ésta penetró en la sala de juegos. Daba la sensación de estar siempre escribiendo cartas. Sin embargó, nunca llegaba una para ella. Elizabeth fue a decirle al señor Lewis que asistiría a su concierto y luego corrió a asomarse a la sala de juegos.

Joan estaba allí sola, pero no escribía. Permanecía sentada con la pluma en la mano. Dos grandes lágrimas cayeron sobre la carpeta. Elizabeth se horrorizó. Aborrecía ver que alguien llorase. Entró en la sala. Joan se volvió al oírla y se secó las mejillas antes de hablarle bruscamente a Elizabeth.

—¿Acaso me espías, entrometida? ¿No sabes respetar el deseo de soledad de las personas?

—Joan yo sólo quería...

—¡Sí, ya lo sé! —replicó Joan, con la misma fiereza—. Tú querías verme llorar para reírte de mí y decirles a los demás que soy un bebé. Tú quieres ser todo lo antipática y desagradable que puedas, pero ¡atrévete a decir que me viste llorar!

—¡Oh, Joan, por favor! ¡Nunca haría eso! ¡Yo... realmente no...! —Elizabeth parecía desolada ante la idea de que Joan la creyese capaz de eso—. Por favor, escúchame. No soy tan mala como aparento. Por favor, déjame ser tu amiga.

Joan, tan obstinada como Elizabeth, replicó:

—¡Vete! ¡Nunca seré amiga de la peor niña de la escuela! ¡No quiero tener amigas! ¡Vete!

Elizabeth se marchó acongojada. ¿Cómo ayudaría a Joan si ésta no aceptaba creerla menos mala de lo que pretendía ser? El recuerdo del rostro pecoso e infeliz de Joan la distrajo durante el maravilloso concierto. Por vez primera en su vida, pensaba en otra persona que no fuese ella.

«¡Si Joan me permitiese ayudarla! Pero Rita no me lo habría dicho de no estar segura de que yo podría hacerlo. ¡Ojalá tenga una oportunidad de demostrarle a Rita que soy capaz de hacer algo por alguien!».

La oportunidad llegó aquella misma noche. Ya se habían acostado. Medio dormida, oyó un sonido procedente de la cama de Joan, que sollozaba quedamente bajo los cobertores.

Elizabeth saltó de su lecho y pese a no ignorar la prohibición de abandonar su recinto hasta el día siguiente, no dudó en ir hasta Joan, aunque la rechazase con la misma fiereza que antes.



El secreto de Joan

Pasó junto a las camas de Nora y de Belinda y se acercó a la de Joan.

Separó las cortinas y se sentó en el lecho.

Joan dejó de llorar al instante y se quedó rígida, preguntándose quién estaba a su lado.

Elizabeth susurró:

—¡Joan! Soy yo, Elizabeth. ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?



—¡Vete! —murmuró impetuosamente Joan.

—No quiero irme. Me hace infeliz oírte llorar sola ¿Es que sientes nostalgia?

—¡Vete! —repitió Joan, volviendo a echarse a llorar.

—Ya te he dicho que no me iré. Escucha, Joan. Yo también me siento infeliz. Era tan mala en casa, que ninguna institutriz quería quedarse conmigo. Mi madre tuvo que enviarme a la escuela. Pero yo quiero a mi madre y no puedo soportar verme lejos de mi casa. Quiero a mi perro, a mi poni y también a mi canario. Por eso comprendo cómo te sientes, si añoras a los tuyos.

Joan escuchó sorprendida. Así que Elizabeth era tan horrible porque se sentía infeliz y quería volver a su casa.

—Ahora, Joan, dime qué te pasa. Por favor, hazlo. No me reiré. Sólo quiero ayudarte.

—No es nada —respondió Joan mientras se secaba los ojos—. A veces pienso que mis padres no me quieren. ¡Yo les quiero tanto! Apenas me escriben. Nunca vienen a verme. Pronto será mi cumpleaños y todo el mundo lo sabe. Temo que no recibiré ningún regalo de ellos, como un pastel de cumpleaños o cualquier otra cosa. Sé que no lo recibiré. Y eso me parece horrible.

—¡Oh, Joan! —Elizabeth le tomó una mano, que estrechó contra las suyas—. ¡Oh, Joan! ¡Qué espantoso! Me haces recordar cómo mi madre me echaba a perder dándome cuanto se me antojaba y mimándome. Y eso me molestaba e impacientaba. En cambio, tú lloras porque nunca te dieron una migaja de lo que a mí siempre me ha sobrado. Me siento avergonzada de mí misma.

—Y debes avergonzarte —contestó Joan, sentándose—. No sabes cuán afortunada eres. Yo me sentiría emocionada y profundamente feliz si mi madre me escribiera una carta cada quince días. La tuya lo hace a diario. Me siento celosa de ti.

—No estés celosa —Elizabeth lloraba también—. ¡Ojalá pudiera compartirlo contigo, Joan!

—No eres tan horrible como dicen.

—Soy algo horrible, pero no tanto. Sólo quiero regresar a mi casa.

—Eso haría a tu madre muy infeliz. Es una gran desgracia ser expulsada de una escuela. Me resulta incomprensible. Quieres a tu madre y ella te corresponde, deseas volver con ella y, sin embargo, no te importa hacerla infeliz. ¡No te entiendo! Yo sería capaz de cualquier cosa por mi madre y ella no me quiere. Procuro que se sienta orgullosa de mí y no me demuestra que le importe nada. Tú te empeñas en ser mala y tu madre seguirá queriéndote. ¡No es justo!

—No, no es justo —admitió Elizabeth.

No le gustó la idea de que su madre fuera como la de Joan. Decidió ser muy buena con ella cuando volviera a casa para compensarla de su infelicidad por haber sido expulsada del colegio.

—Oye, Elizabeth, las otras niñas saben que espero carta todos los días y se ríen de mí. Piensan que mis padres son gente muy rara. ¡Odio eso! Durante el pasado curso me escribí a mí misma, pero lo averiguaron y se burlaron cruelmente.

—¡Oh, sí que fue cruel! —se indignó Elizabeth—. Olvídalo, Joan. Quizá las cosas cambien ahora. ¿Podemos ser amigas? ¡Al menos mientras esté aquí! No pienso quedarme mucho tiempo, pero sería bonito tener una amiga entretanto.

—De acuerdo —accedió Joan, cogiéndole una mano—. Gracias por venir a consolarme. Estoy muy contenta de saber que no eres tan mala. ¡Oh, no! Eres muy buena.

Elizabeth se marchó a su cama. Sentía su corazón caliente y feliz.

¡Qué grato era tener amigas! También le agradaba saberse simpática.

«No permitiré que nadie se ría de Joan —se dijo, decidida—. Ahora es mi amiga y sabré protegerla. Parece un tímido ratón».

Ante el asombro de todo el mundo, las dos niñas estrecharon su amistad. Bajaron al pueblo juntas. Joan gastaba parte de sus dos chelines en caramelos, que compartía con Elizabeth y ésta la ayudaba con las sumas, pues Joan era pésima en aritmética.



Joan hizo muchas preguntas a Elizabeth acerca de sus padres. Nunca se cansaba de oír los regalos que le hacían, cómo la mimaban y cuánto la querían.

—¿Cómo son tus papás?

—Podría enseñarte sus fotografías si Nora no las hubiera metido en el arcón.

—No comprendo que las dejes allí, cuando te bastaría decir que lo sientes y que sabes contar —replicó Joan, reprobando lo sucedido—. ¡Yo no dejaría que el retrato de mi madre estuviera en un arcón tan sucio y viejo!

—¡No me disculparé con Nora! —protestó Elizabeth—. No me gusta. ¡Es una metomentodo!

—Yo no opino así, Elizabeth. La considero una buena chica. En cambio, tú te comportas como un bebé terrible. Sólo un bebé hablaría como tú.

—¡Oh! ¿Piensas que soy un bebé, verdad? —gritó Elizabeth colérica mientras echaba sus encrespados cabellos sobre sus hombros—. Pues te demostraré que no lo soy.

Nora, que entraba en el dormitorio en aquel momento, se quedó atónita al ver que Elizabeth se abalanzaba sobre ella vociferando:

—¡Nora! Lo siento por lo que sucedió cuando pusiste esas cosas en el arcón. Sé contar y quiero demostrarte que sé poner seis objetos en mi cómoda.

—Por favor, no me ensordecas. Muy bien, puedes recuperar tus cosas.

Nora abrió el cajón, sacó todas las pertenencias de Elizabeth y se las dio.

—Eres una tremenda gansa y lo sabes —siguió Nora, riñéndola amablemente.

En realidad, se sentía complacida al ver que Elizabeth había decidido al fin hacerse amiga de alguien.

Elizabeth, orgullosa, colocó las fotografías en su cómoda y se las enseñó a Joan.

El timbre llamó para el té y tuvieron que bajar antes de que hubiera terminado de decir todo lo que pensaba.

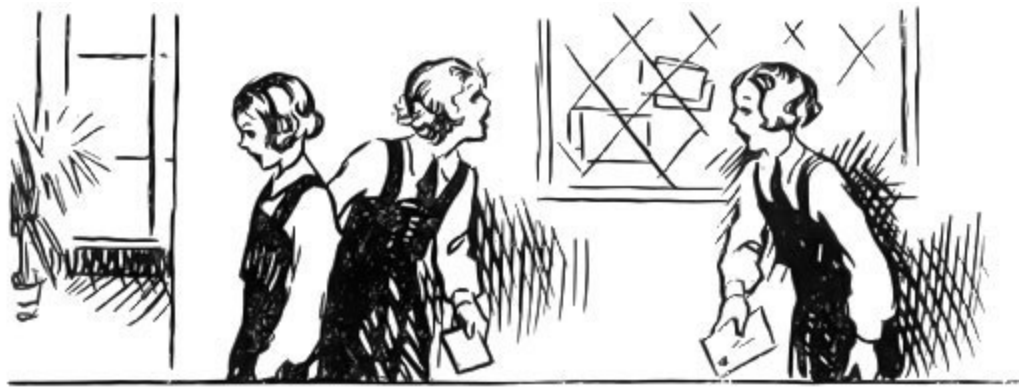
Al pasar junto al casillero de la correspondencia, Elizabeth miró el suyo por si había alguna carta.

—¡Cielos! ¡Hay una carta de mi madre y otra de mi padre! También una de la abuelita.

El casillero de Joan estaba vacío.

—¡Hola, Joan! ¿Sigues suspirando ante el casillero como siempre? —se burló Helen—. No sé qué harás el día que encuentres una carta. Me temo que de un salto atravesarás el tejado.

Joan se puso encarnada y se volvió de espaldas. Elizabeth advirtió su dolor y se encaró con Helen.



—Quizá te creas muy graciosa —chilló—. ¡Pues, entérate! Joan ha recibido cuatro cartas y una postal esta mañana y no ha roto el techo de un salto. ¡No es un pincho como tú!

Helen, pasmada de que Elizabeth defendiera a alguien, no supo reaccionar. La niña le hizo una mueca, cogió del brazo a Joan y se alejó con ella.

Joan la reprendió.

—No me gustan las mentiras, Elizabeth. Tú sabes que no he recibido ninguna carta.

—¿Y qué? Fue una mentira, pero no pude evitarlo, Joan. Tienes el aspecto de un tímido ratón que ha sido alcanzado por un gato y yo me siento como el perro que ha vapuleado al gato.

Joan alzó la cabeza y se rió.

—Ciertamente, dices cosas inesperadas. Nunca sé lo que harás o dirás luego.

Ni Joan ni nadie sabía jamás qué haría o diría Elizabeth. Los días transcurrieron mansamente y otra semana llegaba a su fin. Elizabeth gozó mucho al hacer bien su trabajo. Dueña de un excelente cerebro, las asignaturas le resultaban fáciles. Le gustaba la lectura, la gimnasia, la pintura, los paseos, los conciertos y, sobre todo, las lecciones de música. Le gustaba el criquet y había progresado en tenis:

Tuvo que esforzarse en recordar que no debía gozar con estas cosas. Necesitaba ser desagradable, o no sería expulsada.

De ahí que de cuando en cuando se portase pésimamente.

Una mañana no hizo nada bien: escribió mal y con faltas de ortografía en cada palabra, no acertó ni una suma, echó tinta por encima de su pulcro mapa de geografía y silbó y canturreó hasta descomponer a la señorita Ranger.

Ésta había decidido ser paciente con la maleducada Elizabeth, e intentó soportarla. Pero los niños se enfadaban, pese a las primeras risitas. Finalmente, la profesora se enojó.

—Te denunciaré ante la Junta de mañana —gritó un niño, que era monitor—. ¡Estoy cansado de ti! Molestas a todo el mundo.

—¡Yo también te denunciaré! —amenazó Nora aquella tarde—. Por tres veces en esta semana no has ido a dormir a la hora. La noche pasada subiste incluso más tarde que yo. Y mira, has echado tinta sobre tu alfombra.

—No seré yo quien la lave —gritó bruscamente Elizabeth—. Procuraré ensuciarla más de lo que está.

La malcriada niña vertió tinta en otro lado de la alfombra.

Nora la miró disgustada.

—Eres demasiado tonta para poder traducirlo en palabras. Bien, lo lamentarás en la reunión de mañana.

—¡Puah! ¡Eso es lo que tú sabes hacer! —le replicó Elizabeth.

La junta castiga a Elizabeth

La reunión del día siguiente se celebró a la misma hora que la anterior. Asistieron todos los niños, y una vez más los dos jueces, Rita y William, se sentaron a la gran mesa y los doce monitores y el jurado, en una más pequeña. Además de la señorita Belle y la señorita Best, acudieron otros profesores. Solían hacerlo de cuando en cuando, aunque nunca intervinieran.

Rita golpeó con la maza para imponer silencio. Elizabeth se hallaba sentada con semblante ceñudo. Sabía perfectamente que sería reprendida y castigada. Se dijo a sí misma que no le importaba. Pero tras su corta permanencia en Whyteleafe, había descubierto que era un pensionado fantástico y se sintió avergonzada de su conducta.

«Bueno, ya no tiene remedio. Espero que me manden a casa si sigo portándome mal», pensó.
—¿Tiene alguien dinero para ingresar en la caja? —preguntó William, después de consultar una hoja de papel—. Jill Kenton y Harry Wills han recibido dinero esta semana y ya lo han puesto. ¿Alguien más tiene?

Nadie contestó.

—Nora, reparte los dos chelines a todos, por favor —ordenó William.

Nora empezó a distribuir el dinero. Incluso le dio dinero a Elizabeth, que se sorprendió. No lo esperaba debido a su conducta.

Su primera idea fue comprarse caramelos de menta y compartirlos con Joan. Se lo susurró a su amiga, sentada a su lado.

—Gracias —dijo Joan—. Necesitaré la mayor parte de mi dinero para comprar sellos. Me gustará compartir tus caramelos.

—¿Alguien precisa de dinero extra? —preguntó William.

George se puso en pie.

—Necesitamos una nueva pelota de criquet. Perdimos la nuestra entre los matorrales.

—Volved a buscarla antes de que os entreguemos el dinero —dijo William—. Venid a vernos mañana.

George se sentó.

Queenie se puso en pie.

—¿Podéis darme dinero para comprar un obsequio de cumpleaños? Quisiera mandar algo a mi vieja niñera. Media corona me bastaría.

Se entregó media corona a Queenie.

—Me gustaría una pala nueva para el jardín —dijo John Terry, poniéndose en pie—. Aunque temo que cueste mucho.

El señor Warlow, el maestro de juegos, apoyó a John.

—Entiendo que John merece la pala nueva. Es el mejor jardinero del colegio. Los guisantes que comimos hoy eran fruto de su laboriosidad.

Se accedió a la petición de John.

—Dale dinero —ordenó William—. ¿Cuánto es, John?

—Doce chelines y seis peniques —contestó el muchacho—. He preguntado en tres tiendas.

Se le entregaron doce chelines y seis peniques.



John se sentó, sonrojado de placer.

Se pidieron más cosas. Algunas fueron concedidas y otras denegadas. Luego llegaron las quejas.

—Informes de quejas —gritó Rita, golpeando la mesa.

—Acuso a Harry Dunn de copiar —dijo con firmeza un monitor.

Enseguida siguió un murmullo. Todos conocían a Harry Dunn, un chico de rostro avergonzado.

—Copiar es algo terrible —convino William, sorprendido—. No hemos tenido un caso de estos desde hace tres cursos.

—Propongo que no se le dé dinero en lo que resta de curso —gritó alguien.

—Ese castigo no surtiría efecto —rebató William—. Le enfurecería y no le detendría.

Se suscitó una sonora discusión sobre Harry. Rita golpeó fuertemente la mesa con el martillo.

—¡Silencio! —gritó—. Quiero hacer una pregunta. Harry, ¿qué lección copiaste?

—Aritmética.

—¿Por qué? —intervino William.

—Bueno, el pasado curso perdí cinco semanas y me quedé algo rezagado. Mi padre no quiere que suspenda en aritmética y traté de no hundirme. Por eso decidí copiar las sumas de Humphrey. Eso es todo.

—Es cierto que perdió cinco semanas el curso pasado —dijo un monitor—. Recuerdo que tuvo

paperas.

—Y su padre se enoja muchísimo si no es de los primeros en aritmética —apoyó otro monitor.

—Preguntaré al señor Johns si puede conceder a Harry una ayuda extra en aritmética, a fin de que recupere lo perdido —dijo William—. Así no tendrá necesidad de copiar. Señor Johns, ¿sería una ayuda para Harry si le concediera usted más tiempo?

—Desde luego —respondió el profesor—. Ya se lo sugerí y después de esto le agradecerá tener una ayuda en aritmética. ¿No es así, Harry?

—Gracias, señor —contestó Harry.

William no había acabado con Harry.

—No podemos consentir que te sientes con los demás en la clase, hasta tener la convicción de que no volverás a hacerlo. Será mejor que alejes tu pupitre de los otros hasta que te hayas recuperado en aritmética.

—Conforme, William —aceptó Harry.

Odiaba verse separado por copión y determinó aprender tanto como los demás para recuperar su puesto. Esta vez el mérito sería suyo.

—Copiar es un acto de persona estúpida o perezosa —dijo William—. Ahora, ¿alguna otra queja?

Llegó el turno de Elizabeth, que se puso colorada y se mostró huraña. Nora se alzó de su asiento.

—Tengo una grave queja que formular sobre Elizabeth Allen. Soy la monitora del dormitorio y no puedo conseguir que se acueste a la hora. También es muy grosera y desobediente. No demuestra ningún interés en corregirse.

—¿Algo más? —preguntó Rita, mirando disgustada a Elizabeth.

—Sí. Por dos veces ha vertido tinta sobre su alfombra y rehúsa limpiarla.

—Bien, mandáremos la alfombra a que la limpien y pagará Elizabeth —decidió Rita—. Ese trabajo cuesta dos chelines. Lo siento, Elizabeth, deberás entregar tus dos chelines.

Elizabeth detestaba ser brusca con Rita. Humildemente sacó los dos chelines y se los devolvió a Nora.

—En cuanto a ir tarde a la cama —dijo William—, eso se arreglará fácilmente. En lo sucesivo, su hora de acostarse será a las siete y media en vez de a las ocho.

—¡Perderé los conciertos y la danza! —protestó Elizabeth desalentada.

—Eso es cosa tuya —intervino Rita—. Si eres sensata, restableceremos tu hora la próxima semana. ¡Pero sólo si eres sensata!

—Y ahora, en cuanto a la desobediencia y grosería —siguió William—, no estoy seguro de que podamos culpar a Elizabeth. Sabemos que, generalmente, los chicos groseros son hijos de padres tontos, que los estropean al dejarles decir y hacer lo que quieran. Luego, sería más acertado culpar a los padres de Elizabeth por su actual conducta. No le han enseñado buenos modales.

Elizabeth se puso en pie de un salto.

—¡Mamá y papá me han enseñado buenos modales! Ellos están muy bien educados y mamá nunca es grosera con nadie.

—Lo creeremos cuando veamos que tú sigues el ejemplo —respondió William—. Cada vez que te muestres grosera, pensaremos: «Pobre Elizabeth, ¡no puede evitarlo! Carece de educación».

—Te demostraré que tengo buenos modales —gritó Elizabeth—. ¡Te lo demostraré, chico horrible!

Todos empezaron a reírse de la enojada chiquilla:

William golpeó la mesa.

—¡Silencio! Elizabeth quiere demostrarme que posee buenos modales. Vamos, Elizabeth, grita un poco más e insúltame otra vez. Así calibraremos exactamente cuáles son tus buenos modales.

Elizabeth se sentó hecha una furia. Ellos pensaban que sus padres no sabían educarla. ¡Nadie sería más cortés que ella la próxima semana! Tendrían que reconocer su equivocación.

Kenneth, el monitor de la clase de Elizabeth, se puso en pie.

—Por favor, William y Rita, ¿podéis hacer algo en cuanto a la conducta de Elizabeth en la clase? Resulta sencillamente insoportable. Nos estropea todas las lecciones y estamos ya hartos. Lo mismo le sucede a la señorita Ranger.

—Eso es muy desagradable —afirmó Rita—. No tenía idea de que Elizabeth fuese tan mala. Estoy muy desilusionada. ¿Es que nadie tiene una palabra amable para ella?

El silencio de todos fue roto por la sorpresa que causó ver que Joan Townsend, la Ratita, se ponía en pie, sonrojadísima, pues odiaba hablar en público.

—Me gustaría defender a Elizabeth. Sin duda es amable. Realmente no es tan mala como fingir ser.

Joan se sentó de golpe, roja como el fuego. Elizabeth la miró agradecida. Era bueno tener una amiga.

—Bien, nos complace eso —dijo William—. Pero no basta. ¿Cuáles son las lecciones favoritas de Elizabeth?

—La música, la pintura y la equitación —chillaron sus compañeros de clase.

—Elizabeth, mientras no te comportes bien en las lecciones que parece no te agradan, perderás las otras —sentenció William después de consultar con Rita. No asistirás a ninguna de esas tres asignaturas esta semana y tampoco bajarás al pueblo. Esperamos que haya mejores informes de ti la semana próxima a fin de restituirte lo que has perdido hoy. Compréndelo, no podemos permitir que estropees las lecciones a tus compañeros.

Elizabeth, incapaz de soportar por un momento más la reunión, se puso en pie, apartó bruscamente una silla y salió como una exhalación.

—Dejad que se vaya —se oyó decir a Rita con voz apenada—. Está siendo muy tonta, pero no es tan mala como parece.

¡Pobre Elizabeth! ¡Se quedaba sin dinero para gastar, sin conciertos, danza, equitación, pintura



y música! Además, se acostaría temprano La niña se sentó en su cama y lloró. La culpa era suya, pero eso no mejoraba las cosas. ¿Cuándo podría abandonar aquel terrible internado?



Elizabeth pasa un mal rato

Joan fue al encuentro de Elizabeth en cuanto la Junta terminó. Supuso que estaría en el dormitorio. Elizabeth se secó los ojos al oírla entrar. No iba a permitir que nadie la sorprendiera llorando.

—Hola, Elizabeth. Ve a la sala de juegos. Llueve, si no fuera por eso, podríamos jugar un partido de tenis.

—Joan, fuiste muy buena al hablar en mi favor. Muchas gracias. Pero no lo hagas otra vez porque, verás, quiero que todas me crean mala en este colegio, así volveré a casa.

—Vamos, Elizabeth. Quítate esa tonta idea de la cabeza. Ten la seguridad de que no te mandarán a casa y sólo conseguirás verte en más líos.

—¿Es verdad que no me mandarán a casa por mal que me porte? Ningún colegio acepta a los chicos díscolos.

—Whyteleaf nunca ha expulsado a nadie. Y no creo que empiece contigo. Eres tú la que lo pasa mal en vez de bien. Tienes más posibilidades de volver con tu familia si hablas con Rita y le dices que serás buena si ella te ayuda a volver a tu casa, porque eres muy desgraciada aquí.

—¿De veras? —preguntó sorprendida Elizabeth—. Bueno, no se me ocurrió eso. Quizá hable con Rita. Ya veré. Ya estoy cansada de recordarme a mí misma que debo ser mala. Hay muchas cosas agradables aquí y a veces no puedo evitar que me gusten.

—Sencillamente eres una gansa —respondió Joan—. Baja ahora. Pronto serán las siete y tienes que irte a la cama inmediatamente después de cenar.

Elizabeth frunció el ceño.

—Mi intención es irme a las ocho, pese a todo.

—No seas tan boba. ¿Acaso supones que le importa a la Junta que te acuestes a las siete o a las ocho? Si eres tonta el daño lo recibes tú, nadie más.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth al comprender cuánta razón había en las palabras de su amiga. Después de pensar un rato, añadió—: Oye, Joan, haré cuanto se me ha dicho. Obedeceré las órdenes de la Junta; me acostaré temprano y dejaré de asistir a todo lo que me agrada. Al final de la semana hablaré con Rita y le diré que soy muy desgraciada y deseo volver a casa. Tal vez se lo cuente a la señorita Belle y a la señorita Best y ellas le escriban a mamá para que venga a buscarme.

—De acuerdo —aceptó Joan, cansada de las curiosas ideas de Elizabeth—. Ahora vamos, latosa. Se oye el timbre para la cena y hemos perdido mucho tiempo.

Después de comer, Elizabeth tuvo que ir inmediatamente a acostarse. Nora se asomó para

comprobar que obedecía las órdenes de la Junta y se sorprendió mucho al verla debajo de las sábanas.



—¡Cielos! —exclamó—. Aprendes a ser sensata. Escúchame ahora, Elizabeth, la Junta odia castigar a los alumnos.

Si eres buena y obediente, comprobarás que todo será distinto en la próxima reunión. De paso, llevaré tu alfombra a limpiar.

—Gracias, Nora —Elizabeth se mostró amable.

Aquella semana resultó desagradable para Elizabeth. Contempló cómo las otras practicaban equitación, mientras ella hacía sumas y el resto de la clase dibujaba. Sin embargo, lo peor fue decirle al señor Lewis que no asistiría a la clase de música.

El señor Lewis se lamentó y acariciándole el cabello, le dijo:

—¡Qué lástima! Precisamente había planeado algo fantástico para esta semana. Richard Watson se aprendió buena parte de un dúo y pensé que podríais interpretarlo juntos. Los dúos son divertidos.

—¡Oh, cuánto lo siento! —exclamó desanimada la niña—. Nunca he tocado un dúo. Debe de ser muy interesante. ¿Por qué no lo aplaza hasta la próxima semana, señor Lewis? Conseguiré que me levanten el castigo.

—Me gustaría saber que lo has conseguido, pequeña. No obstante, aun cuando no asistas a las clases de música, puedes practicar. Toma la partitura del dúo y apréndetelo. Practica las otras piezas y no te olvides de las escalas.

—No me olvidaré —prometió Elizabeth.

Richard Watson era un chico mayor y Elizabeth se sintió orgullosa de que el señor Lewis la hubiera elegido para tocar un dúo con él. Sabía que Richard Watson tocaba muy bien el piano y violín.

Elizabeth cambió de conducta. Nadie trabajó más que ella en la clase. Sólo hizo mal una suma.

No tuvo ni un error en el dictado. Incluso Mademoiselle, la profesora de francés, la felicitó por haberse aprendido una canción francesa.



—Eres una niña inteligentísima —le dijo a Elizabeth—. ¿Por qué no ayudas a la pobrecita Joan? Siempre se equivoca y es una de las últimas de la clase.

—Ayudaré a Joan —prometió Elizabeth—. Me será fácil enseñarle la canción.

—Tienes un gran corazón —comentó Mademoiselle.

Elizabeth se sonrojó de placer. Los otros niños la miraron, no podían comprender a la extraña muchachita, terriblemente mala unos días antes, y tan buena y generosa ahora.

Elizabeth y Joan se fueron a un rincón del jardín. Elizabeth cantaba cada línea y hacía que Joan la repitiese después. Ésta no tardó en aprenderla a la perfección.

—Eres muy buena conmigo, Elizabeth —reconoció Joan agradecida—. Me gustaría tener un enorme pastel por mi cumpleaños para darte el pedazo más grande.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—Dentro de dos semanas. Odio que llegue, pues no recibiré ni una sola postal. Mis padres no lo recordarán.

—Lo siento por ti, Joan. Pero yo sí te haré un regalo. Espero que la Junta me dé dos chelines. No verteré más tinta en la alfombra. Me costó dos chelines. Con ellos hubiera podido comprar caramelos. Hace tiempo que no pruebo ninguno.

—Yo compraré esta tarde y te daré —prometió Joan—. Necesito sellos, pero siempre sobran unos peniques para caramelos. ¡Lástima que no puedas acompañarme al pueblo! Resultaría divertidísimo ir las dos.

—Me gustaría. Sin embargo, no iré hasta que me autoricen. Prometí a Rita no ir sola y tampoco deseo que la Junta vuelva a castigarme.

De regreso, se cruzaron con tres chicos, que salían a practicar bolos.



—Hola, Valiente Salvaje —dijo uno.

Elizabeth se sonrojó e intentó abalanzarse sobre ellos. Joan la cogió fuertemente del brazo.

—No les hagas caso. Intenta provocarte para verte enfadada. Además, te mereces el adjetivo, ¿no te parece?

Los chicos se fueron al campo de criquet riéndose. Elizabeth siguió enojadísima. Aún no se había acostumbrado a las bromas. Deseó devolverles la burla, o reírse, como hacían los otros niños.

La señorita Ranger se mostró encantada con Elizabeth aquella semana. La niña era inteligente y tenía sentido del humor. Sabía decir cosas ingeniosas que hacían reír a todos. Le bastaba leer un par de veces cualquier página para aprenderla de memoria. Le gustaba el trabajo y todo lo hacía bien.

—Eres una niña afortunada —la felicitó la señorita Ranger—. Aprendes con facilidad las lecciones. Quizá llegues a ser importante cuando seas mayor. El pensionado Whyteleafe y tus padres se sentirán orgullosos de ti algún día.

—Whyteleafe no —protestó Elizabeth—. No estaré aquí mucho tiempo. Lo máximo que permaneceré en él será hasta llegar a la mitad del curso. Posiblemente me vaya antes.

—Ya veremos —respondió la profesora—. De todos modos, resulta agradable ver tu otra cara, exenta de la reciente ordinariéz.

Elizabeth practicó en el piano toda la semana. Quería demostrar al señor Lewis que podía tocar el dúo con Richard.

Una mañana recibió una carta de su madre con unos sellos dentro.

«Puesto que tienes que comprarte los sellos, te envío unos cuantos. Así podrás destinar el dinero a las cosas que más te agraden».

Elizabeth contó los sellos, hizo dos partes y fue al encuentro de Joan.

—¡Tengo unos sellos para ti! —dijo—. No necesitarás comprarlos.

—Gracias —respondió Joan, encantada—. ¡Qué suerte! Sólo a una mamá encantadora se le ocurre una cosa así.

Ahora mismo iré a comprar caramelos.

Las dos niñas paladearon las dulces golosinas después del té de la tarde. Paseaban por el jardín cuando vieron a John Terry muy ocupado con su pala nueva. Elizabeth le habló del jardín que tenía en su casa.

—Demuestras saber mucho de jardinería —reconoció John—. Es algo que ignoran muchas niñas. ¿Por qué no me ayudas de cuando en cuando? Hay mucho trabajo.

—Me gustará —prometió orgullosa Elizabeth, que halló inteligente a John Terry por solicitar su colaboración—. Vendré siempre que pueda.

—Pareces feliz —comentó Joan mirando los brillantes ojos de su amiga—. ¿Ya no deseas irte de Whyteleafe?

—Sí, quiero irme. Pronto lo verás. Le pediré a Rita que me mande a casa antes de la mitad de curso.

La tercera junta

Llegó la tercera Junta. Cada cual procuró sentarse lo más adelante posible. Algunos profesores lo hicieron en el sitio de siempre. Rita y William fueron los últimos en aparecer. Los niños se pusieron en pie hasta que sus jueces se sentaron.

Joan, sentada junto a Elizabeth, ansiaba que ésta no dijera nada tonto y estropeara su semana de buen trabajo y comportamiento. Elizabeth prefería que ya hubiese acabado todo, pues no se acostumbraba a que la Junta juzgara sus actos. Decididamente no le gustaba, si bien todos se regían por aquellas normas de indudable acierto.

Primero se procedió a colocar el dinero dentro de la caja. Una niña, Eileen, depositó la libra que le había enviado su abuela. Añadir aquel dinero al fondo colectivo de la escuela, hizo feliz a Eileen.

Luego se procedió a dar los dos chelines a cada uno. Elizabeth cogió los suyos con cierta sensación de agrado. Pensó que podría invitar a Joan.

—¿Alguien quiere dinero extra esta semana? —preguntó William tamborileando en la caja. Eileen pidió un chelín para arreglar su reloj y fue complacida al instante.

—¿Nadie más? —preguntó Rita.

Elizabeth se puso en pie.

—Yo no confío en que me lo deis, pero me gustaría recibirlo. En realidad, no será sólo para mí, pues otros también lo disfrutarán.

—¿Qué deseas? —interrogó Rita.

—Hay una bonita pieza sobre el mar que el señor Lewis toca y, según me ha informado, está grabada en un disco. Me gustaría tenerlo. Y no dudo que a los demás también les gustará oírlo. Podría comprarlo con mis dos chelines, pero debo a Joan Townsend un montón de dulces y me gustaría obsequiarla esta semana con algunos.

William y Rita miraron a los doce monitores.

—¿Qué opináis? —preguntó Rita.

El jurado deliberó unos minutos. Al fin se levantó Nora.

—Consideramos de justicia dar el dinero que solicita Elizabeth. La hemos oído practicar todas las mañanas después del desayuno y merece una recompensa.

—Concedidos los dos chelines extra —aceptó William—. Dáselos, Nora.

Una oleada de satisfacción y contento invadió a Elizabeth. Los monitores eran muy razonables al acceder a su deseo. Se olvidó de que les había aborrecido durante la pasada semana.

Llegó el turno de las quejas. Un niño, Peter, fue acusado de garabatear en una de las paredes

del guardarropa.

—¡Un acto muy reprochable! —sentenció, severo, William—. Te pasarás tus próximos dos recreos limpiando los garabatos con agua caliente y jabón, comprarás pintura amarilla en el almacén de la escuela con tus dos chelines y repintarás la pared. Iré a comprobarlo a final de semana.

Rojo como la grana, Peter se sentó. Nunca más escribiría en las paredes. No se enfadó por el castigo, sabía que era justo y se propuso enmendar el daño causado.

—Todos vemos las paredes —dijo William— y ciertamente no queremos ver tus tontos garabatos en ellas.

Llegó el informe sobre Harry, castigado por copión la semana anterior. El señor Johns había entregado una nota a William, que éste leyó a la Junta.

«Debo informar de que Harry hace grandes progresos y alcanzará pronto al resto de la clase en aritmética. Espero que en la semana venidera sea tan bueno como los otros. Entonces no tendrá motivo para copiar y sería justo que en la próxima reunión se le exima del castigo».

—¿Y si autorizásemos ya a Harry a sentarse con el resto de la clase? —preguntó uno de los monitores—. Una semana de separación no resulta muy agradable.

—No —se opuso William—. Nos engañó a todos porque no sabía tanto como los otros y, si lo exoneramos demasiado pronto, quizá lo repita. No queremos que se convierta en un hábito —miró al niño—. Harry, esperamos que la próxima semana puedas recuperar tu antiguo puesto.

—Sí, William —respondió Harry.

En su fuero interno, Harry decidió avanzar tanto en aritmética que sería de los primeros antes de finalizar el curso. Entonces la Junta y el señor Johns sabrían con certeza que nunca volvería a copiar.

—Y ahora hablemos de la Valiente Salvaje, Elizabeth Allen —propuso William. Todos se rieron, incluso Elizabeth. Resultó divertido que William la llamase así.



—Nora, ¿cuál es tu informe?

Nora se puso en pie.

—Excelente. Elizabeth ha obedecido todas las órdenes de la Junta y hasta cuanto yo sé, bien y con alegría.

—Gracias —dijo Rita.

Nora se sentó. Rita abrió una nota escrita por la señorita Ranger.

—Este informe es de la señorita Ranger —explicó—. Oigan lo que dice: «Ha sido un placer tener una niña como Elizabeth en mi clase esta semana. Ha trabajado bien y podría ser la primera de la clase. Ha prestado ayuda a los otros que no son tan rápidos como ella. Y ha sido tan buena esta semana como fue mala la anterior».

Rita alzó la cabeza y le sonrió a Elizabeth. William también le sonrió.

—Nos agrada saberlo, Elizabeth —dijo Rita—. Yo también he notado una gran diferencia en ti esta semana.

—¿De veras? —preguntó la niña complacida al oír que Rita se había fijado en ella—. ¿De veras has comprobado que han mejorado mis modales? Me gustaría convencerte de que mis padres me han enseñado buenos modales. No soporto que pienses lo contrario.

—Retiramos lo que dijimos de tus padres —afirmó Rita—. Pero tienes que comprender que si un chico es rudo y obstinado, se debe a que sus padres no supieron enseñarle mejor.

—Eso lo comprendo —admitió Elizabeth—. Bien, conocerás a mis padres a mitad de curso y entonces comprobarás que no pueden ser más simpáticos.

—¿Has decidido quedarte con nosotros, pues? —preguntó Rita con una repentina y divertida sonrisa.

Le gustaba Elizabeth, pues decía cosas graciosas y se lo tomaba todo muy en serio.

—¡Oh, no, no lo he decidido! —se apresuró a decir Elizabeth—. Pero sé que no me dejaréis regresar a casa si me comporto demasiado mal. Os enfadaréis conmigo y me obligaréis a seguir aquí para demostrarme que no puedo salirme con la mía. Rita, ¿si me esfuerzo en portarme bien y hago todo lo que debo, le pedirás a la señorita Belle y a la señorita Best que me dejen ir a casa? Pueden rogarle a mis padres que me lleven después de mediado el curso. Mi madre no querrá que siga donde no soy feliz.

William y Rita la miraron sorprendidos e intrigados, sin saber qué hacer con semejante chiquilla.

Los jueces y el jurado discutieron el caso, sin hallar una solución aceptable. Rita golpeó la mesa y todos callaron.

—Lo siento, Elizabeth, pero no sabemos qué decirte. Nunca se nos había presentado un caso así. Pediremos ayuda a la señorita Best y a la señorita Belle. Por favor, señorita Best y señorita Belle, ¿nos pueden aconsejar lo mejor para Elizabeth?

Las dos profesoras subieron al estrado, Rita les ofreció sillas. También se acercó el señor Johns, que se sentó junto a ellas. No era corriente que los profesores subieran al estrado y eso hizo que el caso pareciese mucho más importante y grave.



—Bien —exclamó la señorita Belle—, primero tratemos todos juntos la cuestión y como no resulta agradable hablar de una persona en su presencia, a Elizabeth puede no gustarle lo que oiga, por lo que sugiero que salga de la sala hasta que hayamos terminado. ¿Qué te parece, Elizabeth?

—Prefiero salir del gimnasio y esperar fuera lo que se decida. Pero, señorita Belle, seré tremendamente mala de nuevo si...

—No digas nada más, querida —se apresuró a cortar la señorita Best, que quiso evitar que los demás miraran a Elizabeth con antipatía, pues resulta muy difícil que la gente sea justa si está mal predispuesta.

Elizabeth salió del gimnasio. Se fue a una salita de música próxima y empezó a practicar su parte del dúo. Sin duda volvería a dar sus lecciones de música y podría tocar el piano con Richard.

La Junta deliberó sobre el asunto de Elizabeth y lo que debían hacer con ella. Todos dieron su opinión, que fue escuchada.

—No la queremos; es una lata —protestó una niña—. ¿Por qué no dejarla que se vaya?

—Nosotros sí la queremos —contrarrestó la señorita Belle—. Podemos serle de gran ayuda.

—Está mal educada —terció William—. A los chicos malcriados siempre les resulta difícil encajar en los sitios. Creen que el mundo se ha hecho para ellos solos.

—Ustedes ignoran lo amable que es Elizabeth —dijo Joan—. Soy su única amiga y sé más de ella que nadie. Realmente posee un corazón bueno. Mademoiselle lo ha dicho también.

—Eso es cierto —se oyó la voz de Mademoiselle desde el fondo de la sala—. Esa chiquilla tiene buen corazón y es inteligente. ¡Pero es tan... tan sumamente obstinada!

—Bueno, quizá sea todo lo maravillosa que dicen, pero su intención es mostrarse desagradable, si no le damos lo que solicita —rebató William—. ¡Nadie deseó abandonar Whyteleafé jamás! Al menos yo no he oído hablar de nadie.

Siguió la discusión. Ninguno comprendía por qué Elizabeth quería abandonar un colegio tan agradable como Whyteleafé, donde los niños eran felices gobernándose a sí mismos. La señorita Belle, la señorita Best y el señor Johns sonrieron al oír a los exaltados niños culpar a Elizabeth por

su deseo de abandonar Whyteleaf.

—Creo que ya vislumbro la respuesta a vuestro problema —afirmó la señorita Belle—. Diremos a Elizabeth que, ciertamente, puede abandonar después de medio curso, si en verdad se siente desgraciada. Entonces no será preciso que se muestre maleducada ni desobediente. Que se porte bien, que estudie y disfrute, porque estamos decididos a dejarla marchar, si quiere, dentro de unas cuantas semanas. ¿Qué os parece?

—¡Ah ya comprendo! —exclamó Rita, con ojos brillantes—. Será imposible que Elizabeth sea desgraciada si lo pasa bien. Luego es de suponer que no querrá marcharse, aun cuando le ofrezcamos la oportunidad.

—Así es —afirmó la señorita Belle—. Si Whyteleaf es como vosotros decís y me siento muy orgullosa de oírlo, puedo asegurar que vosotros y la escuela lograréis retenerla por su propia y libre voluntad. Así conoceremos lo mejor de Elizabeth y podremos ayudarla a que sea buena y feliz.

Los niños golpearon con los pies y estuvieron de acuerdo. Dirían a Elizabeth que podía marcharse cuando gustase, pero llegado el momento, no querría hacerlo. ¡Qué excelente idea! Decidieron ser lo más gratos posibles a Elizabeth, para evitar que pudiera sentirse desgraciada.

—¡Llamad a Elizabeth! —dijo la señorita Best—. Se lo comunicaremos.

Una semana formidable

Nora llamó a Elizabeth al gimnasio y ésta dejó de tocar el piano y regresó a su lugar.

¿Qué habrían decidido los jueces? Tenían aspecto grave, pero no enojado. Rita golpeó la mesa.

—¡Silencio! Elizabeth, después de tratar tu problema hemos decidido que si insistes ante la Junta después de medio curso y nos dices sinceramente que eres desgraciada aquí, la señorita Belle y la señorita Best aconsejarán a tus papás que te lleven a casa.

—¿De veras? —exclamó Elizabeth, entusiasmada—. ¡Oh, gracias, Rita! ¡Qué contenta estoy! Eso me evita mostrarme maleducada y traviesa. Puedo esperar hasta la primera reunión después de medio curso y pedir entonces que me envíen a casa. ¡Odio estar en la escuela!

Elizabeth se preguntó por qué todos se desternillaban de risa.

Miró sorprendida a su alrededor. Incluso Joan se reía.

—Bien. Asunto resuelto —concluyó Rita—. Por favor, si tan simpática como tú sabes serlo hasta medio curso y luego, si así lo deseas, podrás irte a tu casa siempre que tus padres te lleven.

—Lo harán si no soy feliz. Gracias, Rita. Prometo ser buena.

—De acuerdo —intervino William—. Todos tus castigos quedan levantados. Tu hora de acostarte será, como antes, a las ocho. Puedes cabalgar, pintar y asistir a tus lecciones favoritas.

—Gracias —contestó Elizabeth, resplandeciente y muy complacida. ¡Había conseguido su deseo!

«Celebro que no sea antes —pensó ella—. Quiero aprender el dúo con Richard. Y hacer un regalo a Joan por su cumpleaños. Y también quiero cabalgar un poco más. ¡Oh, sí! Y comprar aquel disco que agradará a todos cuando lo ponga por primera vez».

Elizabeth, dichosa y sonriente, no se enteró del resto de lo tratado. El gimnasio se quedó vacío y los niños se fueron a sus tareas o aficiones.

—Me agrada saber que seguirás a mi lado hasta mediar el curso —comentó Joan, pasando su brazo por el de Elizabeth—. Menos es nada.

—Aprovéchate al máximo de mí —contestó ella, sonriente—. Después no me tendrás. Hablo en serio cuando digo que deseo volver a mi casa con mi poni y mi perro.

Empezó una semana feliz para Elizabeth. Después de la cena, aquella noche hubo un poco de danza y todos se divirtieron mucho. A las ocho, Elizabeth y los de su edad se fueron a dormir.

Al día siguiente bajó con Joan al pueblo. Allí compró dulces y el disco que deseaba. En la tienda de música no lo tenían, pero le enviarían el disco al colegio tan pronto lo recibieran.

Joan compró chocolate y un libro. Elizabeth caramelos y dos bolsitas de semilla de lechuga. No había olvidado su promesa de ayudar a John Terry en el jardín. ¡Cuántas cosas tenían que

hacer!



—Podrás quedarte con la primera lechuga que crezca de estas semillas —le prometió a Joan.

—Entonces tendrás que seguir hasta que finalice el curso —dijo riéndose Joan—. Las lechugas no crecen tan deprisa como piensas.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth, desilusionada—. Pues serás tú quien las recoja. ¿Quieres un caramelo?

Era grato paladear caramelos y hablar con una amiga, sentir el crujido de las semillas de lechuga en sus bolsitas, saber que cabalgaría aquella tarde y que tendría la lección de música después del té. Quizá Richard estaría allí y podrían ensayar el dúo.

La lección de montar fue magnífica. Doce chicos y chicas fueron a las colinas con el monitor de equitación. Elizabeth, acostumbrada a su poni, cabalgó bien, gozando del olor de la temprana y fresca brisa de verano.

Aquella tarde el cartero le trajo un paquete. Al deshacerlo, halló un enorme pastel de chocolate que le mandaba su abuelita.

—¡Oh, mirad! —le gritó—. Nos lo comeremos a la hora del té.

—¡Qué diferente eres ahora, Elizabeth! —exclamó Nora, mirando a la entusiasmada chiquilla mientras guardaba el pastel en una lata en la sala de juegos—. Antes no querías compartir nada.

Elizabeth se sonrojó.

—No me lo recuerdes, Nora —suplicó—. Me avergüenzo. Espero que no me lo rechacéis cuando os lo ofrezca.

Todos aceptaron. Elizabeth contó cuántos eran en su mesa. Eran once. Cortó el pastel en doce grandes pedazos y pasó el plato, en el que sólo quedaron dos porciones.

Todos le dieron las gracias al recoger su respectiva ración, contentos de saborear un poco de pastel, pues las reservas se habían agotado al no llegar repuestos por no celebrarse el cumpleaños de ningún alumno.

—Tu abuelita debe de ser muy generosa —dijo Nora—. Es el pastel más estupendo que

recuerdo haber comido.

Elizabeth, orgullosa y complacida, llevó el plato a la señorita Ranger y le ofreció uno de los dos pedazos. Esta lo aceptó.

—Gracias, Elizabeth.

Ella se sirvió el último trozo y se sentó feliz a comérselo. ¡Qué agradable resultaba compartir algo con los demás! Observó los rostros contentos y le satisfizo ver a los chicos comerse su pastel.

«La señorita Scott se sorprendería de mí —pensó—. No me reconocería. ¡Qué niña más horrible debí de parecerle!»

Después del té, cogió una partitura y corrió en busca del señor Lewis, Richard estaba con él. El chico, muy alto, tenía unos dedos largos y sensibles. Quería ser músico. Miró a Elizabeth y no sonrió.

«Tal vez cree que las chicas no sabemos tocar», se dijo Elizabeth.

Tenía razón. A Richard le había disgustado saber que interpretaría un dúo con una niña. Y además, con Elizabeth, la Valiente Salvaje.

Empezaron. Elizabeth había practicado tan duramente que sabía maravillosamente bien su parte. Había elegido el grave y Richard lo más difícil, el sobreagudo.

—Marcaré los primeros compases —anunció el señor Lewis—. Veamos: uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro...

Dejó de hacerlo, pues los dos niños se ajustaron al tiempo y el dúo se deslizó felizmente. El señor Lewis los dejó tocar hasta finalizar. Luego les sonrió.

—Excelente. Os compenetráis muy bien. Richard, ¿no tuve razón al decirte que había descubierto una pareja ideal para ti?

Richard, tan obstinado como Elizabeth, miró el sonrojado rostro de la niña y no contestó.

El señor Lewis se rió.

—Gracias, Richard. Puedes irte. Regresa dentro de media hora y te daré tu lección. Ahora le toca a Elizabeth. ¿Seréis capaces de practicar juntos de vez en cuando?

—Creo que sí —contestó Richard ásperamente.

—¡No lo haremos si no quieres! —le exclamó Elizabeth—. Toco mi parte tan bien como tú la tuya. Cometiste dos errores.

—¡Y tú tres! —replicó Richard.

—Las acusaciones no sirven de nada —intervino el señor Lewis, golpeando suavemente la espalda de Richard—. Puedes interpretar el dúo con Harry si lo prefieres. Ya encontraré quien lo haga con Elizabeth. De todos modos, ella es la mejor después de ti.

—Lo haré con Elizabeth —dijo Richard—. Harry toca el piano como si sus dedos fueran un racimo de plátanos.

Elizabeth se echó a reír a carcajadas. Le hizo gracia imaginarse un racimo de plátanos tocando



el piano. Richard se rió también.



—Practicaré con Elizabeth. Ciertamente, es buena.

Ella resplandeció de orgullo, porque Richard era uno de los chicos mayores. Feliz, se ensimismó en su lección de música. Repitió el dúo con el señor Lewis, que le hizo observar sus errores. Con la señorita Scott se hubiera molestado, pero el señor Lewis era distinto. Le consideraba muy inteligente y no le hubiera importado permanecer todo el día oyéndole tocar.

—He encargado el disco, señor Lewis.

—Iré a oírlo cuando llegue —le prometió el profesor—. Interpretémoslo ahora en nuestro piano, Elizabeth. Tienes que aprenderlo, si bien no será fácil. Quizá, si te aplicas mucho, llegues a interpretarlo sola en el concierto de final de curso.

—Me encantaría —aceptó ella complacida, para luego mostrar un semblante decepcionado—. ¡Oh, no podré! Lo olvidé. Me iré a casa a mediados de curso.

—¿De veras? Sigues siendo la Valiente Salvaje. ¡Vaya, vaya! ¡Qué lástima!

—¿No hay concierto a mitad de curso? —preguntó Elizabeth con voz temblorosa.

—Me temo que no. Bien, sigamos con la escala. Olvídate de la pieza sobre el mar. Ya encontraré quien la toque.

—De todos modos, enséñemela. Aunque no llegue a interpretarla en un concierto, me gustará hacerlo para mí. ¡Me entusiasma!

—Te complaceré. Primero la tocaré yo. Tú escucha con atención.

Elizabeth concentró sus cinco sentidos. Fue feliz durante todo el día y se sintió sorprendida de sí misma.

«¡Qué fastidio! —se dijo Elizabeth—. No me conviene sentirme dichosa, pues, si no, ¿qué diré a la Junta cuando llegue el momento?»

Dos tretas... y una solución

La semana transcurrió rápidamente. Elizabeth practicó mucho y con amor sus lecciones de música. También lo hizo Richard e, incluso, le pidieron al señor Lewis una pieza más difícil.

—Gracias por elegirme a mí en lugar de a Harry —dijo Elizabeth—. Me gusta cómo tocas, Richard. Eres tan bueno como el señor Lewis.

—No, eso no —protestó el chico—. Pero algún día seré mejor, mucho mejor, Elizabeth. Algún día irás a Londres a oírme tocar en un gran concierto. Y escucharás mis propias composiciones, que se interpretarán en todo el mundo.

Richard, cuando decía todo eso, no alardeaba. Elizabeth no se burló. Era la primera convencida y, pese al mal humor casi constante de Richard, llegó a apreciarle mucho.

«Siempre odié a los chicos —se dijo sorprendida—. Parece que estoy cambiando. Será mejor que tenga cuidado, o seré diferente cuando salga de aquí, tal como dijo la señorita Scott».

Y para demostrar que realmente odiaba a los chicos, le hizo una treta a Harry. Él tenía que ir a la sala de música a recoger unas partituras que había olvidado. Ella empapó de agua una esponja, se subió a una silla y la colocó en lo alto de la puerta, de modo que si entraba alguien, le cayese encima.

Elizabeth se ocultó en un armario del pasillo y esperó. Harry llegó en busca de las partituras antes de que sonara el timbre. Empujó la puerta y le cayó la esponja sobre la cabeza, salpicándole de agua.



—¡Ooooh! —exclamó Harry, con la mayor de las sorpresas—. ¿Qué es esto? Pronto lo averiguó. Se quitó la esponja del cuello y la tiró al suelo con rabia.

—Ahora tendré que cambiarme de americana. ¿Quién lo habrá hecho?

Nadie contestó, naturalmente. Pero Harry sabía que los bromistas gustan de observar los efectos de sus trampas y adivinó que se hallaría en el armario del pasillo.

Se acercó a hurtadillas y abrió la puerta. Dentro estaba Elizabeth, intentando sofocar su risa. Tenía un pañuelo sobre su boca y lágrimas en sus mejillas.

—¿Eres tú, eh? —gritó Harry, sacándola—. ¡La Valiente Salvaje! Bien, ahora te introduciré en el cuello la esponja mojada y sabrás lo que se siente.

Le faltó tiempo. Se oyó el timbre y tuvo que correr.

—¡Me las pagarás! —gritó.

Elizabeth se rió a carcajadas.

Harry no tardó en devolverle la treta. Fue en la clase de pintura. Cuando Elizabeth se hallaba totalmente ensimismada en su trabajo, se le acercó por detrás con una gran hoja de papel que colgó limpiamente en su espalda. Ella notó algo, pero no le dio importancia.

Harry volvió a su sitio riéndose entre dientes. La clase llegaba a su fin.

El letrero decía:

SOY LA VALIENTE SALVAJE. ¡CUIDADO!

LADRO, MUERDO. ¡ODIO A TODOS!

Joan no estaba allí. De otro modo habría advertido a Elizabeth.

Tan pronto se oyó el timbre, los niños recogieron sus cosas. La señorita Chester no se enteró

de lo ocurrido. Los niños salieron de la clase de pintura y se dirigieron a sus respectivas aulas. Fue entonces cuando descubrieron el papel. Se tocaron unos a otros entre risitas. Elizabeth descubrió que se reían de ella y se sonrojó.

—¿De qué os reís? —preguntó—. ¿Acaso voy despeinada? ¿Tengo una mota en la nariz?

—No, Elizabeth —contestaron a coro.

La señorita Ranger entró en la clase y empezaron a trabajar. Lo hicieron con ahínco hasta la hora de recreo.

Harry comprobó que el papel seguía en la espalda de Elizabeth. Corrió hacia sus amigos señalándolo. Todos los chicos seguían a Elizabeth para leer el papel y reírse.

—Es la Valiente Salvaje —susurraban—. ¡Mirad el rótulo!

Cada vez que la pobre Elizabeth se giraba, encontraba a alguien que se reía de ella. Enfurecida gritó que abofetearía a quien se riera de nuevo.

Elizabeth llamó a Joan.

—¡Joan! ¿Qué pasa? ¡Me siguen y se ríen! Joan sabía más que Elizabeth del comportamiento de los niños. Adivinó enseguida lo ocurrido. —Date la vuelta.

Elizabeth se volvió y Joan leyó el papel.

SOY LA VALIENTE SALVAJE. ¡CUIDADO!

LADRO, MUERDO. ¡ODIO A TODOS!

La misma Joan se rió también.

—Oh, Elizabeth. Mira lo que has lucido toda la mañana. ¡Qué divertido! No me extraña que todos se rieran de ti.

Le desenganchó el papel y se lo mostró. Ella no estaba acostumbrada a ser víctima de bromas y, roja de rabia, partió el papel por la mitad y se encaró con los demás.

—¿Quién me enganchó esto? —gritó.

—Yo, Valiente Salvaje —gritó uno. Todos se rieron. Elizabeth le dio una patada al suelo.

—¡Mirad! —gritó John—. ¡Ladra! ¡Muerde! Ahora nos enseñará los dientes.

—¡El que me puso esto no se atreverá a dar la cara! —gritó Elizabeth.

—Oh, sí me atrevo —dijo riéndose Harry—. Te lo puse yo, querida, a cambio de la esponja mojada.

—¡No me llames querida! —gritó Elizabeth, furiosa—. Eres un chico odioso. ¡Copión, copión, copión! ¿Cómo te atreves a colgarme papeles? ¡Toma!

Elizabeth le dio un bofetón a Harry, que retrocedió sorprendido.

—¡Quieta! —ordenó Nora, que llegaba en aquel momento—. No es así como debes comportarte. Excúsate con Harry.

Es demasiado caballero para devolverte el bofetón que te mereces.

—No me excusaré. Pienso denunciar a Harry en la próxima Junta si no lo haces tú.

—Acompáñame —ordenó Nora a la enfadada Elizabeth, necesitada de que alguien la apaciguase—. En la sala de juegos me contarás lo ocurrido. Allí estaremos solas.

Elizabeth siguió a Nora temblando de furor con los jirones de papel en la mano. Nora la obligó a sentarse.

Elizabeth juntó los pedazos y Nora leyó lo que Harry había escrito. No se rió, pese a que era divertido.

—¿Y por qué te gastó esa broma Harry?

—Porque yo le gasté otra. Puse una esponja mojada sobre la puerta de la sala de música y le cayó en la cabeza.

—¿Y por qué no puede gastarte bromas Harry, si tú se las gastas a él? Le mojaste la americana y llegó tarde a clase porque tuvo que cambiarse. Si no fueras tan necia, admitirías que su broma es tan divertida como la tuya.

Después de todo, sabes que te llaman la Valiente Salvaje.

—No me gusta ese nombre.

—¿Cómo podrás evitarlo si te empeñas en ser una fierecilla?

—¿Informarás de Harry en la Junta? —le preguntó Elizabeth.

—Ciertamente no. Una broma carece de importancia.

—¡Pues yo sí informaré!

—Eso sería contar chismes. Te aconsejo que no lo hagas. No debes hacerlo. No estropees una semana buena con tontadas. Además yo sí podría informar de ti.

—¿Por qué?

—Por llamar copión a Harry y abofetearle. Resulta ofensivo llamarle copión cuando ya no lo es. Intentamos ayudarnos mutuamente en Whyteleafe y fue odioso por tu parte recordar a Harry y a todos algo de lo que se avergüenza.

Elizabeth se puso colorada.

—Sí, eso no estuvo bien. Ojalá no lo hubiera hecho. Sabía que él no me devolvería el bofetón. ¡Oh, Nora! He intentado portarme bien y ahora lo he estropeado todo.

—Aún puede arreglarse —afirmó Nora, poniéndose en pie, complacida de la reacción de Elizabeth—. Las pequeñas cosas siempre se arreglan. Harry tiene buen carácter. Ve y dile que lo sientes y él no se acordará más de ello.

—No me gusta decir que lo siento.

—A nadie le gusta. Pero es un pequeño acto que obra grandes efectos. Inténtalo y comprueba si tengo o no razón.

Una excusa... y otra reunión

Elizabeth buscó a Harry. Observó que todos se volvían de espaldas al verla y eso la entristeció. «¡Eran todos tan amigos míos! —pensó—. De nuevo fue por mi culpa, ¡no me quieren! ¡Ojalá no hubiera perdido los estribos!»

Se resistía a disculparse. Sin duda Harry diría algo desagradable o se burlaría de ella. De todos modos, estaba arrepentida de haberle llamado copión. Resultaba muy innoble cuando el chico se esforzaba en compensar ese fallo.

Harry jugaba con otros chicos en un rincón del jardín. Elizabeth se detuvo y les miró. Le volvieron la espalda.

—¡Harry!

—No quiero hablar contigo —contestó él.

—Pero, Harry, quiero decirte algo en privado —suplicó ella, anegada en lágrimas.

—Dilo en público. No puede ser nada importante.

—Está bien —Elizabeth se acercó al grupo—. He venido a decirte que siento haberte llamado copión, cuando no lo eres, y que lamento haberte dado un bofetón. Nora me ha explicado algunas cosas y ahora lo comprendo mejor.

Los niños la miraron sorprendidos. Sabían qué difícil resultaba excusarse, especialmente delante de otros. Admiraron a Elizabeth.

Harry fue hasta ella.

—Eres magnífica —la felicitó calurosamente—. Tienes un terrible genio, pero también eres noble.

Todos rieron y volvieron a ser amigos. ¡Qué gran bien hacía una pequeña excusa! Elizabeth apenas podía creerlo.



—Ven a ver mis conejos —dijo Harry pasando su brazo por el de ella—. Tengo dos. Se llaman Burbuja y Chillido y tienen tres crías. ¿Te gustaría tener uno?

—¡Claro que le gustaría! —Miró a Harry encantada.

—¡Oh, sí! Véndeme uno.

—No, te lo regalaré —contestó Harry, deseoso de que Elizabeth olvidara lo sucedido—. Tengo una pequeña jaula donde puedes guardarlo. A mediados de curso podrá dejar a su madre.

—¡Oh! —exclamó Elizabeth, desilusionada—. Entonces me iré de aquí y no podré llevarme el conejo.

El timbre les llamó a clase y Elizabeth no vio la jaula. Tampoco lo deseaba ya, pues no podría llevarse el conejito.

¡Lástima no tenerlo antes y devolvérselo a Harry mediado el curso!

Invitó a Harry y a Richard a que oyeran el nuevo disco aquella noche. Lo había recibido ya. Como dijo el señor Lewis, resultó admirable. Los tres se sentaron a escucharlo. Lo pusieron cinco veces. Les gustaba la música. Harry tocaba bastante bien, pese a que Richard dijera que sus dedos semejaban un racimo de plátanos.

—Sabes, Elizabeth, celebraremos un concierto fantástico en fin de curso —explicó Harry—. ¡Lástima que no estés aquí para entonces! Tus padres se hubieran sentido muy orgullosos de ti.

Elizabeth tuvo una fugaz visión de sí misma tocando el gran piano en el concierto y de sus padres oyéndola con orgullo. Por vez primera deseó quedarse en Whyteleaf.

«Es inútil —se dijo—. He tomado una decisión y debo cumplirla. No me quedaré ni un minuto más de medio curso».

Después de la cena, el señor Lewis ofreció un pequeño concierto a nueve niños amantes de la música. También pidió a Elizabeth que trajera el nuevo disco para que lo oyeran todos.

Resultó maravilloso escucharlo en silencio. Los niños agradecieron a Elizabeth que hubiera pedido los dos chelines para comprar aquel disco tan bueno. Ella casi reventó de orgullo y placer.

«Realmente es fantástico compartir las cosas —pensó—. Me entusiasmó ver cómo todos los compañeros escuchaban mi disco».

Joan no era tan amante de la música, pero asistía a los conciertos con Elizabeth. También se sentía más feliz con su nueva amiga, pese a decir con frecuencia que tenía por compañera una tempestad.

Elizabeth aguardaba la próxima Junta escolar. Sabía que era el acto más trascendente de la semana. Empezaba a comprender que cada niño era muy importante y que el comportamiento de cada uno reportaba un bien o un mal al pensionado en general. Cada niño debía colaborar al feliz desarrollo de la vida del colegio.

Por eso resultaba difícil para una hija única malcriada.

Elizabeth no era estúpida y comprendió muy pronto la importancia de que cada niño se rigiera por sí mismo y se ayudasen mutuamente.

También comprendió que, para eso, hacía falta disponer de profesores excelentes, capaces de enseñar y guiar la clase del mejor modo.

«Ahora sé por qué todos se sienten tan orgullosos de Whyteleaf —se dijo—. Yo misma

empiezo a sentirme orgullosa».

En la siguiente Junta, Nira no tuvo ningún reproche para ella. No obstante, siguió con gran interés los informes y quejas. Le alegró saber que Harry había sido el segundo en aritmética en su clase y que se le permitiría sentarse con los otros.

—Gracias —le dijo Harry a William—. Nunca más copiaré.

—Ése es nuestro deseo —respondió William.

Todos sabían que Harry hablaba en serio y se sintieron tan complacidos como él mismo. Ahora tenía un aire distinto, menos vergonzoso, y mirada decidida. Todos sabían la importancia de la falta cometida y que la escuela lo había recuperado. Ya no había de qué avergonzarse.

El informe sobre Peter confirmó que había limpiado y arreglado la pared estropeada.

—Procura no gastar más chelines en comprar pintura —aconsejó William.

—No volverá a ocurrir —afirmó Peter.

Aquella semana había tenido que renunciar a su sesión de cine y caramelos. ¡No consentiría que eso volviera a ocurrir!

Siguió una queja sobre una niña llamada Doris. Su monitora se lamentó enojadísima.

—Doris tiene dos conejillos de Indias. Y durante esta semana se olvidó dos días de alimentarlos. Opino que deben retirárselos.

—¡Oh, no; por favor! —suplicó Doris, llorosa—. Los quiero, de veras que sí. No comprendo cómo se me olvidó, Rita. Nunca me había ocurrido.

—¿Se ha olvidado en alguna otra ocasión? —preguntó William.

—Creo que no —contestó la monitora.

—Entonces debió de ser un olvido involuntario que no se repetirá —dijo William—. Doris, los cachorrillos confían plenamente en nosotros para su alimentación y para disponer de agua, olvidarse es algo terrible. Debes escribir una tarjeta y tenerla sobre la cómoda, recordándotelo. Escribe: «Alimentar a los conejillos». Quítala dentro de tres semanas y comprueba si ya no se te olvida. Si reincides, se te retirarán los conejillos y serán puestos a cargo de alguien que se acuerde de ellos.

—No lo olvidaré nunca —afirmó la pequeña, avergonzada de que todos se hubieran enterado.

Nora sólo informó de que Elizabeth se comportaba bien. Otro monitor se quejó de que alguien se había comido los guisantes de la huerta.

John Terry se puso en pie y explicó que el causante se había presentado a él, pedido excusas y entregado un chelín por los guisantes.



—Entonces no hablaremos más de eso —decidió William.

Cuando la Junta hubo acabado, Elizabeth fue a ver los conejos de Harry. Él no estaba allí. Elizabeth contempló las peludas crías que correteaban por la gran jaula.

De repente, se acordó de que había tenido la intención de pedir dinero extra a la Junta. ¡Y se había olvidado!

El dinero extra era para comprarle a Joan un precioso obsequio de cumpleaños. Ahora tendría que ahorrar sus dos chelines. Pero eso no sería suficiente. Su intención había sido pedir media corona y comprarle un bolso rojo.

Joan no había hablado con nadie, excepto con Elizabeth, de su próximo cumpleaños. Odiaba que lo supiesen, pues no tendría pastel para compartir con sus amigos, ni obsequios ni postales que enseñar. De nuevo fue la ratita tímida, avergonzada de que nadie se acordase de ella.

Pero le esperaba una sorpresa. Y, naturalmente, se la proporcionaría la Valiente Salvaje.

Elizabeth tiene un secreto

Aquella semana llegó una carta certificada para Elizabeth. Era de su tío Rupert. Al abrirla, saltó de gozo. ¡Había un billete de una libra en el interior!

«¡Veinte chelines! —murmuró—. ¡Doscientos cuarenta peniques! ¡Oh, amable tío Rupert!»

Leyó la carta. Su tío se había enterado de su marcha al colegio y le mandaba dinero para que se comprara algunas golosinas.

«¡Una libra entera! —musitó Elizabeth con ojos resplandecientes—. ¡Puedo comprar montones de cosas! ¡Puedo comprar un magnífico regalo para Joan!»

Se fue al dormitorio para guardar el dinero en su bolso. Forjó planes, fantásticos planes.

—¡Oh! —dijo sentada en su cama—. ¡Qué divertido! Bajaré al pueblo y encargará un lindo pastel para Joan. Creerá que es de su madre y le alegrará mucho.

Su pensamiento no se detuvo.

—Pediré el libro que Joan desea y se lo mandaré por correo. En la postal escribiré: «Con cariño, de mamá». Y Joan nunca más será desgraciada.

No se detuvo a reflexionar que Joan más pronto o más tarde descubriría la verdad. Sólo ansiaba proporcionar a su amiga una agradable sorpresa.

Joan no podría bajar con ella al pueblo, pues entonces se enteraría. Rogó a Belinda que la acompañase.

—Iré —accedió Belinda—. Quiero comprar sellos. Iremos después del té. No gastes tan pronto los dos chelines, Elizabeth.

La niña estuvo pensando todo el día en el pastel y los obsequios para Joan. Pensó tanto en ello en la clase de francés que Mademoiselle se enojó.

—¡Elizabeth! Te he formulado tres veces una pregunta y permaneces sentada, sonriendo y sin decir nada —gritó la profesora.

La niña se sobresaltó.

—¿Qué me ha preguntado, Mademoiselle? —balbuceó.

—¡Esta niña! ¿Acaso crees que repetiré cien veces la misma pregunta? —Mademoiselle agitó los brazos en un gesto muy peculiar—. ¡O escuchas con atención durante el resto de la clase, o te quedarás media hora más después del té!

«¡Caramba! —se dijo Elizabeth, recordando su propósito de ir de compras—. Será mejor que deje de soñar y piense en la lección de francés».

Y se esforzó al máximo. La profesora le sonrió amable. A veces la encontraba graciosa, si bien había momentos en que deseaba sacudirla. Sobre todo cuando Elizabeth le decía: «Señorita, no

necesita preocuparse de si soy aplicada o no en los exámenes, pues no me quedaré pasado el medio curso».

«Eres la niña más obstinada que jamás he visto», contestaba la profesora de francés, medio enojada y medio sonriente.

Después del té, Elizabeth cogió su dinero y fue en busca de Belinda. Helen quiso acompañarlas.

—¿Qué vas a comprar, Elizabeth? —preguntó Helen.

—Es un secreto. No quiero que entréis en las tiendas conmigo, si no os importa, pues hoy es mi día de secretos. Tiene que ver con alguien más y por eso no os lo puedo contar.

—Bien —aceptó Helen—. Nosotras iremos a comernos un helado de fresa en la confitería. Ven a buscarnos cuando hayas terminado. No tardes.

Helen y Belinda se encaminaron a la tienda y se sentaron a una pequeña mesa de mármol a saborear sus helados. Elizabeth desapareció en la panadería.



La esposa del panadero salió a su encuentro.

—¿Hacen ustedes pasteles de cumpleaños? —preguntó la niña.

—Sí, jovencita. Los hacemos de dos chelines y seis peniques; de cinco chelines y de diez chelines, si es grande, con velas y el nombre.

—¿El de diez chelines será suficiente para muchos niños? —quiso saber Elizabeth, segura de que a Joan le gustaría compartir su pastel con todos.

—Será suficiente para toda la escuela —contestó sonriendo la mujer—. Es el tamaño que suelen pedir para el colegio Whyteleafe.

—Estupendo. ¿Querrá hacer uno para el viernes? Debe llevar once velas de colores diferentes y poner: «Un feliz cumpleaños para mi querida Joan». ¿Habrà sitio para ponerlo todo?

—Desde luego. Lo decoraré con flores de azúcar y será realmente bonito.

—Lo pagaré ahora. Y, por favor, mándelo a la señorita Joan Townsend, colegio Whyteleafe. No se olvide: el viernes por la mañana.

—¿Algún mensaje? —preguntó la panadera.

—No, gracias —contestó Elizabeth.

Sacó el billete de libra de su bolsillo en el preciso momento en que Nora entraba en la tienda. Ésta sonrió a Elizabeth. Luego miró a su alrededor.

—¿Viniste sola?

—No, no, Nora. Vine con Helen y Belinda. Me esperan en la confitería.

La niña pagó el pastel y recibió diez chelines de cambio. Nora miró el dinero intrigada. Elizabeth le dijo adiós y se fue.

En la librería encargó el volumen deseado por Joan. Trataba de pájaros y le costó cinco chelines. Elizabeth encargó al librero que lo mandara por correo y que pusiera en el interior una pequeña tarjeta que le entregó. En ella había escrito: «Con amor, de mamá».

«Joan creerá que su madre le ha mandado un rico pastel y un libro —pensó Elizabeth, satisfecha de sí misma—. Ahora compraré varias tarjetas de felicitación».

Compró tres bellas postales. En la primera escribió: «Con amor, de papá». En la segunda: «Con cariño, de mamá».

Y en la tercera: «Con afecto de Elizabeth» y añadió una hilera de besos. Les puso sellos y se las guardó en un bolsillo, dispuestas para ser echadas al correo el jueves.

Desde allí se dirigió en busca del bolso que había visto en un escaparate. Le quedaban cuatro chelines. Compró el bolso rojo, un peine y un pañuelo rojo, que puso en el interior del primero, junto con el cambio: seis peniques.

Luego se dirigió a la confitería. Helen y Belinda estaban cansadas de esperar.

—Has tardado mucho —protestó Helen—. ¿Qué has estado haciendo? Es imposible que hayas necesitado tanto rato para gastar dos chelines.

Entonces, por vez primera, recordó que el dinero debía depositarse en la hucha común. Frunció el ceño. ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo pudo haberse olvidado?

«Quizá fue bueno que me olvidase —pensó—. Si hubiera puesto el dinero en la hucha y pedido una libra para gastármela en el cumpleaños de alguien, Rita y William no me hubieran dado todo. Es mucho para un regalo. ¡Pero yo deseo que Joan tenga un feliz cumpleaños!»

Semejante razonamiento no disipó su preocupación. Había quebrantado una regla. Bueno, de nada serviría ya decirlo. La cosa estaba hecha. Y, de todos modos, Joan tendría la sorpresa más agradable de su vida.

Pero ella la tuvo muy desagradable cuando regresaba al colegio en compañía de sus dos amigas. Nora las alcanzó.



—¡Elizabeth! Quiero hablarte. Vosotras seguid solas. Ya os alcanzaremos.

—¿Qué pasa, Nora? —preguntó Elizabeth, sorprendida.

—¿De dónde sacaste el dinero que te vi gastar en la panadería?

—Mi tío me lo mandó —respondió ella, el corazón se le encogió al saber que Nora lo había visto.

—Tú conoces la regla. ¿Por qué no lo pusiste en la caja? También sabes que podías retirarlo si realmente lo necesitabas para algo.

—Lo sé, Nora —admitió humildemente Elizabeth—. No lo recordé hasta que lo hube gastado. Lo siento, pero fue así.

—¿Que has gastado todo el dinero? —gritó Nora, horrorizada—. ¿Toda una libra? ¿Veinte chelines? ¿En qué los gastaste?

El silencio enojó a Nora.

—¡Debes decírmelo! ¿Cómo puedes haberte gastado toda una libra en tan poco tiempo? Eso es malgastar el dinero.

—Lo siento —repitió Elizabeth malhumorada—. No me preguntes más, Nora. No puedo decirte en qué lo gasté. Es un secreto.

—Eres mala —dijo Nora—. Has transgredido una regla. Primero gastas el dinero y luego no quieres decirme en qué. Bien, tendrás que aclararlo ante la próxima Junta, si no quieres decírmelo a mí.

—No lo diré. Es un secreto, y un secreto no se divulga. Parece que soy propensa a meterme en líos y esta vez sin mala intención.

Nora no quiso escuchar más. Le ordenó que les diera alcance a Belinda y a Helen. ¡Pobre Elizabeth! No sabía qué hacer. No podía contar su secreto.

«Bueno, no importa. Joan tendrá un fantástico cumpleaños —pensó, recordando el pastel y el libro—. ¡Qué sorpresa se llevará!»



El maravilloso cumpleaños de Joan

—Joan, pronto cumplirás once años —dijo Elizabeth durante el desayuno al día siguiente mientras cascaba un huevo pasado por agua—. ¡Caramba, te haces vieja!

Joan se sonrojó. Odiaba que le hablasen de su cumpleaños. Ese día no habría felicitaciones ni regalos para ella. Su timidez no le permitía tener amigas, excepto Elizabeth, y se maravillaba de que ésta lo fuese.

—Me gustaría saber si recibirás un pastel —añadió Elizabeth—. Y también qué aspecto tendrá. Joan la miró fijamente, enojada.

«Qué tonta eres —pensó—. Me hablas de mi cumpleaños y de si recibiré un pastel, cuando sabes cuánto me gustaría que no me dijeras nada de ello». Frunció el ceño, e hizo una seña a Elizabeth en demanda de silencio. Pero ésta siguió hablando.

—Tu cumpleaños es el viernes, ¿verdad, Joan? Me gustaría saber cuántas postales recibirás.

—Joan no recibió ninguna el año pasado —intervino Kenneth—. No creo que tenga padres.

—Los tengo —exclamó Joan desesperada.

—Es raro que nunca vengan a verte, ni siquiera a mitad de curso —observó Hilda, a quien le gustaba ver cómo Joan se sonrojaba.

—¡Callad! —ordenó Elizabeth, al comprobar el giro desagradable que tomaba la conversación—. Lo sorprendente es que tus padres se molesten en venir a verte, Hilda. Si yo tuviera una hija como tú, me iría al final del mundo y me quedaría allí.

—¡Basta, Elizabeth! —gritó Nora, que surgía de improviso ante ella desde que rehusara contarle su secreto.

Elizabeth guardó silencio. Había aprendido a controlar su lengua. Ciertamente, la señorita Scott no la hubiera reconocido.

No se habló más del cumpleaños de Joan y después del desayuno, ésta le rogó a Elizabeth:

—Por favor, no hables de mi cumpleaños. Haces que sea más penoso para mí. Imagínate cómo me siento cuando todos me vigilan para saber si recibo felicitaciones y obsequios por correo. Tú tienes dos abuelos, dos abuelas, tíos y tías. Pero yo no tengo ni una abuela, ni un tío, ni una tía.

—Lo siento, Joan. De veras que lo siento. Bueno ya no hablaré más de tu cumpleaños a los otros, si así lo quieres.

Nora no fue amable con Elizabeth aquella semana. Ni siquiera le dirigió la palabra. Había decidido informar de ella en la próxima Junta. La consideraba egoísta y mezquina al no dar su dinero como todos los demás y negarse a decirle en qué se lo había gastado.

«Con todo, le dimos una magnífica oportunidad de ser sincera en la última Junta —pensó Nora

— Yo estaba segura de que se merecía una oportunidad y de que se esforzarían cumplir con nuestras reglas y ayudar al colegio, como hacemos todos. Nunca más será de mi agrado».

El jueves Elizabeth echó al correo las tres felicitaciones que había comprado. Apenas pudo dormir aquella noche pensando en el inminente placer de Joan. Ciertamente resultaba magnífico dar una sorpresa a alguien.



Llegó el viernes. Elizabeth saltó de la cama, corrió al lecho de Joan, la abrazó y gritó:
—¡Por muchos años, Joan! Espero que tengas un feliz día. Aquí tienes un regalito mío.

Joan cogió el paquete y deshizo el cordel. Cuando vio el bolso rojo, se sintió dichosa... y aún más cuando descubrió el peine y el pañuelo y los seis peniques. Abrazó a Elizabeth, apretándola tan fuerte que casi la ahogó.

—¡Oh, gracias, Elizabeth! ¡Qué bonito! ¡Deseaba tanto un bolso! Sólo tenía aquel pequeño y viejo. ¡Cómo me gustará usarlo! Es el regalo más lindo que jamás he tenido.

Joan tuvo otra sorpresa antes de bajar a desayunar.

Hilda entró en el dormitorio con un pañuelito de encaje, avergonzada de haberla fastidiado. Por eso había decidido regalarle uno de sus mejores pañuelos.

Joan se sintió electrizada, tanto que provocó una brillante idea en Elizabeth, que corrió veloz a la sala de juegos en busca de Harry.

No le halló, pero sí le oyó practicar en la sala de música.

—¡Harry! ¡Harry! —gritó, entrando como una tromba y sobresaltando al chico de tal modo que se le cayó la partitura al suelo—. ¿Harías algo por mí?

—Depende de lo que sea —respondió Harry, mientras recogía los papeles.

—Harry, hoy es el cumpleaños de Joan Townsend. Tú me ofreciste uno de tus conejos y no lo

acepté porque me iré a mediados de curso. Por favor, dáselo a Joan. La haremos muy feliz si recibe más regalos.

—Bueno... —Harry no parecía muy decidido.

—Vamos, Harry, di que sí. Sé bueno —suplicó ella, con los ojos brillantes.

Era muy difícil no complacerla cuando ofrecía aquel aspecto. Harry asintió.

—Bien. ¿Le doy el conejito a la hora del desayuno?

—¡Ooooh! —chilló de delirio Elizabeth—. ¡Sí, hazlo! Le dirás: «Cierra los ojos, Joan y toca lo que te traigo» y entonces se lo pones en los brazos. ¡Qué agradable sorpresa tendrá!

—Bueno, voy a ir a buscarlo ahora —dijo Harry, apartando la partitura—. Pero tendrá que cuidarlo ella. Será su conejo.

—Yo lo haré por ella —dijo Elizabeth, sintiéndose encantada de cuidar una cría de conejo cada día—. ¡Deprisa, Harry!

Regresó al dormitorio. El timbre llamó al desayuno cuando arreglaba su cómoda. Enlazó el brazo de Joan y bajaron juntas. Se detuvieron ante el casillero de la correspondencia.



Había una tarjeta para Elizabeth y tres para Joan.

Sonrojada de sorpresa, Joan las cogió. En la primera cartulina leyó: «Con cariño, de mamá». Se volvió hacia Elizabeth, los ojos le resplandecían.

—¡Se ha acordado de mi cumpleaños!

Aún se sorprendió más cuando leyó la segunda: «Con amor, de papá». Y la de Elizabeth la entusiasmó.

—¡Qué maravilla! ¡Tres! —gritó Joan, tan feliz, que ni advirtió la similitud de las tres caligrafías.

Sobre su silla encontró una enorme caja de cartón y un pulcro paquete encima de la caja. Joan dio un pequeño grito de sorpresa.

—¡Más regalos! ¿De quién serán?

Primero abrió el paquetito. Al ver el libro y leer la tarjeta, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se volvió para ocultarlas.

—Mira —le susurró a Elizabeth—. Es de mi madre. ¡Es fantástico que se haya acordado de mi cumpleaños! ¡No creí que lo hiciera!

Tan feliz estaba con el libro, que casi olvida de deshacer la caja con el enorme pastel.

—Veamos qué hay en la caja, ¡deprisa! —apremió Elizabeth.

Joan cortó el cordel. Alzó la tapa y todos se agruparon para ver qué había dentro. Todos gritaron:

—¡Joan! ¡Qué pastel más lindo! ¡Qué suerte tienes!

Joan se quedó atónita. Sacó el pastel con su bandeja plateada y lo colocó sobre la mesa. Lo miraban como si de una obra de arte se tratara.

—¡Oh! —exclamó Nora—. ¡Vaya pastel! ¡Mirad las velas y las rosas de azúcar! Y el mensaje: «Feliz cumpleaños para mi querida Joan». Tu madre ha sido muy generosa, Joan. Es el pastel más grande que he visto.

Joan leyó la dedicatoria, sin apenas dar crédito a sus ojos. Nunca había sido tan feliz. ¡Resultaba tan inesperado y sorprendente!

Pero la felicidad de Elizabeth aún superaba la de su amiga. Y viendo su rostro transfigurado, la abrazó gozosa. ¡Cuánto la alegraba haberse gastado la libra de tío Rupert en Joan! Gozaba mucho más que si el cumpleaños hubiese sido el de ella. Unas palabras de la señorita Scott acudieron a su mente: «Es más grato dar que recibir». La señorita Scott tenía razón. Era cierto, al practicar la generosidad, había recibido un bien inmenso.

—Toda la escuela compartirá mi pastel de cumpleaños —dijo Joan, alzando orgullosa la cabeza. Luego sonrió a todos.

—Gracias, Joan. Por muchos años —le desearon.

Entonces entró Harry.

—¡Joan! Cierra los ojos y toca lo que traigo. Sorprendida, ella cerró los ojos y acto seguido sintió el conejito en sus brazos. Dio un chillido y abrió los ojos. La emoción le hizo soltar al pequeño animalito, que corrió dando saltos hacia la puerta. Los profesores entraban a desayunar y vieron estupefactos cómo el gazapo se paseaba entre sus pies.

—¿Qué hace aquí este conejo? —gritó Mademoiselle—. ¡Oh, qué niños! ¿Qué más se les ocurrirá ahora?

—Lo siento —se excusó Harry mientras lo cogía—. Hoy es el cumpleaños de Joan y le regalo uno de mis conejos.

—Me parece muy bien —intervino la señorita Best—. Pero llévalo a su jaula, Harry. Joan puede recogerlo después del desayuno.

—¡Qué feliz soy, Elizabeth! —susurró Joan, mientras se sentaban—. ¡No sabría explicarte lo feliz que soy!

—No es necesario, Joan. Veo lo feliz que eres y lo celebro.

Joan sufre una decepción

Fue un día maravilloso para Joan, que rió y habló como jamás nadie la viera hacerlo. Se sentía pletórica de dicha y, cuando cortó a trozos el pastel y lo repartió, su rostro resplandecía.

«Imposible que nadie tenga un aspecto más feliz —pensó Elizabeth—. ¡Caramba! El panadero hizo un gran y exquisito pastel».

Después de la cena, Elizabeth invitó a Joan a plantar semillas de lechuga, pero ésta se excusó.
—No, gracias. Tengo algo importante que hacer.

—¿Qué es ello?

—Escribir y dar las gracias a mi madre y a mi padre por las postales y el sabroso pastel y el libro. Quiero hacerlo hoy mismo.

—¡Oh! —exclamó desanimada Elizabeth.

Miró hacia otro lado y se mordió el labio, frunciendo el ceño. «¡Cielos! —se dijo—. No se me ocurrió que Joan escribiría dando las gracias. ¿Qué pensará su madre cuando reciba la carta? Le contestará que no sabe nada. ¿Qué hará entonces la pobre Joan?»

Elizabeth se fue al jardín, pensativa. ¡Ahora sí que la había hecho buena! ¿Por qué no previó que Joan le escribiría a su madre? ¡Qué tonta! Joan sería muy desgraciada y quizá se enfadara mucho cuando supiera la verdad.

«Bueno, mi idea no resultó brillante —se censuró—. ¡Qué lata! ¿Por qué no pensaré las cosas antes de hacerlas? ¿Se enfadará conmigo la madre de Joan por suplantarla? ¡Ya no soy feliz! Me siento mal».

Entregó a John Terry las semillas.

—Gracias, Elizabeth. Las necesitaba. Planto una hilera de lechugas cada semana y así nunca se agotan las existencias. ¿Te gustaron las que comimos ayer?



—Estaban muy buenas, John. Elizabeth se puso a sembrar semillas de lechuga. John le riñó porque las plantaba demasiado juntas.

—Creí que sabías algo de jardinería. ¿Quieres que esto sea una selva?

—Lo siento, John. Me distraje pensando en otra cosa.

—¿No habrás sido mala, eh? —preguntó John, que apreciaba a la niña y se alegraba de tenerla a su lado en el jardín—. No des nueva oportunidad de ser amonestada en la Junta. ¡Ya has tenido bastante de eso!

—Me temo que sí. Elizabeth temía que Nora la denunciase por haberse gastado una libra. ¿Qué explicación daría ella? No iba a desvelar su secreto para que se supiera que fue ella y no los padres de Joan quien envió el pastel y el libro.

Joan se mantuvo feliz durante dos días, hasta que recibió una carta de su madre. Elizabeth se hallaba con Joan cuando ésta retiró el sobre de su casillero a la hora del té.

—¡Oh, mamá ha contestado muy pronto a mi carta! —dijo contenta Joan, mientras cogía la carta. Abrió el sobre y procedió a leerla.

De repente, pálida, muy pálida, miró con ojos agrandados y tristes a su amiga.

—Mamá dice..., mamá dice... que no me mandó la felicitación..., que se olvidó —la voz le temblaba—. Y... y dice que no me mandó el pastel..., ni el libro... y que no comprende por qué le escribo dándole las gracias.

Elizabeth no supo qué decir ni qué hacer. Pasó un brazo alrededor de Joan y se la llevó a la sala de juegos. Al ser la hora del té, no había nadie allí. Joan se sentó, aún muy pálida y miró fijamente a Elizabeth.

—No lo entiendo —se lamentó—. ¡Oh, Elizabeth! Me hizo tan feliz. Ahora me siento muy desgraciada. ¿Quién pudo mandarme tantas cosas, si no fue mi madre?

Elizabeth no respondió. ¿Cómo explicarle que había sido ella?

—Vamos a tomar el té —dijo por fin, recobrando la voz—. Estás muy pálida, Joan. El té hará que te sientas un poco mejor.

Joan sacudió la cabeza.

—No me apetece. No podría tomar nada. Déjame sola. Ve tú sin mí. Quiero estar sola, por favor. Me agrada tu compañía, pero en este momento prefiero no ver a nadie. Saldré a dar un paseo. Me sentiré mejor cuando regrese.

Joan salió de la sala de juegos. Elizabeth, preocupada, la vio desaparecer por la puerta. Su amiga salía sola y eso estaba prohibido. No supo qué hacer. Al fin decidió ir a tomar el té y Nora la reprendió por llegar tarde.

—Te has retrasado. Hoy no habrá pastel para ti. Elizabeth se acomodó en su puesto sin replicar. Mientras tomaba el té advirtió que la habitación se oscurecía.

—Se está fraguando una gran tormenta —comentó Harry—. ¡Fijaos cómo llueve!

—¡Estupendo! —exclamó John—. Mis alubias y guisantes lo agradecerán.

A Elizabeth no le pareció estupendo, con la pobre Joan sola en medio de la tormenta. Una sucesión de truenos y relámpagos la sobrecogió. «Joan se marchó sin siquiera llevarse su sombrero —recordó—. Se empapará. Si supiera dónde está, le llevaría el impermeable. ¡Oh,

cielos, todo sale mal!» Acabada la merienda, corrió a la sala de juegos y al dormitorio para comprobar si Joan había regresado. Luego se asomó a la ventana, sintiéndose avergonzada y culpable.

«Mi intención fue buena, pero sólo he conseguido darle a Joan un tremendo disgusto. Ahora se halla sola en medio de esta temible tormenta».

Durante una hora esperó a su amiga. La tormenta parecía alejarse. Al fin dejó de relampaguear. No obstante, la pertinaz lluvia azotaba las hojas nuevas de los árboles, con un ruido de olas rompiendo en la playa.

Cuando regresó Joan, su amiga vio una pequeña figura empapada que cruzaba la verja del jardín. Se precipitó a su encuentro.

—¡Joan! ¡Cómo vienes! ¡Cámbiate enseguida! El agua goteaba del vestido de la niña, que se estremecía de frío.

—¡Pobrecita Joan! —se compadeció Elizabeth, acompañándola—. Te resfriarás si no te cambias enseguida.

Camino del dormitorio se encontraron con el ama del colegio, encargada de cuidar a los enfermos y vendar piernas y brazos heridos. Gruesa y de buen carácter, todos la querían, pese a su severidad en determinadas ocasiones. La mujer se detuvo al ver a Joan.



—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Dónde has estado para ponerte así?

—Bajo la lluvia —explicó Elizabeth—. Está helada, ama. Va a cambiarse de ropa.

—Tengo algunas de sus prendas planchadas —respondió la mujer—. Será mejor que vengas conmigo. ¡Qué aspecto tienes!

Joan la siguió, el ama le quitó rápidamente toda la ropa y la frotó con una toalla. Su aspecto triste y desolado no cambió.

—Te tomaré la temperatura. Pareces indispuesta. Ponte esta bata caliente mientras busco el termómetro.

Elizabeth se marchó a la sala de música a practicar sus lecciones y eso la tranquilizó algo. A la hora de la cena, subió al dormitorio en busca de Joan y no la encontró.

—¿Lo sabes ya? —preguntó Belinda—. Joan está enferma. Tiene mucha fiebre y guarda cama en la enfermería.

La enfermería se estaba en otra nave, alegre y soleada, separada del colegio. Que Joan

estuviese allí, enferma, afectó mucho a Elizabeth, que se sintió culpable.

—Alégrate. Mañana estará bien —trató de animarla Belinda, al ver su rostro preocupado.

Al día siguiente había empeorado. El doctor salió de la enfermería con semblante grave.

«Sé qué haría que Joan mejorase —pensó Elizabeth—. Si su madre viniese a verla y la quisiera un poquito, Joan se encontraría bien enseguida. El resfriado se le pasaría y volvería a ser feliz».

Una idea se abrió paso en su mente. Escribiría para explicarle el asunto de los regalos. Le diría cuánto la amaba Joan y cómo trató ella de llevar a su ánimo el convencimiento de que era amada y recordada por su madre. Le rogaría que viniese a verla porque estaba enferma.

Corrió a la sala de juegos, donde Joan guardaba los útiles de escribir. Halló la carta de su madre y copió la dirección.

«Ahora escribiré a la señora Townsend —se dijo—. Será la carta más difícil de mi vida, pero debo escribirla. ¡Señor! ¿En qué nuevo lío me he metido?»

Más problemas

Elizabeth se sentó a escribir a la madre de Joan. Mordió el extremo de la pluma. Empezó dos veces y rompió el papel. Era muy, muy difícil.

Necesitó mucho tiempo para escribir la carta, pero por fin acabó y la echó al buzón. Decía lo siguiente:

Querida señora Townsend: Soy Elizabeth Allen, amiga de Joan. Quiero mucho a su hija, pero soy culpable de su desgracia. Joan está enferma. Le explicaré.

Joan me habló de usted y del gran amor que le profesa. Pero duda que usted le corresponda, pues no le escribe ni recuerda su cumpleaños. Es muy triste que no recuerden el cumpleaños de una cuando se está en el colegio. Todas reciben felicitaciones y un pastel. Bueno, tío Rupert me envió una libra y se me ocurrió una buena idea. Pero no lo fue. Encargué un pastel grande para Joan con una dedicatoria, le escribí unas felicitaciones que decían: «Con cariño, de mamá» y «Con amor, de papá» y se las mandé. Compré un libro y fingí que era usted quien se lo regalaba.

Joan fue muy feliz el día de su cumpleaños al creer que usted se había acordado de ella. Nunca se imaginará lo feliz que fue. Luego le escribió a usted para darle las gracias por todo. Yo no tuve en cuenta eso y, claro, usted le contestó diciendo que no lo había enviado. Joan tuvo un gran disgusto. Salió a dar un paseo y la sorprendió una tormenta. Regresó empapada y ahora está muy enferma.

Me siento muy desdichada. Toda la culpa es mía. Sin embargo, mi intención fue hacer feliz a Joan. Le ruego que venga y traiga un poco de amor a Joan. Eso la pondrá tan contenta que no dudo de que la ayudará a restablecerse pronto. Sé que se enfadará mucho conmigo cuando sepa todo esto. ¡Lo siento!



Elizabeth acudió al ama para rogarle que le permitiera visitar a Joan. El ama no lo autorizó.

—El médico lo ha prohibido. Está muy enferma.

Entonces buscó a John, entretenido en clavar palos para que los guisantes se encaramasen por ellos. Los niños pasaban todos sus ratos libres en el jardín. Y eso era lo bueno de Whyteleaf. Todos podían plasmar en realidad sus aficiones, seguros de que hallarían comprensión y ayuda.

—Joan está enferma. ¿Puedes darme unas flores para ella?

—Claro que sí. Coge aquellos tulipanes rosados, si te gustan.

—¡Oh, son los mejores que tienes, John! ¿No los reservabas para algo especial?

—Que Joan esté enferma es algo especial —dijo John—. Córtalos con tallo largo y hazles una ranura en los extremos antes de ponerlos en agua, así durarán mucho.

A Elizabeth le faltó tiempo para coger los tulipanes, buscar un jarrón y entregarlos al ama antes de que sonase el timbre de la escuela. El ama prometió llevárselos a Joan. Luego se apresuró y llegó con el tiempo preciso para la clase.



—No olvides que la reunión escolar será esta noche —le recordó Belinda a Elizabeth.

—¡Qué lata! —se quejó Elizabeth desalentada—. No iré, pues habrá problemas para mí.

—Tienes que ir —aconsejó, sorprendida—. ¿O te da miedo?

—No. No tengo miedo. Iré.

Y asistió. Muy enfadada, se acomodó entre Harry y Helen, segura de que Nora se quejaría de ella.



«Aunque lo haga, no proclamaré el secreto de Joan —se dijo Elizabeth—. Que me castiguen, pero entonces volveré a ser mala; peor que nunca».

Nora se puso en pie y habló gravemente a Rita y William.

—Tengo un serio informe acerca de Elizabeth. Aun cuando le dimos oportunidad de ser buena y útil la semana pasada, lamento decir que ha sido mezquina y mentirosa. Bajó al pueblo a gastarse una libra esterlina en vez de ponerla en la caja. No quiso darme explicaciones.

Todos miraron a Elizabeth.

—¡Una libra! —exclamó Rita—. ¡Veinte chelines gastados en una tarde! ¿Es cierto eso, Elizabeth?

—Cierto —contestó malhumorada.

—Eso es muy malo —gritó Eileen—. Todos ponemos el dinero en la caja y lo compartimos. Además le dimos un extra a Elizabeth para un disco. En cambio, ella pone su dinero en su bolsillo. ¡Mezquina!

Todos hablaron enojados. Elizabeth, silenciosa, sonrojada y seria, permaneció sentada.

Rita golpeó la mesa.

—¡Silencio!

Cuando todos se enmudecieron, se volvió hacia Elizabeth.

—Ponte en pie. Dime en qué gastaste la libra. Al menos concédenos el derecho a juzgar si gastaste el dinero bien o mal.

—No puedo decirte en qué la gasté. No me lo preguntes, Rita. Es un secreto y no me pertenece. En realidad, me olvidé que debía entregarlo a la caja y me lo gasté en lo que quise. Es verdad, me olvidé.

—¿Crees que te hubiéramos autorizado a gastarlo en lo que compraste? —preguntó Rita.

—Lo ignoro. Sólo puedo decirte que lamento haberlo gastado. Me equivoqué.

Rita lo sintió por Elizabeth.

—Bien, al menos acepta que diste un mal uso al dinero. Si te hubieras atendido a nuestra regla, ahora no lo lamentarías. ¿Comprendes lo acertado de nuestro sistema?

—Sí, lo comprendo —contestó Elizabeth, agradeciendo que Rita se mostrase amable.

—Ahora escucha, Elizabeth —dijo Rita, tras hablar un rato con William—. Seremos contigo

lo más imparciales que podamos. Pero debes confiar en nosotros y decirnos en qué gastaste el dinero. Si consideramos que el fin fue bueno, no hablaremos más del asunto. En otro caso, te rogaremos que en lo sucesivo te atengas a la regla.

—Eres muy justa, Rita —contestó Elizabeth, casi anegada en lágrimas—. Pero no puedo decírtelo. Sé que utilicé mal el dinero pero hay alguien más mezclado y, sencillamente, no debo hablar de este asunto.

—¿Quién está metido en el asunto? —le preguntó Rita.

—Imposible responderte —contestó Elizabeth, dispuesta a no involucrar a la pobre Joan.

—¿Le has hablado a alguien de este secreto?

—Sólo a una persona mayor.

—¿Qué dijo esa persona mayor? —preguntó William.

—Nada, de momento. Le escribí ayer, contándoselo.

William, Rita y los monitores hablaron durante un rato. Todos se hallaban intrigados y sin saber qué hacer.

Era un asunto muy grave y había que solucionarlo de un modo u otro.

—La señorita Best y la señorita Belle no están aquí esta noche —dijo Nora, mirando hacia atrás—. Parecen preocupadas con la enfermedad de Joan Townsend. Sólo ha venido la señorita Ranger y el señor Johns. Puesto que no podemos pedirles consejo a ellas, que nos asesore la señorita Ranger o el señor Johns.

—Hay otra solución —dijo William—. Dejemos el asunto pendiente hasta que Elizabeth reciba respuesta a su carta.

—De acuerdo —añadió Rita, que golpeó la mesa con el martillo.

Cuando los presentes callaron, dijo:

—Elizabeth, vamos a dejar el asunto pendiente hasta que hayas recibido respuesta a tu carta. ¿Vendrás a mí y me lo dirás cuando la recibas?

—Sí, Rita —contestó Elizabeth, agradecida—. La persona a quien escribí estará enfadadísima conmigo y me gustaría desahogarme en tu hombro, pero ahora no puedo.

—Bien, opino que Elizabeth sufre su propio castigo al no poder confiarse a nosotros —intervino William—. En todo caso, dentro de un día o dos, que acuda a Rita y le hable de la respuesta recibida.

Elizabeth se sentó, contenta del resultado de la reunión. Sus compañeros se mostraban justos e imparciales. Ni siquiera la castigaban.

Cuando repartieron los dos chelines, ella devolvió los suyos a la caja.

—No me los quedo esta semana —dijo—. Renuncio a ellos.

—Buena chica —comentó William.

La decisión de Elizabeth llevó una sensación más agradable a la sala. Todos comprendieron que intentaba reparar su falta.

Después de la reunión, Elizabeth fue a preguntar por Joan. El ama movió la cabeza.

—No mejora. Según el doctor, se halla preocupadísima por algo. Ni tan siquiera desea ver a su madre.

Elizabeth se marchó desalentada.

Joan no quería ver a su madre y ella le había rogado en la carta que viniera.

«Todo me sale al revés —se quejó para sí—. Me gustaría contárselo a Rita. Quizás ella podría ayudarme, pero entonces traicionaría el secreto de Joan, que me odiaría siempre por haber divulgado que el pastel no se lo envió su madre. ¡Oh, Señor! ¿Qué sucederá? ¡Ojalá la señora Townsend se dé prisa en responderme!

Llega la madre de Joan

Dos días más tarde, el estado de Joan se había agravado y el ama y el doctor estaban preocupados.

—Avisaremos a su madre —decidió la señorita Belle.

—La niña suplica que no lo hagamos —confesó la matrona—. Resulta incomprensible, pero no sé hasta qué punto convendrá que la vea. A Joan le asusta que venga su madre.

—Hay que hacerlo por la misma madre —opinó la señorita Belle—. Se enojará mucho si no la avisamos. Podemos decirle que Joan se comporta de un modo muy raro en cuanto a ella. Quizá la causa de esa actitud sea su enfermedad.

Sin embargo, la señora Townsend llegó antes de que la llamasen. Después de recibir la extraña carta de Elizabeth, cogió su maletín de viaje y se trasladó en tren a Whyteleafe.

Elizabeth vio el taxi que llegaba al colegio, pero ignoraba que la señora Townsend fuese en su interior. No la vio salir, pagar al taxista y tocar el timbre.

La señora Townsend fue introducida en la salita de la dirección del colegio, donde la señorita Belle y la señorita Best se sorprendieron al verla.

—¿Qué le sucede a Joan? —preguntó la señora Townsend.

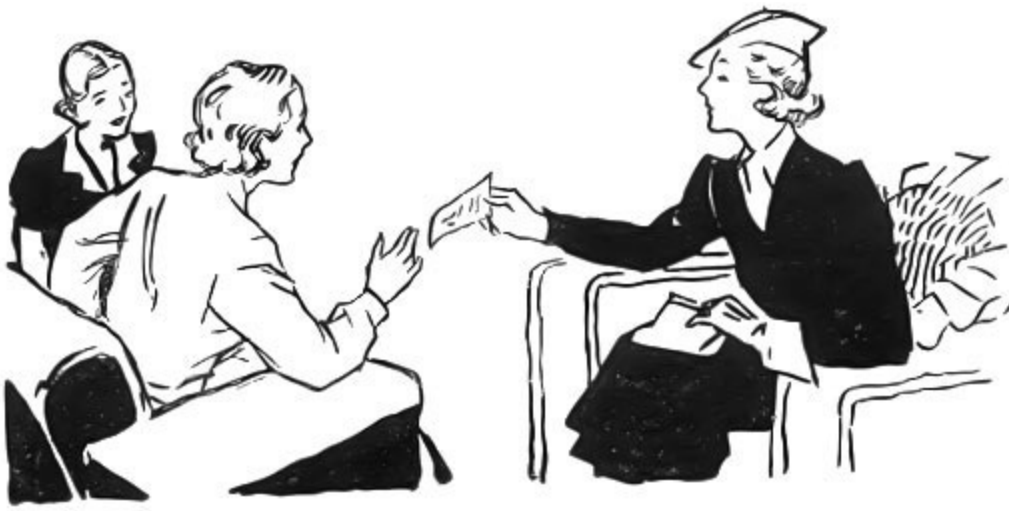
Era baja, de aspecto triste, muy bien vestida y con grandes ojos azules iguales a los de Joan.

—¿Cómo se encuentra Joan? —insistió—. Me temo que no ha mejorado —contestó la señorita Belle—. ¿Cómo supo usted que estaba enferma?

—Recibí una carta de una niña llamada Elizabeth Allen. En ella me cuenta cosas extrañas sobre el cumpleaños de Joan. ¿Les habló de ello?

—No —respondió la señorita Belle, asombrada—. No sabemos nada. ¿Podemos ver la carta?

La señora Townsend les entregó la carta de Elizabeth. La leyeron en silencio.



—Así que fue para eso para lo que Elizabeth utilizó el dinero —exclamó la señorita Best, mostrando su encantadora sonrisa durante un momento—. Bien, los niños a menudo son sorprendentes, pero Elizabeth es la niña más sorprendente que hemos tenido. Es traviesa y, al mismo tiempo buena; desafiante y de excelente corazón, así como de carácter justo.

—Ahora comprendo por qué Joan se niega a que le avisemos a usted, señora Townsend —explicó la señorita Belle—. Está avergonzada, aturdida y dolida porque usted no le envió los obsequios.

—Antes de que me juzguen será mejor que sepan unas cuantas cosas —rogó la señora Townsend—. También se las explicaré a Joan.

—Sí, por favor; sólo así podremos ayudar a Joan —dijo la señorita Best.

—Joan tuvo un hermano mellizo. Michael fue un niño guapo y cariñoso. Su padre y yo no supimos evitar quererlo más que a Joan. Ambos deseábamos un niño. Michael era audaz, fuerte y siempre se reía. En cambio, Joan ha sido siempre algo cobarde. Al lado de Michael se la veía malhumorada y egoísta.

—¿No sería porque ustedes no ocultaban sus preferencia por el niño y olvidaban a Joan? —preguntó la señorita Belle—. Los celos hacen que los niños se comporten de un modo extraño.

—Puede que tenga razón —dijo la señora Townsend—. De todos modos, tenían tres años cuando se pusieron enfermos. Michael falleció. Y nosotros deseamos, deseamos...

—¿La muerte de Joan en vez de la de Michael? —preguntó suavemente la señorita Best—. Lo comprendo, señora Townsend. Eso causó un gran daño a la pobrecita Joan. Y ustedes nunca le han perdonado que se salvara. ¿Sabe Joan que tuvo un hermano mellizo?

—No tardó en olvidarlo. Tampoco se lo dijimos cuando creció. Tal vez ni se acuerde de que tuvo un hermano.

—Señora Townsend, debiera contarle eso a Joan —dijo con firmeza la señorita Best—. Ella la quiere a usted mucho y se siente desgraciada porque no comprende por qué usted no la quiera a ella.

—Sí la quiero. Sólo que me resulta difícil demostrárselo. Cuando leí en esta carta que alguien le compró obsequios a Joan fingiendo ser yo, me sentí muy mal. Deseé venir enseguida a ver a mi pobrecita niña.

—Pues no lo demore —dijo la señorita Belle—. Cuénteles lo que nos ha dicho a nosotras. Joan la comprenderá y en cuanto esté segura de que usted la quiere, no le importará su aparente frialdad. La verdad es que resultaba difícil no querer a una niña como Joan, tan gentil y amable.

—¿Y Elizabeth? —preguntó la señora Townsend—. Quiero hablar con ella. Debe de ser una niña muy cariñosa. Le agradezco su intento de hacer feliz a Joan.

—Ahora vaya a ver a su hija —recomendó la señorita Best.

La señora Townsend se dirigió a la enfermería. La matrona abrió la puerta y la dejó pasar.

—Joan duerme ahora —susurró—. Siéntese junto a su lecho hasta que se despierte.

La señora Townsend fue junto a la cama. Miró a Joan. La pequeña estaba delgada y pálida y su carita dormida mostraba tanta infelicidad que no pudo soportarlo. Se inclinó y la besó suavemente en la mejilla.



Joan se despertó. Sus ojos se agrandaron cuando vio a su madre. Luego preguntó:

—¿Estás aquí realmente? ¿Fuiste tú quien me besó?

—Fui yo, querida. ¡Mi pobrecita Joan! Me apenó mucho saber que estabas enferma.

La madre rodeó con sus brazos a la niña, que se abrazó a ella muy contenta.

—¡Oh, mamá! ¡No quería que vinieses! ¡Pero ahora soy muy feliz!

—Siento no haberme acordado de tu cumpleaños, cariño. Tenemos tantas cosas que decirnos.

¿Por qué no querías que yo viniese?

—Porque..., porque..., ¡oh! Temí que no te gustase saber que alguien fingiese que tú me mandabas cosas. Y porque tenía miedo de verte.

—Joan, quiero decirte algo —la señora Townsend acunó en sus brazos a Joan y le habló de su hermano fallecido. Luego siguió—: Su muerte me causó tanta pena, que casi olvidé a mi hijita. Tú siempre has sido pacífica y tímida. Además, nunca me pediste nada, ni expresaste tus deseos. Quizá por eso no supe que te preocupases tanto. Tampoco me lo dijiste.

—No podía —explicó ella—. Ahora soy muy feliz, mamá. Ésta es la sorpresa mayor de mi vida. Ahora entiendo las cosas. ¡Ojalá me lo hubieses dicho antes! Pero no importa. Nada importa ahora, salvo que estás a mi lado, que me quieres y que no volverás a olvidarte de mí.

—Nunca te olvidaré, cariño. Sabiendo cuánto has pensado en ello, seré la madre cariñosa que deseas. Ahora debes reponerte, ¿sabes?

—¡Oh!, ya me siento mucho mejor.

Y ciertamente, así era. Cuando entró el ama, se sorprendió de su aspecto feliz.

—Hoy comeré mucho, ama —dijo Joan—. Mamá estará conmigo y quiere ver cuánto como. Mientras Joan comía, hablaron de Elizabeth.

—En cuanto supe que no fuiste tú quien me mandó aquellas cosas, comprendí que fue Elizabeth. Ésa es la clase de cosas locas y amables que ella es capaz de hacer. ¿Sabes, mamá?, es la primera amiga de verdad que he tenido. Es maravillosa, aun cuando durante las primeras semanas que pasó aquí, fue la peor y más grosera niña del colegio. Pero está decidida a marcharse mediado el curso. ¡No la tendré por mucho más tiempo!

—Quiero ver a Elizabeth —pidió la señora Townsend—. Me escribió una carta muy curiosa y triste. De no ser por su carta y lo que hizo por tu cumpleaños, nosotras no habiéramos llegado a entendernos, Joan. Y aun cuando ella crea que ha hecho una cosa muy mala, resultó un gran bien, porque su intención fue buena.

—¿Puede Elizabeth visitarme mientras está aquí mi madre? —preguntó Joan al ama, que en aquel momento le tomaba la temperatura.

—Veamos cómo estás de fiebre. ¿Es posible? ¡Estás normal! —exclamó sorprendida la mujer—. Desde luego, Elizabeth puede venir. Mandaré por ella.

Elizabeth practicaba su dúo con Richard cuando llegó el mensaje. Una de las camareras del colegio se lo trajo.

—La señora Townsend está en la enfermería con Joan y dice que le gustaría verte. El ama te concede veinte minutos.

El corazón de Elizabeth se encogió. ¡La señora Townsend había venido al pensionado! Había recibido la carta y estaba allí. ¡Quería verla!

—¡Oh, no iré a la enfermería! —casi gritó—. Por favor, excúsenme.

—Creí que Joan era tu amiga —exclamó Richard, sorprendido.

—Lo es. Pero... ¡oh, cielos, no puedo explicarlo!, las cosas han ido mal, eso es todo.

Apartó su cuaderno de música, con aspecto lúgubre.

—Alégrate —dijo Richard—. Las cosas no son tan malas cuando uno se enfrenta a ellas.

—Bien, me enfrentaré a ellas —decidió Elizabeth, echando hacia atrás sus rizos—. Pero ¿qué va a sucederme ahora?

Rita habla a Elizabeth

—Elizabeth fue a la enfermería en el momento en que el ama salía sonriente de allí.

—¿Cómo está Joan? —preguntó Elizabeth.

—Mucho mejor. Pronto le daremos de alta y correrá por ahí otra vez.

—¡Oh, qué bien! ¿Puedo entrar?

—Sí. Puedes quedarte veinte minutos, hasta las clases de la tarde. Habla con voz pausada y no excites a Joan.

Elizabeth cerró la puerta silenciosamente tras ella. Vio a Joan tendida en su blanco lecho debajo de una gran ventana soleada y a la señora Townsend sentada a su lado.

—¿Eres Elizabeth? —preguntó la madre de Joan, con una sonrisa de bienvenida.

La niña le estrechó la mano, pensando que la señora Townsend no tenía aspecto de estar enfadada a pesar de todo. Se inclinó y besó a su amiga.

—Me siento feliz de que estés mejor, Joan. Te echo de menos.

—¿De veras? —preguntó Joan, complacida—. Yo también te he echado de menos.

Acércate, Elizabeth —dijo la señora Townsend—. Quiero darte las gracias por tu carta. Me sorprendió mucho su contenido. Debió de resultar difícil escribirla.

—Es verdad —afirmó Elizabeth—. Tuve mucho miedo de que se enfadara conmigo, señora Townsend. Yo sólo quise que Joan fuera feliz el día de su cumpleaños y no pensé en que averiguaría la verdad. Comprendo que hice mal.

—No, Elizabeth. Te debemos que todo ahora sea mejor que antes.

—¿Cómo es posible? —preguntó Elizabeth sorprendida, mirando a Joan y a su madre.

—Así es, pequeña —aclaró la señora Townsend sonriente—. Joan te explicará lo que hemos hablado y comprenderás muchas cosas. Ahora sólo quiero decirte que estoy muy, muy contenta de que Joan tenga semejante amiga. Será mucho más feliz en Whyteleafe si tú estás con ella. Debe de ser horrible carecer de amigas.

—¿Por qué no te quedas en Whyteleafe? —suspiró Joan, cogiendo la mano de su amiga—. ¿No podrías quedarte?

—No me lo pidas, Joan. Sabes que estoy decidida a irme y es de débiles cambiar de opinión. He dicho que me iré si la Junta lo acepta y regresaré con mis padres cuando vengán a visitarme a mitad de curso.

—¿Vendrás a visitarme mediado el curso, mamá? —preguntó Joan.

—Claro que sí. Entonces no estarás enferma y podremos pasar el día en la ciudad, Joan.

—¡Oh, qué bien! —gritó la niña, feliz.

Por primera vez su madre vendría a mitad de curso y la pequeña se sentía encantada.

—Ahora sí que me repondré pronto —añadió—. Así estaré bien cuando vengas.

Sonó un timbre. Elizabeth se levantó rápidamente.

—Hora de clase. Debo irme. Adiós, señora Townsend. Y gracias por su amable acogida a mi carta. Adiós, Joan. Celebro que te sientas tan feliz. Vendré a verte otra vez si el ama me deja.

Salió corriendo.

La señora Townsend se volvió hacia Joan.

—Es una niña muy simpática. No comprendo que al principio se mostrase tan rebelde. ¡Lástima que quiera irse! Es la clase de niña de la que Whyteleafe puede enorgullecerse.

Mientras se hallaba sentada en clase de dibujo Elizabeth pensó en Rita.

«Le prometí hablarle en cuanto obtuviera respuesta a mi carta. Bueno, no ha sido exactamente una respuesta y, no obstante, sé la respuesta. La señora Townsend vino en persona a decírmela».

La señorita Belle y la señorita Best llamaron a Rita aquel mismo día y le hablaron de la extraña carta que Elizabeth enviara a la señora Townsend.

—Se gastó el dinero en comprar un gran pastel a Joan y otros obsequios —dijo la señorita Belle—. Ahora ya sabes en qué invirtió el dinero, Rita.

—¿Por qué no lo dijo? —preguntó extrañada Rita.

—Porque todos se hubieran enterado de la amargura de Joan por el olvido de su madre —explicó la señorita Best—. Elizabeth lleva poco tiempo en Whyteleafe, de otro modo hubiera recurrido a ti, o a cualquiera de los monitores de su confianza para pedir consejo. Eso, unido a su terquedad e independencia, hizo que tratase de resolver sus asuntos sin ayuda de nadie.

—De todos modos, debemos admitir que es una niña muy buena —añadió la señorita Best—. Es valerosa, amable e inteligente y, aun cuando haya sido la más desobediente y terca niña que hayamos tenido, se corrigió pronto.

—Sí —afirmó Rita—. Me gustó casi desde el principio, aun cuando fue muy difícil. Y, por supuesto, es la clase de niña que queremos en Whyteleafe. Pero regresará a su casa y hemos prometido consentirlo, si ella lo desea.

—Háblale, Rita —aconsejó la señorita Best—. Dijo que hablaría contigo cuando recibiera respuesta a su carta, ¿no es así? Bien ya sabemos la respuesta y no es una respuesta que pueda explicarse en una Junta escolar. Habla con ella y decide tú qué debe hacerse. Ahora sabes que, si bien hizo mal, su intención compensa los problemas causados.

—Sí yo también lo creo así —convino Rita, que había escuchado con mucho interés cuanto la señorita Belle y la señorita Best acababan de relatarle.



Después del té, Elizabeth corrió en busca del ama para rogarla que le permitiera estar con Joan. Tropezó con Rita.

—¡Caramba! ¡Vaya huracán! —exclamó Rita, respirando entrecortadamente—. Eres la persona a quien busco. Acompáñame.

Rita disponía de un pequeño dormitorio individual por ser delegada. Se sentía muy orgullosa de ello y lo había decorado lo mejor que pudo. Elizabeth no lo había visto antes. La joven observó complacida a su alrededor.

—¡Qué estancia más linda! Me gusta la alfombra azul y el mantel azul y los cuadros y las flores. ¿Es tuya esta habitación, Rita?

—Sí. William tiene otra igual, tan bonita como ésta. Ahora viene. ¿Quieres un caramelo, Elizabeth?

Rita cogió un bote de un pequeño armario y se lo ofreció a Elizabeth, que sacó un caramelo, mientras se preguntaba qué le dirían William y Rita. Se oyó un golpe en la puerta y William entró.

—Hola —saludó sonriente—. ¿Cómo está la Valiente Salvaje?

Elizabeth rió. Le gustaba que William le llamase así, aun cuando había odiado el nombre.

—William y yo sabemos ahora en qué te gastaste la libra y por qué no lo dijiste —explicó Rita—. Comprendemos perfectamente por qué te negaste a decírselo a la Junta.

—Nosotros tampoco hablaremos de eso ante la Junta —afirmó William, sentándose en el cómodo sillón de Rita.

—¿No estás obligado a hacerlo? —preguntó Elizabeth sorprendida.

—No —respondió William—. Rita y yo somos los jueces y decidimos si debe o no hablarse en la Junta. Por lo que si consideramos improcedente dar explicaciones, nadie puede exigirlos. Estamos en nuestro derecho. Anunciaremos que hemos sido satisfactoriamente informados y que el asunto se da por zanjado.

—¡Oh, gracias! —exclamó Elizabeth—. Bueno, no pensaba en mí, sino en Joan.

—Lo sabemos —intervino Rita—. Intentaste hacer una cosa buena por el procedimiento inadecuado. Si llevases más tiempo en Whyteleaf, hubieras actuado de modo muy distinto.

—Eso es cierto. Sin embargo ya he aprendido mucho. Aunque me gustaría saber tanto como tú y William.

—¿Por qué no te quedas y lo aprendes? —propuso. William, riéndose—. Eres la clase de chica

que necesitamos en Whyteleaf. Serías una monitora excelente.

—¿Yo monitora? —preguntó Elizabeth, en el colmo de la sorpresa—. ¡Oh, nunca, nunca sería monitora!

—Puede parecerle imposible ahora, Elizabeth —contestó William—. Pero dentro de un curso o dos, serás lo suficientemente sensata y responsable para hacerlo bien.

—La verdad es que me encantaría ser monitora y sentarme en el jurado. ¿Qué pensarían mamá y la señorita Scott, mi antigua institutriz? ¡Jamás lo creerían! Me consideran incapaz de hacer nada que valga la pena.

—Eso era antes —afirmó Rita riéndose—. Muy pronto serás capaz de todo. ¿Por qué no te quedas y lo intentas?

—Empieza a seducirme la idea. Pero no puedo cambiar de opinión. Prometí irme a casa a mitad de curso y voy a cumplirlo. Sólo los débiles cambian de opinión. Primero dicen una cosa y después otra. Yo no quiero ser así.

—Me gustaría saber de dónde sacaste esa idea —exclamó William—. Me refiero a que es una debilidad cambiar de opinión. Estás equivocada.

—¿Equivocada? —preguntó sorprendida Elizabeth.

—Naturalmente. Uno adopta decisiones según las circunstancias. Pero cuando la realidad nos demuestra que estamos equivocados, entonces la debilidad consiste en no cambiar de opinión. Admitir los errores y corregirlos es privilegio de los fuertes.

—No se me había ocurrido —aceptó Elizabeth confundida.

—Bueno, no le des muchas vueltas en la cabeza —aconsejó William levantándose—. Debo irme. Piensa en lo que hemos hablado, Elizabeth. La próxima vez será la última para ti si nos abandonas. Nosotros mantendremos nuestra palabra y te dejaremos marchar si así lo quieres. Puedes decírselo a tus padres cuando vengan a verte. La señorita Belle y la señorita Best te apoyarán. Sin embargo, sentiremos perder a la niña más desobediente del internado.

Elizabeth abandonó la estancia con la cabeza hecha un torbellino. Le gustaban Rita y William. Pero ¡no podía cambiar de opinión! Se avergonzaría de aceptar que estaba equivocada.





Elizabeth lucha consigo misma

Los siguientes días fueron muy agradables. Elizabeth obtuvo permiso para visitara Joan y le llevó algunas flores de John. También le llevó un jeroglífico de Helen y un libro de Nora.

Joan estaba muy linda y feliz. Su madre se había marchado dejándole una gran caja de melocotones aterciopelados, un bote de caramelos y algunos libros. Pero lo mejor fue la promesa que le hizo de no olvidarse de ella nunca más.

—Es obra tuya, Elizabeth —dijo Joan ofreciéndole sus caramelos—. ¡Quédate en Whyteleafe! No me hagas desgraciada marchándote, precisamente ahora que soy tan feliz.

—Hay muchas niñas que aceptarán ser amigas tuyas —contestó Elizabeth.

—No me interesan —dijo Joan—. No, después de haberte conocido, Elizabeth. ¿Has cuidado a mi conejo?

—Naturalmente. Es muy bonito. ¿Sabes una cosa? Me conoce cuando le llevo comida. Aprieta su naricilla contra el alambre para darme la bienvenida. Ayer lo tuve entre mis brazos y se quedó quieto.

—Harry vino a verme esta mañana. No le gusta oír decir que deseas irte. Me prometió dos conejillos más. Él quiere que sean para ti y para mí.

—¡Cuánto lo siento! —se lamentó Elizabeth, que deseaba tener los dos conejos—. Ignoraba qué agradable es Whyteleafe. De haberlo sabido, jamás hubiera prometido abandonarlo.

A la hora de la música, Richard y el señor Lewis la esperaban.

Hacían grandes progresos con el dúo. Richard aceptaba ya complacido a Elizabeth, porque amaba la música tanto como él y trabajaba de firme. Tocaron muy bien ante el señor Lewis.

—¡Espléndido! —alabó el profesor—. Estoy satisfecho de ti, Elizabeth. Has practicado mucho desde tu última lección y aquella parte difícil te ha salido muy bien. Ahora toca para Richard ese trozo del mar que tanto te agrada.

Elizabeth se sentía orgullosa de tocar con Richard, pues le consideraba un magnífico pianista. Interpretó lo mejor que supo su pieza favorita. El señor Lewis y Richard escucharon sin decir palabra ni moverse.

—Deberías tocarla en la fiesta de final de curso —dijo Richard—. ¡Es magnífica!

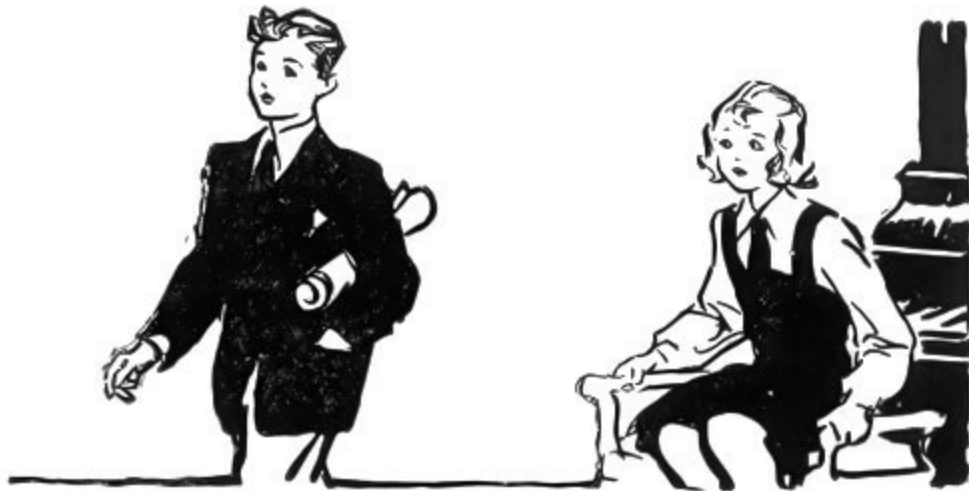
Elizabeth resplandeció de placer. Le gustaban las alabanzas de Richard, incluso más que las del profesor:

—Ya se lo he sugerido —intervino el señor Lewis, sentándose al piano y tocando unos acordes—. Pero no quiere.

—¡Sí quiero! —gritó Elizabeth, indignada—. Pero no podré hacerlo porque me voy pronto.

—¡Otra vez esa vieja y tonta historia! —se quejó Richard disgustado—. Haz lo que prefieras. Sin embargo, te diré que me había formado una mejor opinión de ti. Ahora compruebo que eres demasiado terca. Tu música es buena, pero no tienes sentido común.

El muchacho se fue sin decir nada más con sus cuadernos enrollados debajo del brazo. Elizabeth, medio enojada, se sintió próxima a las lágrimas. Odiaba que Richard le hablara en aquellos términos.



—Richard está desilusionado porque esperaba interpretar contigo el dúo en el concierto de este año —explicó el señor Lewis—. Y tendrá que hacerlo con Harry. Tú ya sabes que a Harry le gusta la música, pero no es un buen pianista.

Elizabeth acabó su lección sin hablar demasiado. Pensaba. Quería quedarse... y también irse. Su amor propio la impelía a cumplir la promesa que se hizo a sí misma.

Caminó hacia el huerto. John y ella congeniaban y no le importaba lo más mínimo trabajar de firme en cualquier faena con él.

—A los demás les gusta coger flores y recortar la hierba de los márgenes cuando les place —se quejó John—. En cambio, a ninguno le gusta trabajar duro. Cuando debe quitarse la cizaña, ¿quién se ofrece? ¡Nadie!

—¿Es que no soy nadie? —protestó Elizabeth—. ¿No vengo?



—¡Oh, sí! ¿Y qué mérito hay en eso? ¿Acaso no te irás pronto? Nunca sentirás un verdadero interés por el jardín que jamás volverás a ver. Si yo supiera que te quedas, haría planes contigo. El señor Johns aceptaría que lleváramos nuestro jardín a medias. ¡Y sería fantástico!

—Lo sería, John —Elizabeth contempló cuanto la rodeaba—. ¿Eres tú el jefe del jardín, John?

—Sí, después del señor Johns. Nadie está obligado a ser jardinero. Para esto se necesita afición, ¿sabes? Pero sólo yo me he dedicado. Los demás pueden venir a pasar un rato, si quieren. En cambio yo cuido el jardín y el huerto desde hace años. Me entusiasma. ¿Y a ti?

—También —dijo Elizabeth, mirando alrededor—. Es muy bonito. Quizá se me ocurriesen ideas bellas, John. ¿No te parece que una hilera de claveles dobles vistos desde aquel muro sería fantástico?

—¡Fantástico! —repitió John, poniéndose en pie de un salto—. ¡Fantástico! Podemos conseguir las semillas y plantarlas. ¿Por qué no pedimos el dinero que se precisa en la próxima Junta?

—Hazlo si quieres. Para mí será la última Junta, John.

—¿Por qué? —inquirió John, enfadado—. ¡Sólo eres una débil gansa!

—¡Débil! —gritó Elizabeth, molesta—. ¡Me gusta eso! ¡Sólo porque cumplo mi palabra me llamas débil!

—Eres débil cuando renuncias a todo lo bueno que tienes aquí: la jardinería, la equitación, tu amiga Joan, la música, sólo porque eres orgullosa y no quieres rendirte y cambiar de idea. ¡Me desilusionas!

Elizabeth se marchó furiosa. ¡Odiaba que la llamaran débil! Era lo peor que podían decirle.

Se fue a los columpios. No había nadie allí. Sentada en el más alto, empezó a balancearse.

¡Pensaba!

«Aclaremos las cosas —se dijo—. No quería venir aquí, me prometí a mí misma, y se lo dije a mamá y a la señorita Scott, que regresaría a casa cuanto antes. He conseguido que la Junta acceda a darme su permiso y eso me alegra mucho».

El columpio crujía mientras iba arriba y abajo.

«Sí, conseguí lo que deseaba sin necesidad de quedarme un curso entero en este horrible y

odioso colegio. Así la llamaba antes».

«Ahora sé que no es horrible ni odioso. Y soy feliz, incluso contra mi deseo. También gusto a los otros, ahora que he dejado de ser tan impertinente. Mi amiga ansia que me quede y se sentirá desgraciada cuando me vaya. He desilusionado a Richard, que quiere tocar conmigo en el concierto. He desilusionado al señor Lewis. John está enojado porque no me gusta lo suficiente su jardín como para quedarme. Y Harry quiere darme sus lindos conejos».

El columpio subía más alto a medida que se hacían más intensos sus pensamientos.

«¿Y por qué me voy? Quiero ser sincera conmigo misma. No me voy porque me sienta desgraciada. Soy muy dichosa. Me voy porque soy incapaz de cambiar de idea y decir que estoy equivocada. Soy demasiado orgullosa para confesar que me gustaría quedarme, cuando he pedido lo contrario. No soy lo suficiente fuerte para cambiar de opinión y confesar mi error».



Elizabeth aminoró la marcha del columpio y puso los pies en el suelo. Frunció el ceño y miró la hierba. Jamás había pensado tanto. Se amonestó severamente a sí misma.

«Elizabeth Allen, ¡eres débil! Richard tiene razón y también Harry. ¡Eres débil! ¡Eres cobarde! No te atreves a ponerte en pie ante la Junta y decir que eres demasiado feliz para irte. No eres lo bastante fuerte para cambiar de parecer. ¡Eres orgullosa y tonta! Elizabeth Allen, ¡estoy avergonzada de ti!»

Nadie le había hablado nunca tan severamente como hacía ella ahora consigo misma.

«¿Soy realmente una tonta? ¿Tan débil soy? Estropearé mi felicidad y la de Joan sólo por un desmedido y estúpido orgullo. ¡No, no, lo haré! ¡Soy más fuerte de lo que ellos creen! ¡Puedo cambiar de idea! ¡Cambiar de idea! ¿Qué dirá William? Bueno, ya lo dijo: “Admitir los errores y corregirlos es privilegio de los fuertes”».

Empezó a balancearse de nuevo. «Bien. ¡Yo soy fuerte! —cantó mientras se balanceaba—. Puedo cambiar de idea. Puedo decir que estoy equivocada. Elizabeth Allen, no eres tan poca cosa como te habías creído. Acude a la próxima Junta y dales la sorpresa más enorme que jamás han

tenido».

La niña rió mientras se columpiaba. Se sentía muy dichosa. Ya no era terca ni orgullosa. Era lo bastante fuerte para cambiar de opinión.

«Me gustaría estar ya en la Junta —se dijo—. ¡Vaya sorpresa les espera a todos!»

Una sorpresa para el colegio

La última Junta que se celebró antes de llegar a la mitad del curso se reunió a la hora de siempre en el gimnasio. Todos estaban allí, excepto Joan, que seguía en la enfermería, convaleciente.

Elizabeth se acomodó entre Harry y Belinda, estaba muy excitada.

Los asuntos ordinarios se desarrollaron como siempre. Se repartió el dinero de la caja, pero no ingresó ninguno. Todos esperaban recibirlo cuando sus padres viniesen a medio curso. La próxima semana la caja volvería a estar repleta.

Hubo algunas quejas de menor cuantía. Doris, la de los conejillos, no ocultó su alegría cuando su monitora informó de que no se había olvidado de ellos.

—Tienen mejor aspecto que nunca —acabó diciendo la monitora.

—Bien —aceptó Rita—. Procura que sigan así, Doris.

Después de los informes le llegó el turno a Elizabeth. Rita golpeó la mesa y todos enmudecieron.

—No tengo mucho que decir sobre Elizabeth Allen esta semana. Salvo que William y yo sabemos por qué se gastó tanto dinero y en qué. Estamos conformes y esperamos que el jurado y vosotros aceptéis nuestra palabra de que todo es satisfactorio. No hay nada más que añadir. Sabed, sólo, que si obró mal, hizo bien en no decírnoslo entonces.

—Un momento, Rita —intervino William—. ¡Tenemos más que decir! En esta reunión debemos preguntar a Elizabeth si quiere abandonarnos. Por nuestra parte, mantenemos la palabra dada. Si ha decidido irse, tiene nuestro permiso. La señorita Belle y la señorita Best hablarán con sus padres y, si están conformes, puede volver con ellos cuando lleguen mañana.

Elizabeth se puso en pie. Sus mejillas llameaban y su voz no era la habitual.

—Tengo algo que decir. No es muy fácil... y no sé cómo explicarlo. Pero..., bueno..., es... es... ¡que no me voy!

—¡No se va! —gritaron todos sorprendidos, volviéndose para mirar a Elizabeth.

—¿Por qué no te vas? —preguntó Rita—. Te creía decidida a marcharte y también creía que nunca cambiarías de opinión.

—William me dijo que admitir los errores y corregirlos es privilegio de los fuertes. Y yo reconozco que estaba equivocada. Al principio fui mala porque me molestó que me mandasen al colegio cuando no era mi deseo. Por eso prometí regresar a casa cuanto antes. Bien, me gusta Whyteleaf. Es un colegio magnífico. Y deseo quedarme. ¡He cambiado de parecer! Me quedaré, si me aceptáis después de todo lo que hice.

Todos empezaron a hablar a la vez. Harry golpeó suavemente a Elizabeth en la espalda. Estaba muy contento. John hizo un movimiento afectuoso con la cabeza. Ahora tendría quien le ayudase en el jardín. Richard le susurró a Elizabeth acercándose:

—¡Eres de buena pasta! Sabes hablar tan bien como tocar el piano.

William golpeó con la mano en la mesa.

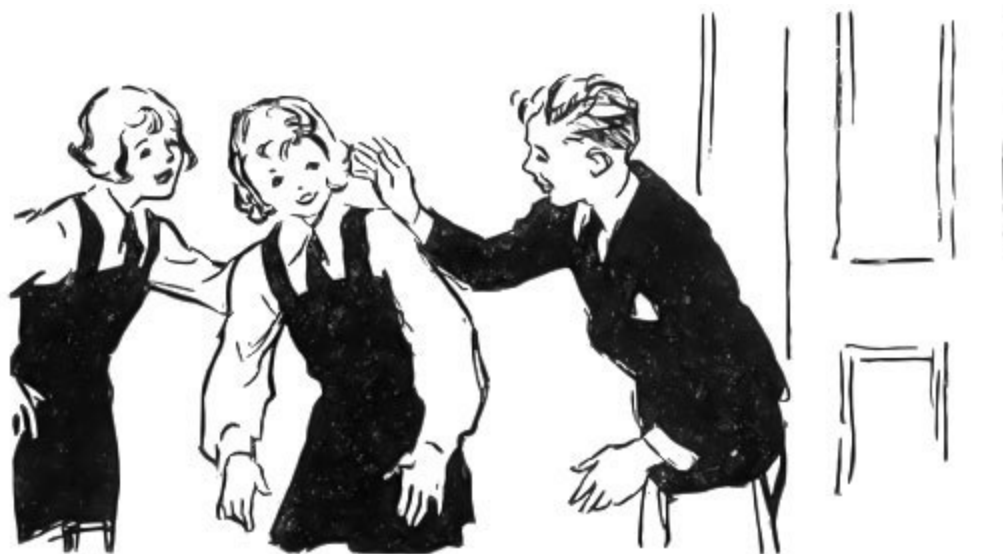
—¡Richard, vuelve a tu sitio!

Richard obedeció. Belinda y Helen sonrieron a Elizabeth. Todos parecían satisfechos.

—¡Elizabeth! —gritó William—. Estamos muy complacidos contigo. Has cometido una serie de tontos errores, pero los has compensado todos y te admiramos por haber sido capaz de cambiar de idea, de admitir que estabas equivocada y decírnoslo. Eres el tipo de persona que necesitamos en el colegio. Esperamos que te quedes unos años y te esfuerces en comportarte lo mejor que sepas.

—Así lo haré —prometió ella convencida.

Se sentó feliz y exultante. Resultaba muy agradable que todos se mostrasen contentos. Ya no era la Valiente Salvaje, sino Elizabeth Allen, la clase de niña que la escuela Whyteleafe necesitaba. ¡Se sentía orgullosa y feliz!



La Junta terminó poco después. Elizabeth se apresuró a ir a la enfermería. Joan, sentada en una butaca, leía.

—¡Hola! ¿Qué ha sucedido en la Junta? ¿Algo interesante?

—La Junta dijo que podría irme a casa con mis padres. ¡Conseguí mi propósito!

—¡Cuánto te echaré de menos!

—No seas así. Verás, ¡no me voy! ¡Me quedo! He cambiado de idea, Joan. Amo Whyteleafe y no lo dejaré durante años y años. Seremos monitoras algún día. ¿No te parece eso algo importante?

—¿Qué dices? —exclamó Joan tan ilusionada que saltó fuera de la silla, con sus brazos extendidos hacia su amiga—. ¡No puedo creerlo! ¡Oh, cuánto lo celebro!

El ama entró en la habitación y vio horrorizada que Joan estaba fuera de la butaca.

—¿Qué haces? —gritó con severidad—. ¡No dejaré entrar a Elizabeth si te vas a comportar así, Joan!



—Es que Elizabeth me dio una gran alegría al decirme que se queda en Whyteleafe.

—¡Dios me valga! ¡Mira que alegrarse porque una niña traviesa decide quedarse con nosotros! —exclamó la buena mujer, haciendo un guiño.

Las niñas se rieron. Querían al ama, era alegre y amistosa, aunque severa. Le dio una medicina a Joan y salió de la habitación.

—Ahora sí que tendremos una fantástica celebración de medio curso —dijo Elizabeth—. ¡Oh, Joan!, pidamos a nuestras madres que nos lleven juntas. Eso sería mucho más divertido que ir solas.

—Sí, lo haremos —prometió Joan, feliz—. Estoy segura de que mañana ya estaré totalmente repuesta y podré levantarme. Ahora tienes que irte. Se oye el timbre para la cena, Elizabeth.

—Bueno, mañana nos veremos. ¡Qué contenta estoy de no irme a casa con mamá mañana! No sé qué dirá cuando se entere de que he decidido quedarme. En todas las cartas le he dicho lo contrario.

La señora Allen se sorprendió cuando vio a su hija. La niña tenía un aspecto alegre y feliz. De su boca había desaparecido el rictus de terquedad y ya no fruncía el ceño. Elizabeth se lanzó a los brazos de su madre.



—Es estupendo volver a verte, mamáita. Ven a visitarlo todo: la sala de juegos, mi clase,

nuestro dormitorio, que es el número 6, el jardín, todo.

Su madre la siguió por todos los sitios, maravillándose del cambio operado en la pequeña. ¿Era realmente su Elizabeth, aquella niña de buenos modales, cortés y feliz? Parecía que gustaba a todos. Tenía muchos amigos, especialmente la gentil Joan.

—Eres una niña totalmente distinta —dijo al fin su madre—. ¡Oh, la señorita Best! Tengo que hablar con ella.

La señora Allen caminó en actitud decidida hacia la profesora.

—Buenos días, señorita Best. Elizabeth me está mostrando todo el colegio. Parece muy alegre y feliz. ¡Cómo ha cambiado! Me siento orgullosa de mi hija.

—El mérito es de ella —afirmó la señorita Best, sonriendo—. Al principio fue la niña más traviesa del colegio, ¡de veras! Resultaba difícil tratarla, pero ella supo rectificar a tiempo. No tardará mucho en ser la mejor niña del internado y entonces sí que se sentirá usted orgullosa.

—¿Significa eso que has decidido quedarte, Elizabeth? —preguntó su madre, atónita—. Bien. Lo celebro. ¡Qué sorpresa!

La señora Townsend llegó en aquel momento. Elizabeth corrió a comprobar si Joan estaba a punto. Había desayunado en la cama, pero tenía permiso para salir en el coche de su madre. Halló a Joan tremendamente entusiasmada.

—¡Es la primera vez que salgo a mitad de curso! —parloteó excitada—. ¡Y todo gracias a ti, Elizabeth!

—Calla, boba, y date prisa. ¿Cuánto rato necesitas para ponerte las medias? Comeremos en un hotel. Espero que nos sirvan helados de fresa. ¿Te gustan?

Por fin Joan estuvo lista y las dos niñas fueron a reunirse con sus respectivas madres, que ya habían trabado amistad. Luego se acomodaron en el automóvil de la señora Townsend, que se ofreció a llevarlas.

—¡Hoy sí que es nuestro día! —exclamó Elizabeth mientras el coche rodaba entre la arboleda. Miró satisfecha al colegio.

—¡Adiós por poco tiempo! —gritó tras un corto silencio—. ¡Volveré!